

CIVILIZACIONES PERDIDAS

RAMSES II
FARAON DE EGIPTO
II



RAMSÉS II

FARAÓN DE EGIPTO

SEGUNDA PARTE

TIME
LIFE
folio

SUMARIO

Capítulo tercero
DE REINAS, CONSORTES Y PLEBEYOS
85

Una tumba viviente
109

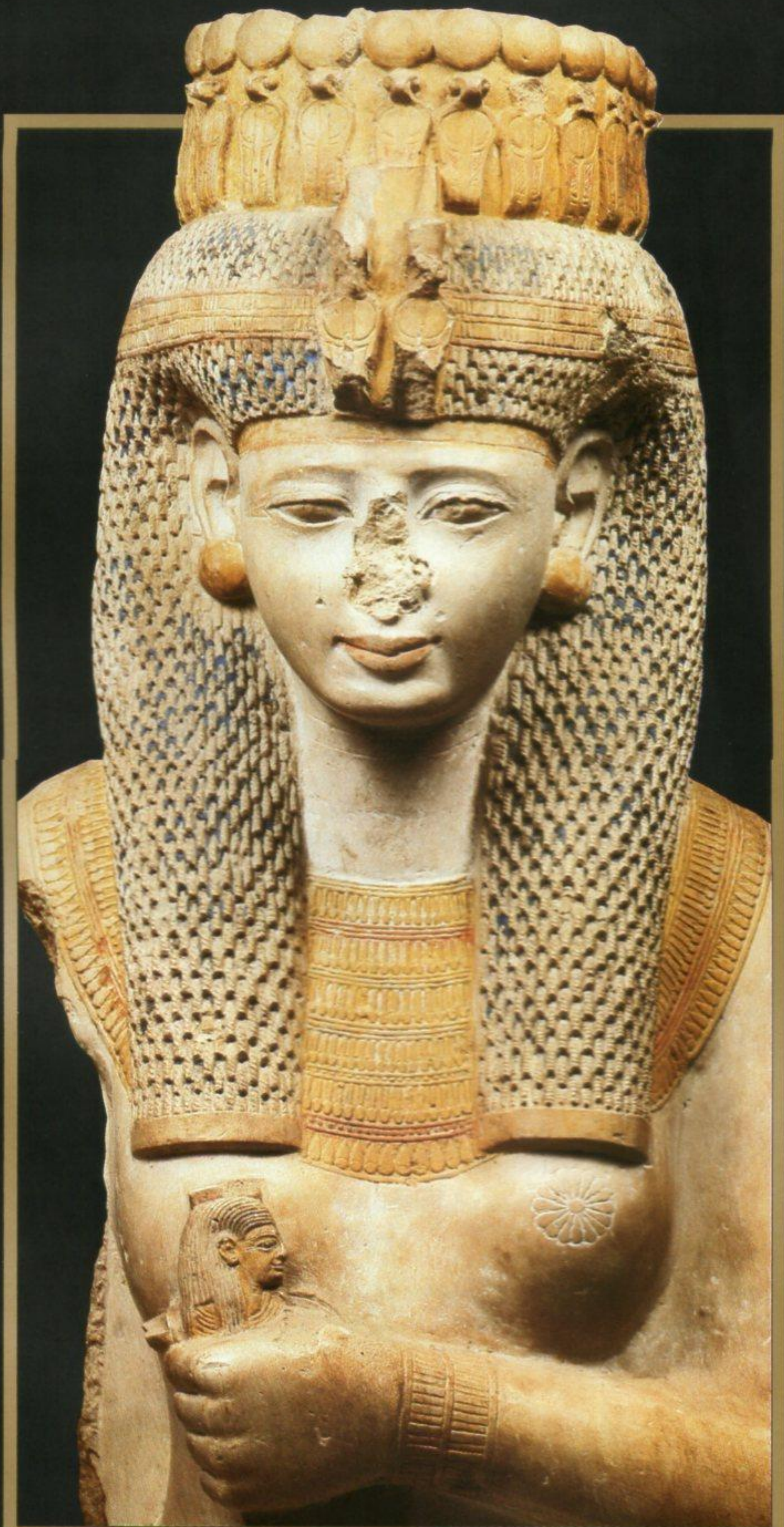
Capítulo cuarto
EL DECLIVE HACIA EL CAOS
119

Ramsés en París
149

AGRADECIMIENTOS
161

CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES
161

BIBLIOGRAFÍA
163



DE REINAS, CONSORTES Y PLEBEYOS

En el otoño del 1257 a. C., una gran caravana compuesta por jinetes y soldados de a pie se encaminaba hacia las ásperas tierras altas de Anatolia con un cargamento deslumbrante de regalos y tesoros. En su marcha hacia el sur, se detuvo en el límite entre los dos imperios más poderosos del momento, el de Hattusilis III, gran rey de los hititas, con el de Ramsés II, faraón de Egipto. Aunque viejos enemigos, ambos monarcas habían sellado la paz 13 años antes y ahora Hattusilis se disponía a estrechar los lazos de amistad enviando a su hija mayor para convertirla en la nueva esposa del faraón. La boda había sido el fruto de más de un año de intensas negociaciones, durante el cual los emisarios habían protagonizado un constante ir y venir entre Pi-Ramsés y la lejana corte hitita.

Para hacer gala de su riqueza, el mandatario hitita no sólo prometió una princesa, sino también una dote sustancial, que incluía joyas, tejidos, adornos de bronce, metales preciosos, caballos, rebaños de ovejas, ganado vacuno y una legión de esclavos especializados. Ramsés había esperado durante meses, pero ni la novia ni los regalos que debían llegar con ella se materializaron.

En un intercambio de cartas en términos cada vez más enconados, Ramsés empezó a mostrarse arrogante y a manifestar su desagrado ante los futuros suegros. La esposa de Hattusilis, la reina Puduhe-

Merytamun, hija y esposa de Ramsés II, aparece coronada con cobras sagradas y discos solares que simbolizan su estatus. También lleva puesto un collar cuyas cuentas se configuran a manera de jeroglífico.

pa, le reprendió con sarcasmo, preguntándose por qué el monarca más rico de la tierra se mostraba tan desesperado por los regalos prometidos: «¿Mi hermano no tiene nada? ¡Que usted, mi hermano, pretenda enriquecerse conmigo no es leal ni honorable!» Añadió que algunas dificultades, como un incendio en el palacio, habían provocado el retraso.

Ya en el verano de ese mismo año se habían trazado los planes de la boda. Embajadores egipcios llegaban a la corte hitita, a petición de Hattusilis, para formalizar ceremoniosamente los desposorios. La reina escribió a Ramsés expresando su alegría ante la ocasión: «Cuando se vertió el aceite sobre la cabeza de mi hija, los dioses del otro mundo fueron expulsados y los países se convirtieron en una sola tierra bajo el hermanamiento de ambos reyes.»

Este intercambio epistolar se conservó en los archivos hititas que fueron exhumados por la expedición alemana en Turquía en 1906. Los escribas egipcios habían registrado para la posteridad el viaje de la princesa, y su matrimonio, en un extenso documento redactado a instancias del faraón. El texto, de una servil obsequiosidad para con el faraón, fue grabado sobre monumentos de piedra levantados junto a los mayores templo de Egipto; las estelas de la Boda perviven todavía en Karnak, Abu Simbel y otros lugares, proclamando al mundo entero aquel magno acontecimiento.

Cuando se iniciaron las espléndidas celebraciones matrimoniales, la reina Puduhepa acompañó a su hija hasta la frontera siria, por entonces bajo control egipcio. Sus sentimientos ante la ocasión nos son desconocidos, pero los documentos cuentan que se instauró oficialmente un clima festivo. La expedición procedía bien aprovisionada y, en caso contrario, se amparaba en la generosidad de potentados locales deseosos de satisfacer al faraón. La entrada en territorio egipcio estuvo marcada por los mutuos agasajos y festejos entre ambas delegaciones.

Aunque la travesía invernal de las montañas y los llanos conllevaba tramos donde las heladas y el mal tiempo eran frecuentes, el clima se mantuvo extrañamente templado y casi veraniego. Las estelas de la Boda informan de este fenómeno como de un nuevo mérito del faraón; Ramsés hizo una invocación personal a los dioses: «El cielo está en vuestras manos, la tierra bajo vuestros pies, sea cual fuere vuestra orden, no mandéis heladas, lluvia o nieve hasta que la maravilla que me habéis concedido se materialice.»

Cuando la maravilla alcanzó Pi-Ramsés, seguida por masivas ce-

lebraciones públicas y privadas, la nueva esposa se mostró encantada: «Era hermosa en opinión de su Majestad, y la amó más que a cualquier otra cosa en el mundo, como un hecho sin igual en su vida, un triunfo. Se la instaló en el palacio real, donde acompañaba al soberano diariamente, y su nombre irradiaba sobre la Tierra.» Éste era un nombre egipcio recién asignado —Maat-Hor-Neferure—, que significaba «La que sostiene el halcón real, esplendor manifiesto de Ra».

La luna de miel, minuciosamente descrita en las estelas, duró menos de lo que el esplendor de la ocasión hizo prever. Durante sus primeros años en Egipto, el nombre e imagen de la reina aparecía junto al del faraón en estatuas y otros monumentos, pero pocos años después se desvaneció de la faz de la tierra. La última prueba de su presencia en Egipto es el fragmento de un inventario de vestimenta encontrado por los arqueólogos en el enclave del harén real a unos 200 kilómetros de Pi-Ramsés, en el límite de la provincia de El Fayum.

Aparte de estos detalles, es poco lo que se conoce de la prometida hitita, aunque parece que el mundo en el que penetró va emergiendo paulatinamente de las sombras. Una nueva generación de egiptólogos ha empezado a interpretar un vasto *corpus* de textos, imágenes y utensilios de la antigua civilización a la vera del Nilo. En ese sentido, se ha trazado, con aparentes contradicciones a veces, un panorama de las vidas de las mujeres del más amplio espectro social en la época de Ramsés II. Grandes reinas celebradas en esculturas monumentales, mujeres terratenientes enzarzadas en disputas legales por motivos económicos, bailarinas de la corte pintadas sobre las tumbas de hombres ricos, prostitutas garabateadas por trabajadores en el Valle de los Reyes, tal es el cuadro aproximativo que surge de esas fuentes documentales.

Satisfecho con sus obligaciones dinásticas, el prolífico Ramsés engendró más de 90 hijos durante su reinado de 67 años. Entre sus madres se contaban seis reinas, concubinas de lujo y otras mujeres de los harenes reales. Algunas, como la prometida hitita y su propia hermana, que le seguiría los pasos años más tarde, eran hijas de reyes extranjeros mandadas para sancionar tratados y alianzas diplomáticas. Entre éstas, los documentos de la corte mencionan una princesa siria y otra babilonia.

Otras prometidas eran miembros legítimos de la casa real egipcia; entre éstas se contaban una hermana y tres hijas, que Ramsés había

desposado. Esta práctica, tan ajena a nuestra mentalidad, se remontaba a un milenio atrás, durante el Imperio Antiguo, y estaba profundamente arraigada en la cultura y teología egipcias. Durante el Imperio Nuevo, los hijos no lo eran sólo del faraón, sino también del dios Amón, que se manifestaba milagrosamente en el útero materno en el momento de la concepción. En la medida en que la línea sucesoria se trazaba a partir de la madre, el matrimonio con una princesa de sangre real aseguraba un heredero de sangre al trono. De hecho, algunos expertos aseveran que el carácter divino del faraón a los ojos del pueblo partía de esta unión santa.

El estatus de las esposas en la corte variaba de acuerdo a sus orígenes. Algunas parece que llegaron a ejercer un poder considerable; otras se limitaron a su rol de cónyuges. Sean cuales fueren los manejos de poder entre bastidores, había una mujer cuyo influjo sobre el faraón era patente: la reina Tuya, madre de Ramsés. Durante el reinado de Sethi I, Tuya estaba confinada a una cierta reclusión, la misma que habían experimentado tantas otras reinas. Su nombre no aparece en textos relativos a asuntos de estado, y se la ve raramente mencionada o representada en monumentos de ese período. Fue tras la muerte de su marido, y como madre de Ramsés, cuando pasó a primer plano de la actualidad. Desde Pi-Ramsés hasta Abu Simbel, casi 2.000 kilómetros al sur, su hijo le erigió estatuas, e incluso un templo en su honor.

En la espectacular fachada del templo de Abu Simbel, se yergue en pétrea majestuosidad frente a la figura imponente de su hijo, junto a Nefertari y su camada real. En Tebas, Ramsés hizo restaurar un pequeño templo que dedicó a la madre. Algunos estudiosos aventuran que este mismo templo llegó a albergar ciertos relieves encontrados no lejos de allí, donde aparecen los padres de Tuya –Ruia y Raia–, un militar ascendido al rango de lugarteniente.

Parece que tras el fin de la larga guerra contra los hititas, la reina madre tuvo amplio protagonismo en las gestiones diplomáticas para acordar la paz. Ella, Ramsés y los altos dignatarios de la corte mandaron un comunicado personal de felicitación al rey hitita, que debió convertirse en un gran hito de su vida como madre; un testimonio del triunfo político de su hijo que, por primera vez en varias décadas, abría un período de paz. Moriría un año después, rodeada de nietos.

En 1972 –unos 3.200 años más tarde–, un equipo de arqueólogos franceses y egipcios hallaron su lugar de reposo eterno, en el Valle de las Reinas, al oeste de Tebas. En el interior del sepulcro, totalmente saqueado, bajaron unas escaleras y atravesaron corredores



Esta tapa de una vasija labrada es un retrato idealizado de la reina Tuya, madre de Ramsés II, en cuya tumba fue hallada en 1972. Estas vasijas solían enterrarse junto a los muertos de la realeza, con sus órganos envueltos en lino.

decorados con relieves, hasta alcanzar la estancia columnada donde reposaba su cuerpo. La cámara funeraria debía de haber sido ornada y equipada con el lujo y esplendor acorde con la categoría del cadáver; en el centro habían emplazado un gran sarcófago de granito rosa que contenía el cuerpo momificado de la reina.

De acuerdo con las prácticas mortuorias egipcias, sus órganos vitales debían ser extraídos y guardados en vasijas labradas. En la tapa de una de éstas, los arqueólogos descubrieron una representación idealizada de Tuya en alabastro, de unos 15 centímetros; en ella aparece con expresión sonriente debajo de una peluca y un tocado, a manera de buitre, que proclama la sangre real del personaje. Otro de los escasos utensilios abandonados por los profanadores era una botella de vino depositada por Ramsés en el momento del funeral.

donados por los profanadores era una botella de vino depositada por Ramsés en el momento del funeral.

Poco después de perder a su madre, Ramsés tuvo que lamentar la muerte de otra mujer importante en su vida. En el mismo año 24 de su reinado, Nefertari, la reina principal, falleció. Tal como atestiguan los monumentos y documentos que la celebran, fue la primera y más amada de las consortes reales de Ramsés.

Algunas inscripciones registran los títulos que se le habían conferido. Gran Esposa Real y Dama de las Dos Tierras son algunos de los que aluden a su rol oficial dentro del organigrama monárquico. Otras reconocen su estatus semidivino; Nefertari, como esposa de Ramsés y madre de su primer hijo, era llamada Esposa de Dios y Madre de Dios. A la vez, la lista incluye epítetos de naturaleza más íntima y delicada, en los que parece oírse la voz del propio faraón llamándola Dama Adorable, Digna de Alabanza, Hermosa de Rostro y Dulce Amor.

Los orígenes de Nefertari son objeto de acalorado debate entre egiptólogos. Era sin duda egipcia, y seguramente de alcurnia, pero no necesariamente de sangre real. Se desconoce quiénes fueron sus padres, pero se le supone origen tebano por otra de sus denominaciones, Amada de la reina Mut, una diosa de Tebas. Su matrimonio con Ramsés parece haber tenido lugar cuando éste era todavía heredero al tro-

Esta máscara mortuoria de oro cubría la cara de Kaemwaset, el cuarto hijo de Ramsés II. En 1852, un egiptólogo francés tropezó accidentalmente con la momia de la princesa en el Serapeum, una necrópolis soterrada dedicada a los bueyes sagrados de Apis cuyos adoradores los consideraban la encarnación del dios creador Ptah. Kaemwaset oficiaba como sacerdote del culto.

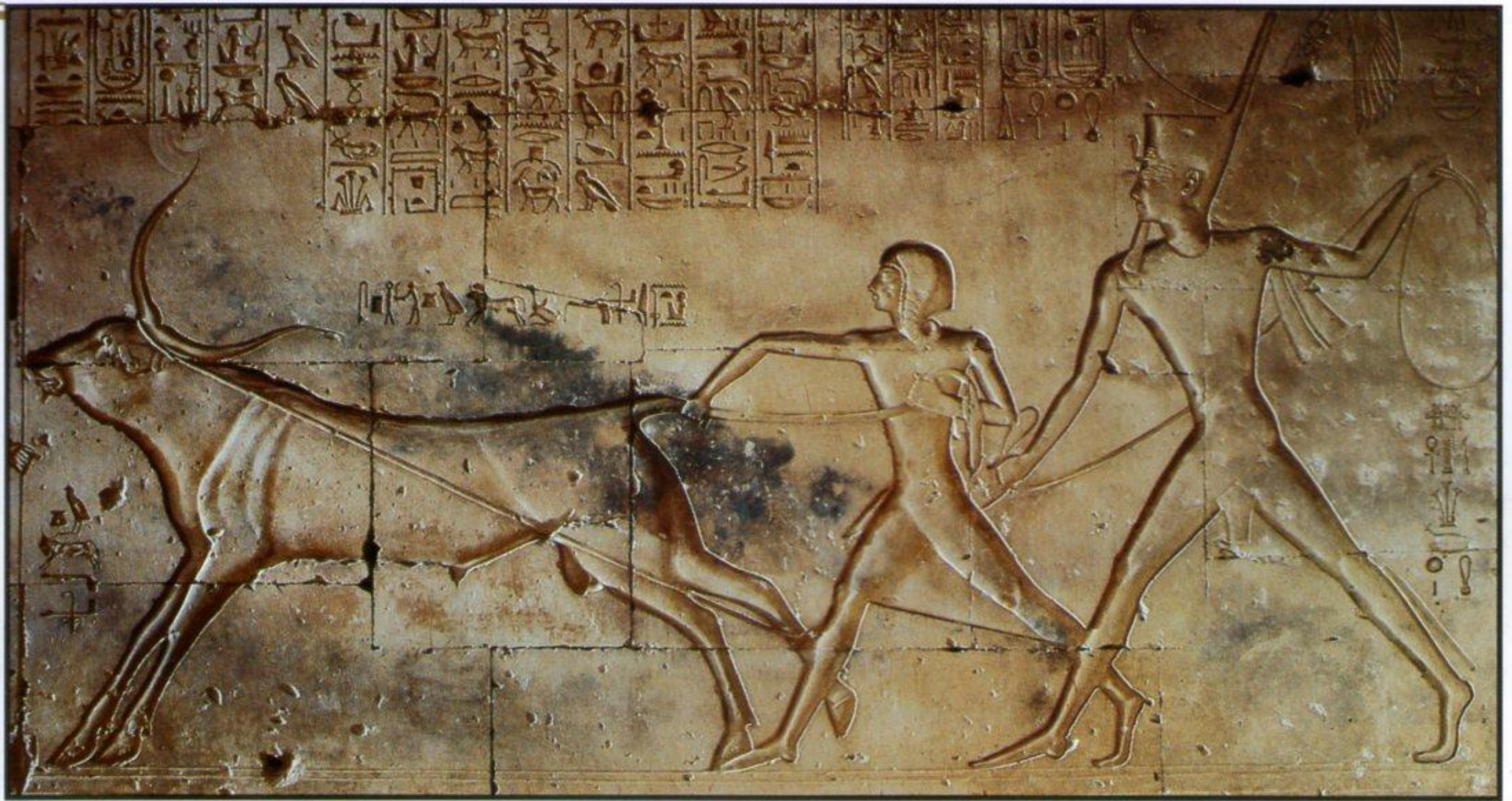


no; de hecho, es incluso posible que fuera una de las mujeres cuidadosamente seleccionadas por Sethi para su hijo en la investidura como príncipe regente. En una inscripción en el templo de Abydos dedicada al padre, Ramsés expresa su reconocimiento filial en ese sentido: «Me procuró esposas del Harén Real comparables con las bellezas de palacio.»

De entre ellas, Nefertari fue la primera desde el principio. Algunos relieves del santuario de Gebel el-Silsila, fechados el primer año del reinado de Ramsés, lo presentan en compañía de Nefertari oficiando en ceremonias religiosas. Los muros de un templo nubio construido al principio de su mandato, están adornados con imágenes del hijo mayor de la pareja: Amunherwenemef, representado a una edad que sugiere que su nacimiento se produjo antes de la ascensión al trono de su padre. Éste era el primero de una prole de seis alumbrada por Nefertari, de los que ninguno sobrevivió a su propio padre.

A la largo de sus veinte años como reina consorte, Nefertari jugó un importante papel en la vida política y ritual de su país. Después de la firma del tratado de paz entre los tronos hitita y egipcio, Nefertari intercambió mensajes de felicitación con la reina Puduhepa, primera dama hitita. El de esta última no ha sido hallado, pero la respuesta de Nefertari sí se ha conservado: «Conmigo, tu hermana, todo va bien; con mi país, todo va bien. Que todo vaya bien contigo, mi hermana, y con tu país. Estoy muy agradecida de que tú, mi hermana, me hayas escrito para interesarte por mi bienestar. Que los dioses del sol y de las tormentas te invadan con alegría, que el dios del sol traiga una paz duradera y fraternidad eterna entre el gran rey de Egipto y su hermano, el gran rey de Hatti. Y yo estoy en relación de hermandad con mi hermana, la gran reina de Hatti, hoy y siempre.»

Si los monumentos conocidos aportan una fiel imagen de los hechos, está claro que ninguna otra reina jugó un papel tan notable en la vida del reino durante el mandato de Ramsés. Se sabe que Nefertari acompañó al faraón en va-



En este relieve del templo de Sethi I en Abydos, Ramsés II se prepara para coger a un buey con el lazo mientras su hijo mayor, Amunherwenemef, tira de la cola del animal, destinado al sacrificio para alimentar el espíritu del padre del faraón. De los numerosos hijos de Ramsés, sólo el 13º —Merneptah— vivió lo bastante como para sucederle.

rias de sus procesiones Nilo arriba, desde Pi-Ramsés hasta Tebas —unos 800 kilómetros—, para presidir junto a su marido los festivales religiosos y las investiduras sacerdotales. A su vez, en los templos de Karnak, Luxor y Abu Simbel, los escultores grabaron su imagen junto a la del faraón.

En este último se la homenajeó por encima de cualquier otra reina. Ramsés ordenó que fueran tallados en la roca dos templos fastuosos, el primero dedicado a sí mismo y a los dioses oficiales y, el segundo, a Hathor —patrona de la maternidad y diosa del amor— y a su reina Nefertari. En la fachada de este segundo templo se yergue una hilera de estatuas colosales de las que cuatro son de Ramsés y dos de Nefertari (páginas 106-107).

Cuando finalizaron estos trabajos hacia el 1266 a. C., los monarcas y su hija Merytamun se embarcaron para inaugurar con gran esplendor el santuario. En este viaje de unos 1.700 kilómetros al ardiente sur, estaban acompañados por el virrey de Nubia, Hekanakht, y una camarilla de cortesanos y asistentes. Para registrar el glorioso acontecimiento, el virrey mandó esculpir una estela conmemorativa en la que aparecen el faraón y su hija cumpliendo con el ritual debido para con los dos templos, y Hekanakht en actitud obediente ante Nefertari.

No obstante, parece que este grandioso momento en la vida de la reina llegó en el epílogo de su mandato. Los egiptólogos especulan con que la notoriedad adquirida por Merytamun desde entonces se debió al hecho de que su madre, ya enferma o fatigada por el viaje, no pudo officiar junto a su esposo durante los actos oficiales. Lo que resulta indiscutible es que no existe ninguna imagen posterior de la reina y se supone que ésta moriría poco después de la ardua travesía del Nilo.

La conclusión de los expertos es que Merytamun llegó a sustituir a su madre como Gran Esposa Real. Pero ni ella ni su madre pudieron igualar el éxito de la reina rival, Istnofret, en un aspecto fundamental. A pesar de que ésta aparece raramente en monumentos y documentos, fue uno de sus hijos —el 13º de Ramsés— quien sobrevivió al faraón y heredó el trono como cuarto faraón de la dinastía, Merenptah.

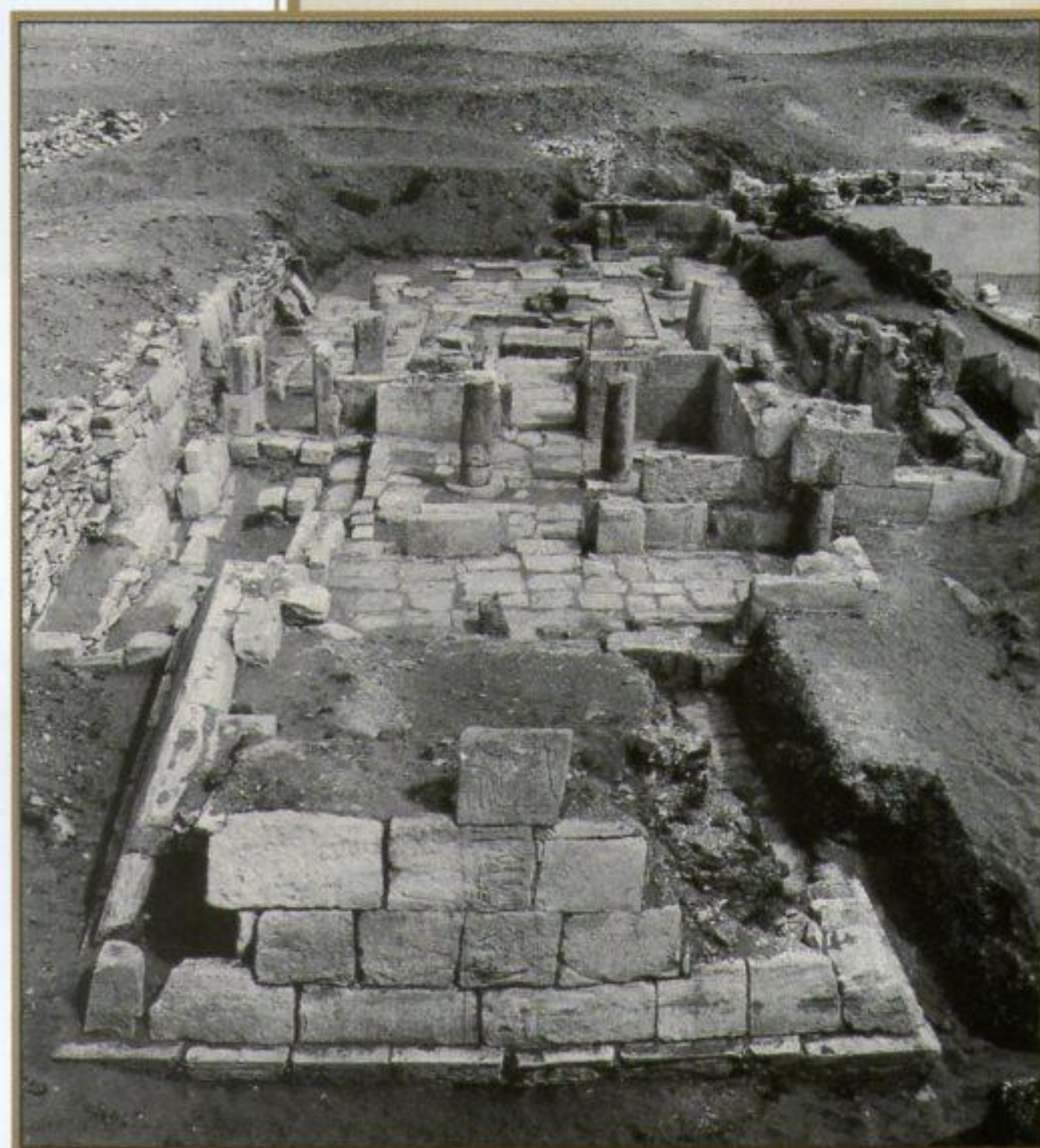
Lo poco que se sabe de la vida de las reinas de Ramsés procede normalmente de monumentos, correspondencia diplomática contenida en los archivos, relieves y pinturas de templos y sepulcros reales. Suelen aparecer cumpliendo con sus deberes oficiales, tomando parte junto al faraón en ceremonias de estado o oficiando como sacerdotisas en cultos religiosos, en los que suelen sostener objetos rituales sagrados de alguna diosa del panteón egipcio.

Los testimonios arqueológicos acerca de la vida diaria de las reinas son escasos. Algunas excavaciones llevadas a cabo por el arqueólogo inglés Flinders Petrie durante 1880, demostraron la existencia de un harén real en Mi-Wer, al que se habría retirado la reina Maat-Hot-Neferure, hija del rey hitita Hattusilis. Contrariamente a lo que se presume, esta institución no era un sala de espera para las consortes reales que descansaban entre visita y visita del faraón, sino un centro agrícola, industrial y educativo. Administradores que vivían allí supervisaban a una plantilla de artesanos especializados y sirvientes. Albergaba talleres textiles dedicados a formar jóvenes mujeres en la técnica de tejer el lino, responsables de abastecer a la familia del faraón y sus validos. El harén mantenía asimismo su propios rebaños y granjas que proveían a la casa real de cereales, leche y carne.

Importantes nobles de la corte poseían también sus propias haciendas y empleados. Un documento llegado hasta nosotros registra la cantidad de hierbas, pan y leche distribuida por las haciendas de la

VIAJANDO JUNTOS PARA SIEMPRE

Para los familiares y asistentes del faraón, la vida —y la muerte—, tenían ciertas gratificaciones adicionales. Entre los mayores beneficios estaba la inmortalidad conferida por un



monumento funerario inmune al paso del tiempo. Uno de estos monumentos es la «casa de la eternidad» que la princesa Tia, hija de Sethi I y hermana de Ramsés II, y su marido, también llamado Tia, hicieron construir para sí mismos en la necrópolis de Saqqara, cerca de Menfis.

Un equipo angloholandés de arqueólogos topó con el sepulcro de la pareja mientras se hallaba excavando en

el área. Por entonces, los saqueadores ya se habían apropiado de la mayoría de los artículos con valor de uso, dejando sólo muros y columnas, una capilla anexa y la base de una pequeña pirámide (izquierda). Para sorpresa de los arqueólogos, la tumba había sido construida de manera tosca y algo chapucera, a pesar del prestigio de sus propietarios. «No hay un solo muro derecho —escribió el jefe de la expedición, Geoffrey Martin—, y apenas hay ángulos rectos.» Además, la piedra usada era de mala calidad y se habían disimulado sus defectos con yeso.

No obstante, en su día debió de haberse tratado de un monumento impresionante embellecido por el atrio y una pirámide. Confirió también la inmortalidad deseada, a pesar de la incompetencia de los constructores. Así, algunos relieves de la capilla muestran a la pareja en distintas ocupaciones. En el muro sur, aparecen plácidamente sentados en una barcaza arrastrada por otra embarcación mediante aparejos y animales, que les traslada Nilo arriba para adorar a Osiris en su templo de Abydos.



princesa Istnofret II a sus criados. Otro registra el mensaje mandado por dos cantantes, que no sólo serían súbditos sino también amigos, a la misma princesa. En él preguntan por su salud y bienestar, le informan de la suya y admiten que «nos preocupamos mucho por ti».

En Mi-Wer y otras residencias reales, incluyendo el propio palacio del faraón en Pi-Ramsés, se empleaban a viejos burócratas o militares retirados como instructores de lectura, escritura, ética, maneras, arte militar y administración. Entre los pupilos se encontraba la propia prole del faraón y de los altos funcionarios del estado, también los hijos de mandatarios extranjeros puestos al cuidado del faraón para ser educados como egipcios. Algunas pruebas indican que las hijas de la casa real compartieron, al menos en parte, estas enseñanzas.

La vida del harén, aunque laboriosa, procuraba igualmente comodidades y placeres. A Ramsés le gustaba rodearse de cosas hermosas. Los interiores de su palacio brillaban con frisos y cerámicas de vistosos colores, decorados con peces y flora acuática (*página 11*), flores de loto, racimos de uva y ramos de amapolas.

Tanto si el faraón asistía como si no, las exquisiteces no faltaban nunca en la mesa real. Un manual formativo para escribas basa uno de sus ejercicios de caligrafía en lo que debía de haber sido un típico banquete de celebración: «200 anillas para ramos de flores, 500 cestos de comida. Lista de comida para preparar: 1.000 barras de harina fina, 10.000 galletas *ibshet*, 2.000 barras de *tjet*, 100 cestos de pasteles, 100 cestos con 300 cortes de carne seca, 60 vasijas de leche, 90 de nata, 30 boles de algarrobas, 50 sacos de uva, 60 de granadas y 20 de higos.» Para completar el menú, los pescadores entregarían la pesca del día procedente del Nilo o del lago Fayum, así como patos y ocas para ser desplumados y asados. Se añadían puerros, hierbas y miel para endulzar el paladar.

En el curso de danzas ceremoniales y banquetes de la corte celebrados para entretener a la familia real y a sus huéspedes, solían actuar compañías de músicos y bailarinas. Éstas aparecen a menudo en decoraciones sobre cerámica y en los relieves de las tumbas, donde se las ve desplegar su esmerada técnica que parece anticipar la de la actual danza del vientre. Los músicos aportaban el acompañamiento rítmico con timbales, tambores, matracas, carracas de marfil o hueso y el sonar de los dedos. Asimismo, orquestas y solistas hacían sonar sus

UNA MARAVILLA ARQUITECTÓNICA RAMESIDA BAJO UNA CIUDAD MODERNA



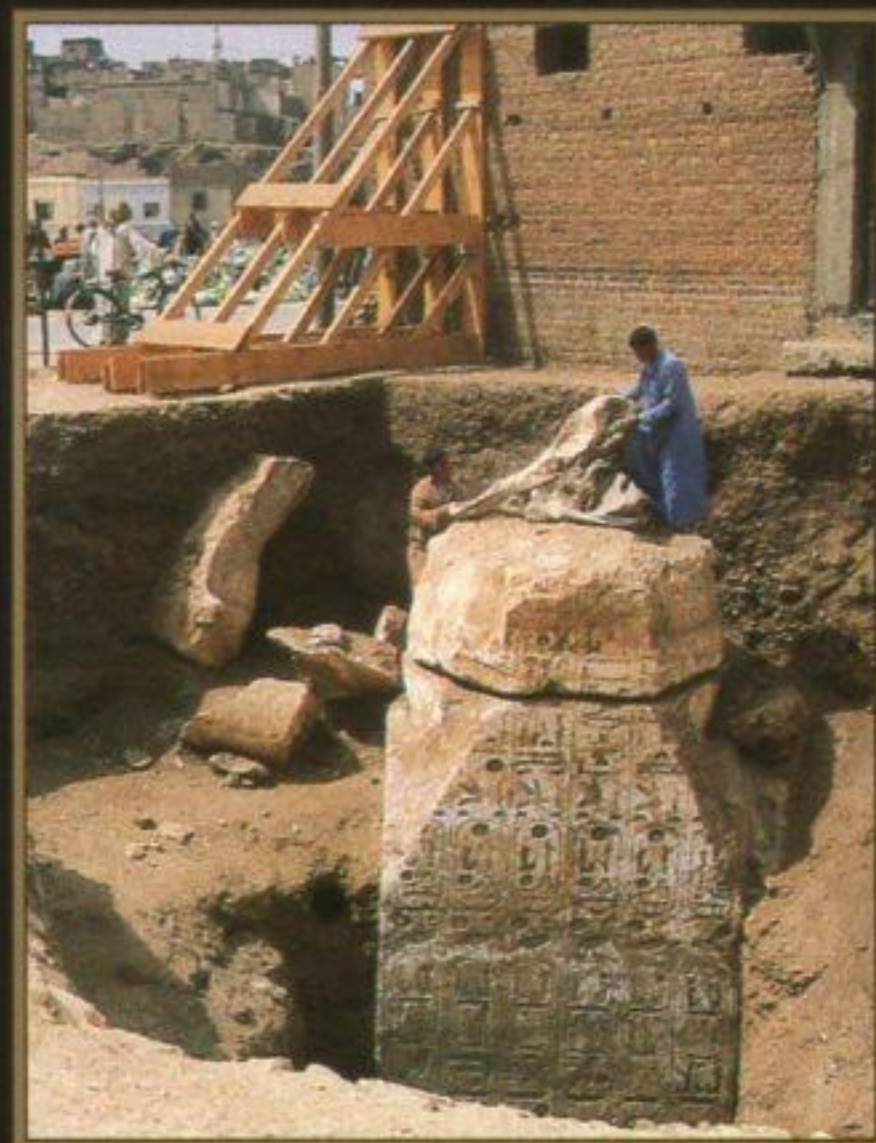
La estatua tumbada de Merytamun aparece frente a un pilón en ruinas en Akhmim. El bloque que se aprecia a su izquierda es parte de un pilar esculpido perteneciente a una escultura de Ramsés II.

Con un pasado tan rico como el de Egipto, no resulta una sorpresa que año tras año se hayan materializado descubrimientos de envergadura, pero lo que los arqueólogos no esperaban fue el hallazgo accidental ocurrido en 1981 en Akhmim, una pequeña ciudad a unos 140 kilómetros de Luxor, enclave de la antigua Tebas. Mientras excavaban los cimientos de una escuela, los trabajadores descubrieron parte de un enorme bloque de piedra caliza, que resultó ser la porción superior de una corona, emblema de una diosa o reina. Bajo la supervisión de los arqueólogos fue extraída una estatua

de 4 m de altura que representaba a una mujer joven (pag. opuesta). Un cartucho reveló que se trataba de Merytamun, hija de Ramsés y su esposa preferida, Nefertari, quien se convertiría en gran consorte real tras la muerte de la reina. Una inscripción en la base cantaba las alabanzas de Merytamun, llamándola «de bello rostro, hermosa en el palacio, la amada del Señor de las Dos Tierras».

Procediendo con las excavaciones se hallaron más tarde fragmentos de una segunda escultura, ésta de Ramsés II. Se pensó que obras de esa magnitud debían de haber formado

Unos trabajadores se disponen a proteger la base cubierta de jeroglíficos de un coloso sedente de Ramsés II, que se cree alcanzaba unos 15 metros de altura. La excavación en este enclave resulta algo dificultosa por la fragilidad de algunas estructuras, como la que aparece al fondo con el muro apuntalado.



parte de un templo desaparecido, donde seguramente flanqueaban un doble pilón de entrada.

Se trataba de un gran hallazgo, pero los arqueólogos tuvieron que detener sus investigaciones, ya que para proseguirlas debían destruir parte de la ciudad. Ya a finales de 1991, otros trabajadores que excavaban en la zona toparon con una escultura de Ramsés de unos 8 m, cubierta de jeroglíficos, y con fragmentos de un segundo coloso, aparentemente de una mujer. Paulatinamente irían apareciendo las ruinas del templo al que pertenecían ambas estatuas, pero de nuevo por el mismo motivo las obras no pudieron proseguir. Además, los habitantes del enclave rechazaron abandonar sus viviendas, por más que el gobierno les había prometido casas nuevas. «Las antigüedades están por todas partes», aducía uno. «¿Qué tengo yo que ver? No son más que piedras.» Seguramente, pero los arqueólogos creen que el templo encontrado bajo los cimientos de Akhmim podría ser incluso mayor que el de Karnak, y que sus ruinas abarcan un recinto que sobrepasa los límites de la ciudad. En caso de desenterrarlo y restaurarlo, el templo perdido se podría convertir en una atracción turística capaz de rivalizar con el esplendor de Luxor.

El andamiaje permite enderezar la estatua de Merytamun, la hija-reina de Ramsés II. Su mano izquierda sostiene un menat, un collar de cuentas con la imagen de Hathor, diosa del amor, música y danza.





flautas, arpas, caramillos al tiempo que cantaban. A medida que pasaban las horas, los conos de grasa perfumada que lucían los comensales se iban derritiendo sobre las trenzas y su vestimenta.

Sin embargo, fuera del plácido recinto del palacio, la vida de las súbditas de Ramsés era muy distinta. La mayoría eran campesinas, que vivían apiñadas en casas que debían constantemente defender contra las arenas del desierto y las moscas insidiosas. También labraban el campo con sus maridos para poder alimentar a sus familias con frugales raciones de legumbres, cebollas, queso y pan. En las pinturas que adornan los sepulcros de sus ricos patrones, las mujeres aparecen recogiendo trigo, lino y cargando en la cabeza pesados cestos de productos agrícolas desde el campo hasta el almacén.

Aquellos a quienes su pequeña parcela les procuraba un excedente se solían establecer como comerciantes. Una ilustración en una tumba tebana presenta a una vendedora sentada junto a un puesto bien proveído, donde las mercancías aparecen cuidadosamente apiladas para llamar la atención del cliente. La mujeres también eran empleadas en los molinos municipales, donde procesaban harina en grandes canti-

Uno de los once murales encontrados en la tumba de un oficial tebano de la XVIII dinastía. En éste aparecen dos jóvenes bailando alrededor de unas ánforas de vino decoradas con guirnaldas, mientras dos músicas palmean y otra toca la flauta. Sobre sus cabezas tocadas con peluca, las mujeres llevan conos de grasa aromática que se derretía perfumando el pelo y los vestidos. Los jeroglíficos en la parte superior representan la letra de la canción.



dades. Según las cifras de producción anotadas en un papiro, de entre una plantilla de 26 molineras, tres de ellas podían acumular diariamente 10,5 sacos de cereales, que luego convertían en 7,25 sacos de harina. Las mujeres de probado talento, como las mencionadas bailarinas, se podían labrar una carrera en la corte o viajando de casa en casa para entretener a los ricos.

Las mujeres dominaban la industria textil —el sector económico más importante después de la agricultura— y la manufactura de perfumes, que confeccionaban con lirios y una variedad de aceites vegetales aromáticos. Algunas alcanzaron puestos de responsabilidad, seguramente en ámbitos laborales donde la mano de obra era eminentemente femenina. Ciertos textos del Imperio Nuevo nos hablan de mujeres capataces en talleres textiles y mencionan a patronas del taller de pelucas y responsables de la sala de banquetes. Como en todas las sociedades documentadas por la historia, no faltaban tampoco las prostitutas. En el poblado de Deir el Medina, donde se concentraban los trabajadores que construyeron y decoraron las tumbas del Valle de los Reyes y del Valle de las Reinas, sobre la orilla occidental del Nilo, al otro lado

del complejo de Tebas, se hallaron documentos que se refieren a esas mujeres desprovistas de lazos familiares como «las otras». El enclave ha proporcionado igualmente fragmentos de piedra calcárea y de alfarería en los que se representa a mujeres públicas en variadas posturas, ya enérgicas, ya lánguidas. En la misma comunidad, un trabajador de inclinaciones artísticas nos legó un rollo de papiro en el que con esmerado detalle retrata un ajetreado día en el burdel.

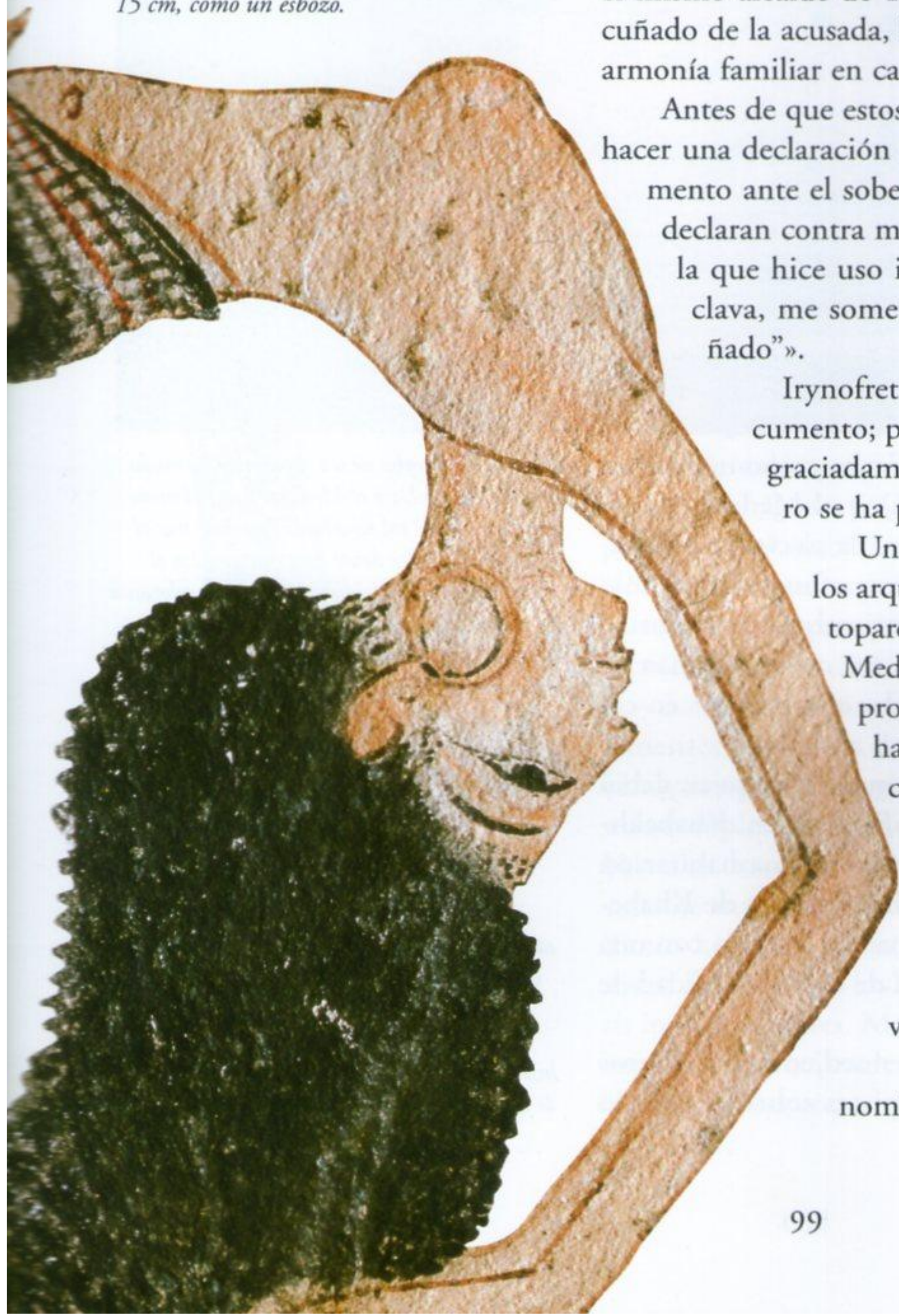
Otros servicios sociales más convencionales y respetables también estaban totalmente en manos de las mujeres. El cuidado de las mujeres embarazadas era una ocupación femenina, y la hermandad de plañideras encargada de las exequias de los muertos era una institución solamente integrada por mujeres. Los documentos que han sobrevivido al paso del tiempo revelan que estas mujeres no sólo velaban al difunto, sino que supervisaban el funeral y negociaban los contratos a largo plazo para la celebración de los ritos *in memoriam* y el mantenimiento de las tumbas.

En sus propios monumentos funerarios, muchas mujeres del tiempo de Ramsés se identificaron como sacerdotisas de cultos religiosos dedicados a la adoración de determinados dioses. No está claro hasta qué punto las que se ocupaban de estas actividades eran profesionales iniciadas en la comunidad religiosa o simples mujeres piadosas. En cualquier caso, el número de mujeres que participaban en ritos religiosos era considerable, tal como demuestran los relieves de los templos. En algunas escenas del ceremonial, podemos apreciar a sacerdotisas músicos que rinden culto a Hathor mientras sacuden sus matracas y collares de cuentas a la deidad del amor, que era también patrona de la música y la danza.

Indudablemente, el servicio doméstico facilitaba el mantenimiento de la mayoría de las mujeres, fueran éstas libres o esclavas. Una escena habitual en las pinturas de las tumbas de los ricos y notables muestra a sirvientas llevando platos para un banquete o arreglando el pelo a una dama. De hecho, la dependencia de las clases pudientes respecto de su servicio era tanta que solían decorar sus estancias funerarias con estatuillas de sirvientas destinadas a asistirles en la otra vida. Pero incluso familias de rango inferior parecían capaces de procurarse los servicios de al menos una criada, a la que se pagaba con comida y algunos bienes o se la mantenía como esclava. La compra de esclavas es conocida a través de papiros que registran disputas legales ante la corte de Tebas en el año 15º o 16º del reinado de Ramsés. Una mujer llamada Irynofret, esposa de un funcionario de distrito conocido



En esta exótica imagen hallada en Deir el Medina, que se remonta a 3.000 años atrás, una bailarina se contorsiona graciosamente hacia atrás. Los expertos consideran la imagen, pintada sobre una tablilla de unos 15 cm, como un esbozo.



como Simut, compró una joven esclava siria a un mercader. Tras un cierto regateo, llegaron a un acuerdo, que supuso para Irynofret el desembolso de algunos bienes: vestidos de lino, una manta tejida por ella misma, otros artículos caseros y una colección de vasijas de cobre y bronce.

Poco después de cerrar el trato, una mujer vecina de la anterior, Bakmut, presentó una queja oficial aduciendo ser ella la propietaria de algunos de los bienes pagados para la compra de la esclava. Por consiguiente, pedía compartir los servicios de la joven. Para reforzar su petición, ella y su marido presentaron algunos testigos de peso: un sargento de policía retirado asignado previamente a la tumba del rey, el mismo alcalde de Tebas, cuatro amigas de Bakmut e incluso un cuñado de la acusada, lo que sin duda no contribuiría en exceso a la armonía familiar en casa de Irynofret.

Antes de que estos testigos declararan, el juez instó a Irynofret a hacer una declaración formal de inocencia. Le ordenó «prestar juramento ante el soberano, declarando lo que sigue: “si los testigos declaran contra mí que cierta propiedad de la dama Bakmut de la que hice uso indebido estaba incluida en el pago de la esclava, me someteré entonces a 100 azotes por haberla engañado”».

Irynofret procedió como se ordenaba según dicta el documento; prestó juramento y los testigos declararon. Desgraciadamente para nuestra curiosidad, el resto del papiro se ha perdido y el resultado del caso se desconoce.

Unos 3.000 años después de ese pleito, en 1886, los arqueólogos del Servicio de Antigüedades Egipcias toparon con algo de incuestionable rareza en Deir el Medina: una tumba intacta; indemne al paso de los profanadores de tumbas que como aves carroñeras habían arrasado tantos panteones en la orilla occidental. El acceso a la cámara funeraria estaba sellado por una puerta de madera enmarcada en piedra caliza y asegurada con un cerrojo.

En ella había escenas pintadas en verde, turquesa, rojo y ocre que representaban al propietario, su esposa e hijos rindiendo tributo a varias deidades.

Las inscripciones jeroglíficas revelaron que el nombre del fallecido era Sennedjem, con título de



Sirviente del Lugar de la Verdad que le identificaba como uno de los más importantes trabajadores y artesanos de Deir el Medina. Cuando los excavadores extrajeron la puerta —la mejor de su clase jamás hallada en la orilla occidental— y pasaron a la cámara funeraria, no sólo encontraron a Sennedjem, sino también a 19 miembros de la familia que se remontaban hasta tres generaciones. Nueve cuerpos yacían en ataúdes de madera y los 11 restantes en el suelo, amortajados en capas de lino blanco.

En uno de los ataúdes yacía una mujer llamada Isis, quien debió de ser una nieta o yerna casada con el hijo de Sennedjem, Khabekhnet, cuya propia cámara funeraria se encontraba en una habitación anexa. Pero si esto es así, no se trataba de la única esposa de Khabekhnet, pues en la tumba se halló una caja de madera pintada con una inscripción que la identificaba como propiedad de aquél en calidad de esposa.

Las imágenes que ilustran la tumba de Sennedjem y los objetos encontrados en su interior aportan algunas pistas sobre el mundo

Muro de la tumba de un supervisor llamado Sennedjem en Deir el Medina. Los babuinos veneran al dios sol Re-Harakhty, mientras el astro rey amanece desde otro mundo. En el plano inferior, Sennedjem y su esposa adoran a Re-Harakhty, Osiris y Ptah. Apartado a la derecha, se ve a un hijo asistiendo al padre momificado. En el tercer nivel, el matrimonio recoge cereales; a la derecha, aparece él oliendo una flor de loto. En el cuarto nivel, la pareja cosecha el lino y ara plácidamente los campos.

Una rama de viñedo como símbolo de nacimiento y rejuvenecimiento adorna el ataúd interior de Isis, cuya momia se encontró en la tumba de Sennedjem. Estos ataúdes, en los que los muertos aparecían representados con sus mejores galas, se introducían en el interior de un segundo armazón esculpido, por lo que se sabía que el cadáver era una momia.



doméstico en el que vivían Isis y otras mujeres de la familia –Sahto, sus cuñadas Tameket y Nefer, y su suegra, Iyneferty. En éstas aparecen vestidas de lino fino blanco, tocadas con pelucas de pelo humano. Los conos de grasa perfumada sobre sus cabezas aparecen derretidos suficientemente como para dar un pálido tinte amarillento a sus prendas, que el artista reproduce minuciosamente. Siguiendo las convenciones artísticas del período, el pintor dio a las figuras un tono de piel distinto según el sexo; Sennedjem y sus hijos presentan una tez rubicunda, mientras las mujeres la tienen más pálida.

El retrato que decora la tapa del ataúd interior, muestra a Isis con sus joyas. Un collar muy trabajado rodea su cuello y dos pares de pendientes de marfil cuelgan de sus lóbulos. Lleva puestos anillos y brazaletes, y se ciñe su rizada peluca con una guirnalda.

Para entretener sus horas de ocio, las mujeres y esposas de la familia solía jugar a un conocido juego de mesa llamado *senet*, en el que cada adversario movía unas piezas talladas sobre un tablero. En los funerales celebrados durante el Imperio Nuevo, este juego asumió una significación ritual. En el panteón familiar de Sennedjem, una pintura muestra a Tenekem junto a su marido jugando a *senet* contra un adversario invisible del otro mundo: el destino. El premio por el que parecen contender es la vida eterna.

La casa de Isis, al igual que la de sus cuñados, debió estar adornada con artículos domésticos tan decorativos como funcionales. Las vasijas de colores –como una bonita anfora adornada con flores de loto, mandrágoras y granadas, u otra decorada con líneas ondulantes para imitar el alabastro–, solían contener aceite, vino o grasa aromática para los conos perfumados. Algunos cofres aparecían ingeniosamente labrados para producir la ilusión del marfil y el fruto de curiosos árboles.

La información aportada por el panteón familiar acerca de las parientes femeninas de Sennedjem es sólo el punto de partida. Otras cámaras mortuorias y amplia documentación escrita dan una visión más completa de ese ámbito. De hecho, es fácil hacer una suposición bastante exacta acerca de lo que Isis habría guardado en una de esas cajas de madera pintada; entre otras cosas: lino, joyería y cosméticos. Tanto hombres como mujeres usaban maquillaje; lo hacían, sobre todo, alrededor de los ojos, con fines estéticos, así como para combatir los rayos solares. Mantenían sus pieles suaves con aceites y ungüentos hechos de animales e ingredientes vegetales, y se ponían colorete en las mejillas con una mixtura de grasa y ocre encarnado.

LOS TESOROS DEL TEMPLO DE LA DIOSA LEONA

La ciudad egipcia de Bubastis, en el delta del Nilo, prosperó a lo largo de siglos. Llamada así en honor de la diosa con cabeza de león, Bastet, durante los festivales religiosos atraía multitud de adoradores a su templo. Metales preciosos y piedras semipreciosas provenientes del este llegaban a ésta y otras grandes ciudades del delta a manera de ofrenda. Ya en tiempos romanos, no obstante, la ciudad fue abandonada y los tesoros de la diosa, menos los guardados en dos escondites, extraviados o destruidos. Los expertos opinan que los sacerdotes enterraron aquella parte como medida de seguridad y que luego les fue imposible rescatarla.

El 23 de septiembre de 1906, el rumor de que los trabajadores del ferrocarril habían descubierto vasijas de oro y plata recorrió la ciudad de Zaazig, no lejos del terraplén que contenía las ruinas de Bubastis. Cuentan que los trabajadores tropezaron con el tesoro mientras nivelaban el terreno junto a los raíles, y que luego lo habían vuelto a enterrar para poderlo dividir durante la noche. Alertado por el rumor, el Servicio Egipcio de Antigüedades y la policía local registraron las casas de los sospechosos. A un tratante que no tuvo tiempo de revender lo adquirido, le fue confiscada una

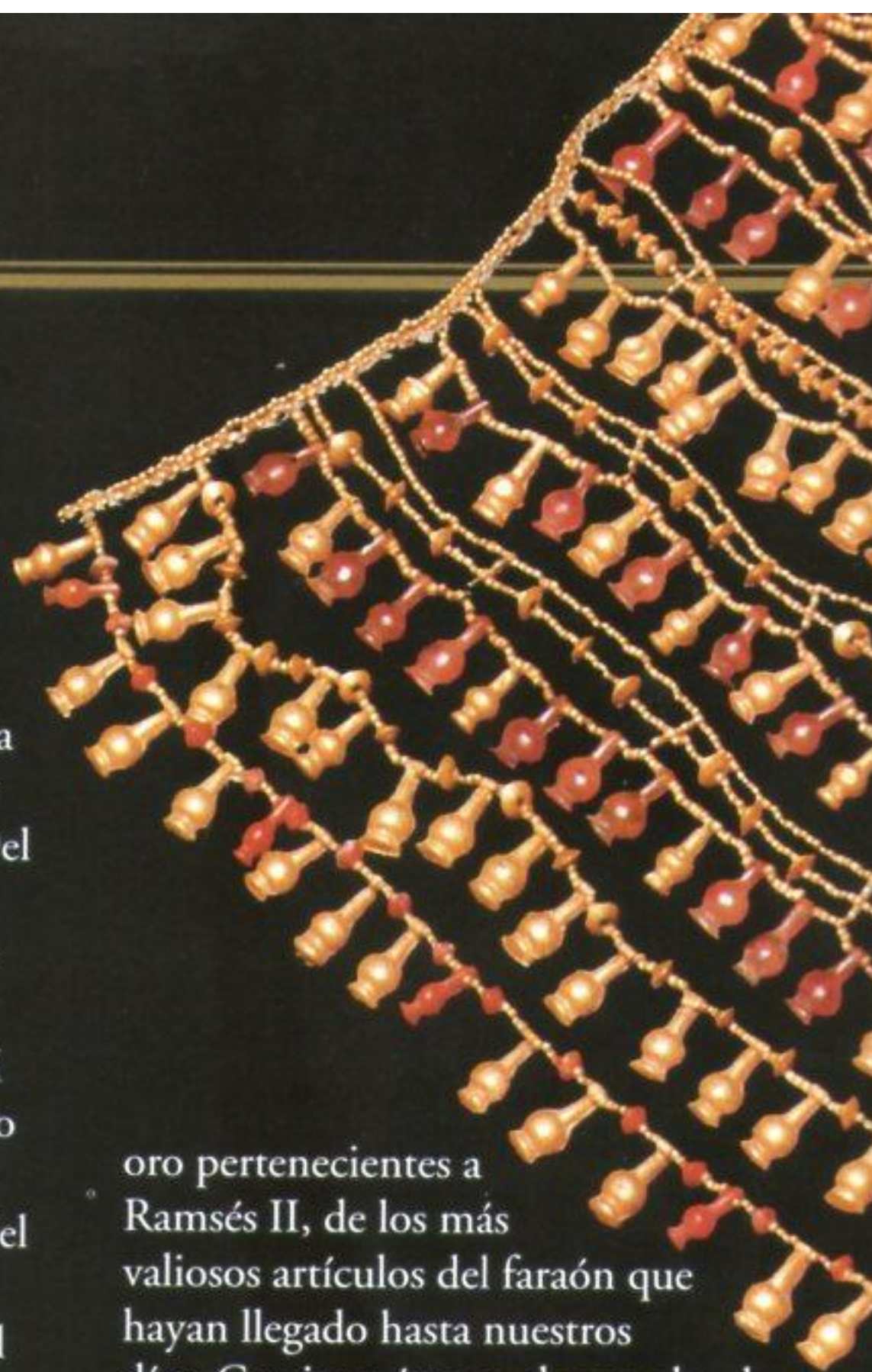
bonita jarra de plata con asa dorada en forma de cabra (pag. opuesta) y porciones de una vasija de plata. Del interior del techo de la casa de un trabajador, se recuperó una taza de oro con el cartucho de la Reina Tausert, último monarca de la XIX dinastía. Desgraciadamente, el resto del tesoro no se encontró jamás.

Tiempo después, C. C. Edgar, del Servicio Egipcio de Antigüedades, empezó una nueva excavación en el terraplén. Al principio, los trabajadores sólo desenterraron unos pocos objetos de reducidas dimensiones y en una ocasión, una pieza de plata veteada de oro tuvo que ser extraída de la boca de uno de los excavadores. El 17 de octubre, el supervisor descubrió a un trabajador exhumando fragmentos de plata y pidió ayuda para proteger el enclave.

Obras posteriores pusieron al descubierto un segundo escondite, donde se hallaron vasijas labradas, pedrería fina, anillos, agujas y filtros para el vino. Nada de eso se podía comparar con los dos brazaletes de

oro pertenecientes a Ramsés II, de los más valiosos artículos del faraón que hayan llegado hasta nuestros días. Gracias a éstos y al cartucho de Tausert impreso sobre la taza dorada, los hallazgos pudieron fecharse en la era ramesida.

Magníficos brazaletes de oro y lapislázuli adornados con cabezas de ansar y perfectamente conservados. Hombres y mujeres solían llevar varias piezas de este tipo.





Collares de cuentas de varias vueltas eran el artículo de joyería más común entre los antiguos egipcios, tal como demuestran sus estatuas y murales. Este que aparece aquí es de oro y cornalina, y fue recompuesto a partir de uno parecido esculpido en la estatua de una de las hijas de Ramsés.

Una cabra dorada se asoma sobre sus patas delanteras al borde la vasija de plata como sorbiendo el contenido, a manera de asa. Este bello artilugio muestra todo el poder conquistador del país con su forma de granada –un fruto de las tierras de Oriente– y el oro y plata procedentes del Próximo Oriente y de Nubia.

En una figurita de madera pintada de la XIX dinastía, el dios Bes sacude una pandereta mientras baila sobre una flor de loto, símbolo de regeneración. Se creía que Bes expulsaba los demonios a la hora de dar a luz y traía felicidad al hogar, donde la apariencia de aquél solía estar presente en reposacabezas, espejos y otros artículos.



Oler fresco y dulce era asunto de cierta consideración. Los ricos se lavaban a diario, empezando el día con una ducha fría, que un siervo vertía y a la que se enriquecía con productos higiénicos tales como el natrón, un carbonato de sodio natural que se usaba también para la momificación. Las gentes del pueblo, sin medios para comprar natrón o sales disueltas, solían aplicarse una mezcla de ceniza y grasa animal que venía a sustituir al jabón. Una mujer de medios parecidos a los de Isis habría prolongado los efectos de estas abluciones con desodorante hecho de turpentina, incienso y otros polvos de composición desconocida. Para terminar, se podía bañar con una variedad de perfumes, que podían variar de la esencia de capullos de loto hasta —si los ingresos de Khabekhnet lo permitían— una mixtura más exótica y costosa de mirra, incienso, retama y un surtido de extractos de plantas de otras tierras.

Un papiro de corte médico incluye una receta que Isis podría haber seguido para mantener dulce su aliento: «Incienso seco, semillas de pino, resina de terebinto (trementina), junco fragante, corteza de canela y caña fenicia. Moler fino, mezclar en una masa sólida y ponerlo al fuego. Añadir miel. Calentar, amasar y hacer bolitas.» De textos como éste, se podían extraer fórmulas para acabar con los granos y otras imperfecciones menores. Para combatir las arrugas se podía restregar la cara con una pasta de terebinto, cera, hierbas importadas de Chipre y aceite fresco. Se conocen otros compuestos destinados a objetivos menos edificantes; un texto nos habla de una poción de hojas de loto quemadas e impregnadas de aceite que, al aplicarse sobre la cabeza de alguien, provocaba la caída del pelo.

Si Isis estaba preocupada por su salud, podía consultar a un médico. Los textos escritos por profesionales de ese ramo aluden a casi todo los campos de la medicina, desde la depresión hasta los que parecen enfermedades venéreas, e incluso cáncer. En un manual se encuentran instrucciones terapéuticas para una mujer afligida de letargia «que sólo quiere yacer, sin hacer ningún esfuerzo para levantarse e incapaz de reaccionar con voluntad. Podemos decir que se trata de espasmos del útero, y se la debe tratar como sigue: ingerir medio litro de fluido de *haawy* y hacérselo vomitar al instante».

Muchas mujeres consultaban médicos por problemas de fertilidad, y en los tratados médicos existen instrucciones para reforzar sus

posibilidades de concebir. «Para dilucidar si una mujer podrá tener hijos, necesitamos la hierba *bededu-ka*, mojada con leche de una mujer que haya dado a luz. Dejad que la paciente lo coma; si lo vomita, podrá tener hijos; si le produce flatulencia, no los tendrá.»

Si Isis debía concebir es más probable que buscara la asistencia de una comadrona que la de un médico. Para un parto normal, la comadrona llevaba a la casa de la futura madre una silla de madera especialmente diseñada, equipada con asiento semicircular y dos barras a las que la mujer se podía agarrar mientras presionaba para parir. En los casos en que el parto se prolongaba, la comadrona podía administrar estimulantes, aplicados externamente al bajo vientre o preparados como brebaje. Según un papiro médico, los ingredientes incluidos en tales soluciones eran sal, miel, aceite, vino, incienso, y otras hierbas y vegetales mezclados, a veces, con caparazones pulverizados de tortuga o escarabajos.

No obstante, una asistencia de este tipo no podía impedir los peligros que durante el parto acechaban a la madre y al hijo. Investigadores contemporáneos han calculado que de cada 1.000 madres del antiguo Egipto, 25 morían durante o después del parto, unas cifras comparables a las de la Inglaterra rural entre los siglos XVI y XVIII.

Ante peligros de este calibre, Isis y las mujeres de su tiempo se inclinaban por mejorar sus posibilidades orando a alguna de las deidades asociadas con el nacimiento: la diosa Hathor, venerada como guardiana de las mujeres; la diosa híbrida de hipopótamo y mujer, Taweret; o Bes, una diosa asociada a la casa y la tierra, cuya fealdad se consideraba un remedio contra los demonios. Otras formas de magia eran asimismo contempladas; un papiro sugiere que para aliviar los intensos dolores del parto, las auxiliares podían proferir ciertos encantamientos sobre una figurita de barro colocada en la frente de la madre. Los documentos arqueológicos no llegan a revelar si Isis fue o no feliz en su matrimonio; en caso negativo, el divorcio era siempre una opción disponible para las mujeres egipcias. Tenían el mismo derecho que sus maridos a poner fin a un matrimonio. En tal caso, la partición de los bienes comunes y el destino de la dote aportada por la mujer dependían de cuál de los cónyuges hubiera empezado los trámites de la separación.

Había otros aspectos en los que las mujeres gozaban de igualdad absoluta ante la ley. Numerosos documentos legales atestiguan que tenían derecho a la propiedad —de hecho, la tierra era transmitida por las mujeres de una generación a otra—, que podían administrar me-

diante cesión, venta u otros acuerdos legales sin necesidad de un hombre como agente de sus intereses. En un papiro se da cuenta de una venta de tierras por un consorcio de mujeres propietarias. Del mismo modo, el caso entre Irynofret y su vecina acerca de la esclava demuestra que la propiedad y el pleito se dirimía entre dos mujeres y que sus maridos actuaban como meros testigos, sin responsabilidad de su parte. Una mujer podía asimismo adoptar hijos, firmar como testigo documentos legales y actuar como albacea. Que se hiciera justicia en el antiguo Egipto dependía más de la clase social y la riqueza familiar que del sexo.

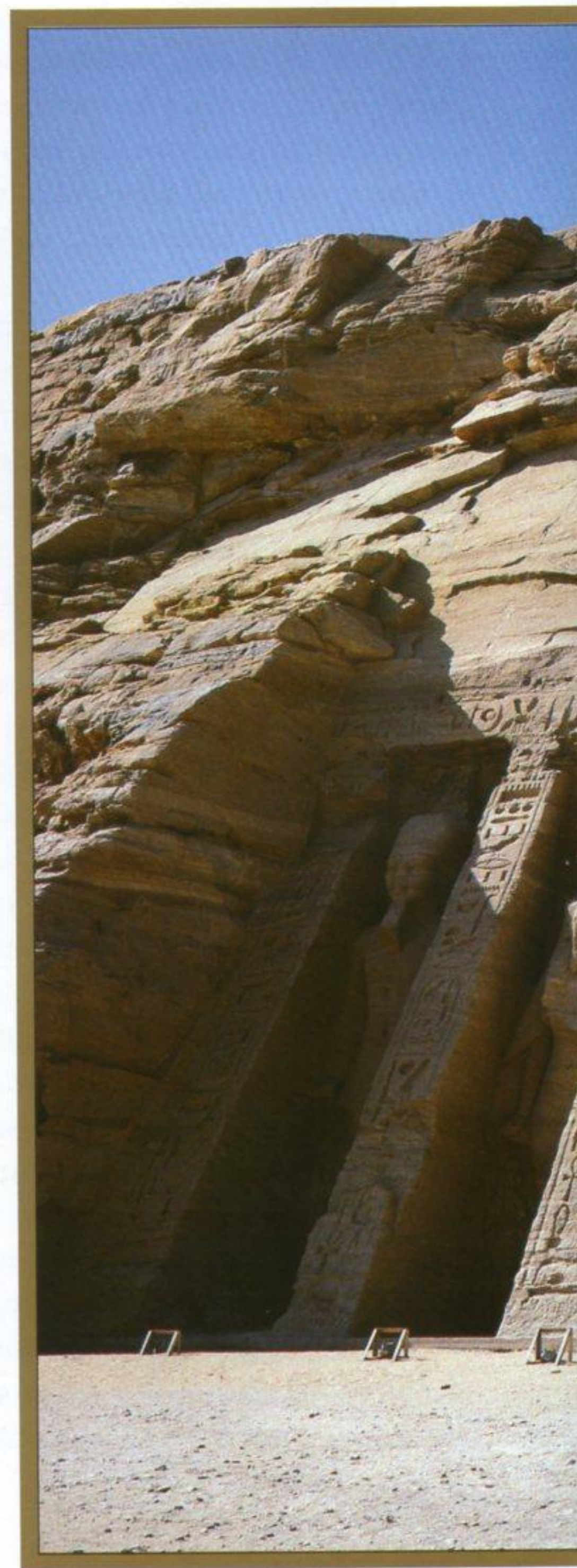
No obstante, los derechos legales no garantizaban la igualdad absoluta para las mujeres de las familias más ricas y poderosas. La actitud hacia las mujeres que reflejan los textos egipcios revelan una ambivalencia notable cuando no una misoginia sin ambages. En la mitología, las grandes diosas encarnan tanto peligro como virtud; Hathor protege, pero amenaza igualmente con su terrible cólera, e Isis es al mismo tiempo una madre y una hechicera con tremendos poderes. En la literatura de ficción, los caracteres femeninos aparecen a menudo como figuras ínfidas que seducen, traicionan y asesinan para satisfacer sus perversos deseos.

En los populares textos literarios conocidos como *textos de sabiduría*, los egipcios fijaban su código de maneras y costumbres que pasaban de una generación a otra, usando como convención formal las instrucciones de un padre a su hijo. En estos textos, que se remontan hasta el Imperio Antiguo, 1.000 años antes del reinado de Ramsés, las mujeres aparecen tratadas con reserva, sobre todo cuando no se hallaban firmemente sujetas a la tutela de un hombre. «No vayas tras las mujeres. No dejes que te roben el corazón. Ten cuidado con las extrañas. No las mires cuando pasan, no las conozcas carnalmente», sentenciaba un autor. Éste consideraba estas criaturas como «agua profunda de la que se desconoce el curso. Eso es una mujer lejos de su marido. Cuando no haya testigos, estará lista para engañarte».

Una vez sujeta a las pautas del matrimonio y la maternidad, la mujer se hacía merecedora de respeto. «No controles a tu mujer en casa —instaba un escrito—, cuando sabes que es eficiente.» A su vez, el amor por la propia esposa no debía hacer olvidar a la propia madre: «Apóyala como ella te apoyó a ti. Fuiste una carga, pero no te abandonó.»

La posición social de una mujer la definía su marido. En un *texto de sabiduría* procedente del Imperio Nuevo y relativo a los buenos

Plumas, el disco solar y cuernos de la diosa Hathor coronan uno de los dos colosos de Nefertari, flanqueado por estatuas de Ramsés en el umbral del templo menor de Abu Simbel. Una inscripción en los contrafuertes del monumento proclama que nada comparable a estas figuras se había conseguido jamás.



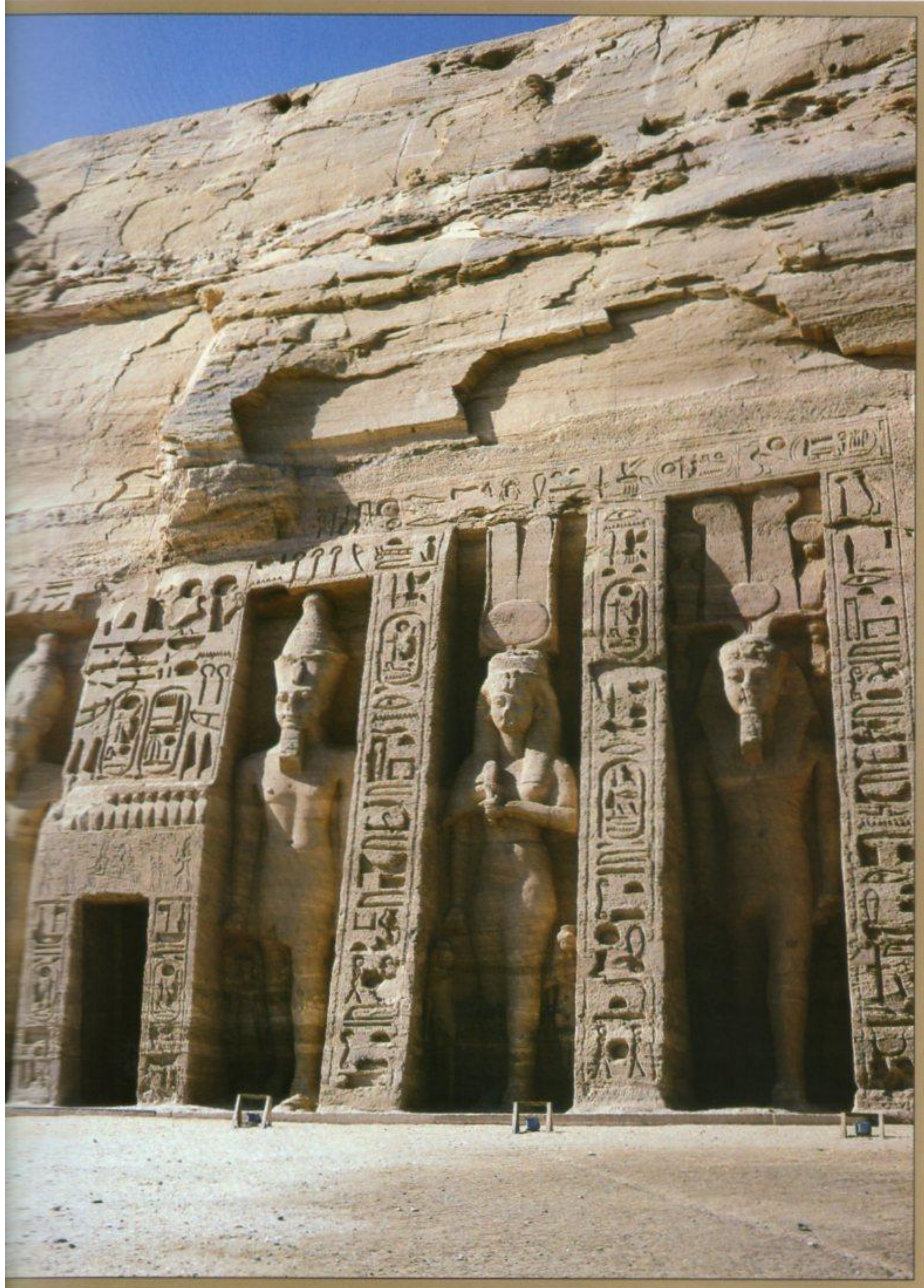
modales, se alude a una práctica que sigue vigente 3.000 años después: «A una mujer se le pregunta por su marido, a un hombre se le pregunta por su posición.»

En panteones familiares y otros monumentos funerarios, se aplicaban los mismos parámetros. El cabeza de familia se identifica siempre como el propietario del sepulcro y es recordado con una inscripción que resume su trayectoria vital, los cargos desempeñados y los grandes logros de su carrera.

Las esposas y las hijas reciben un tratamiento mucho más escueto. Además de ser identificadas en función de su vínculo con el propietario de la tumba, se les da, cuando más, una breve descripción que las define como «señoras de su casa» o «cantoras» de un culto divino particular. Cuando se representa a los cónyuges, el hombre aparece casi siempre en el lado derecho que, según los cánones artísticos egipcios, equivale a la posición dominante.

Observando estas distinciones, algunos egiptólogos actuales previenen contra la asunción de que el antiguo Egipto fuera una suerte de paraíso protofeminista. Señalan que toda la información e imágenes que han llegado hasta nosotros —desde los documentos hasta los relieves murales— son probablemente obra de creadores e intérpretes masculinos: los escultores de las tumbas reales y los escribas de la corte.

Sólo raramente, en los textos e imágenes de la época de Ramsés se puede percibir a las



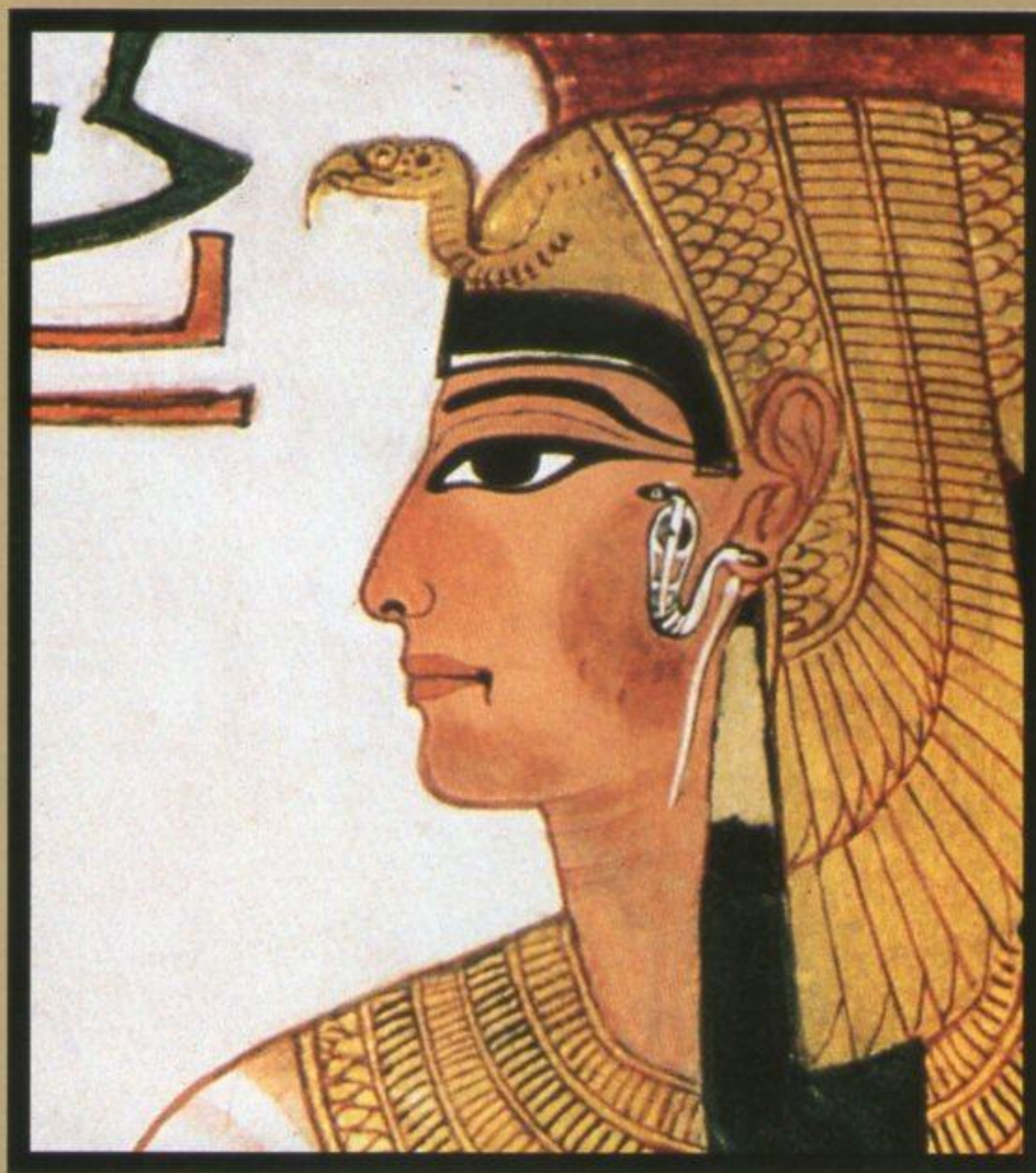
mujeres con voz propia. Existe un papiro que registra la carta enviada por una mujer tebana llamada Hennutawy a su marido, un escriba. En su ausencia, la esposa había asumido la responsabilidad de repartir el cereal entre la población y desvelaba las discrepancias en las unidades de medida usadas por los trabajadores. «Hice la entrega de los cereales por mi cuenta. Sumaba 146,75 medidas-*khar* según la medida *oipe*.»

Los hombres aseguraban que el total era de 150 medidas-*khar* tras haberlo pesado en el granero según la misma medida. «Comprobé lo dicho y les dije: “Estoy satisfecha con el examen. Encontraré el resto esté donde esté”, así les dije.» Parecía firmemente decidida a ello.

En una misiva más personal adjunta a la anterior, Hennutawy escribe: «No te preocupes por tu padre. Parece que su estado es bueno.» Para convencer a su esposo, añade: «El mayordomo de Amón me ha escrito diciendo “No te preocupes por él. Está bien, en buena salud. Ningún mal le achaca”.»

De todos modos, documentos de mano femenina como éste no abundan. Pero a pesar de su silencio, las mujeres egipcias todavía podían intervenir en el curso de la historia. Uno de los más celebrados sucesores de Ramsés II descubrió la trama de una conspiración promovida desde el harén entre sus esposas menores, que sembró primero la discordia y aceleró después el fin de la dinastía.

UNA TUMBA VIVIENTE



En el aire curiosamente sosegado y fresco, incluso durante el verano, las estrellas titilan en la oscura bóveda celeste y las figuras vistosamente coloreadas de los muros se muestran estáticas como actores de un drama perpetuo en el que el tiempo parece haberse detenido. La llamada casa de la eternidad en el Valle de los Reyes se convirtió en el camposanto de Nefertari, la esposa favorita de Ramsés II, «La más bella de todas».

Según la tradición, los murales de las tumbas eran algo más que mera decoración; se trataba de representaciones mágicas de los rituales requeridos para alcanzar la eternidad en el otro mundo. Así, para asegurar una transición rápida y segura hacia la inmortalidad, los artistas de la antigua Tebas crearon una superficie de 5.600 m² de imágenes, la más exquisita de todo Egipto. De hecho, estas vívidas imágenes de Nefertari en busca de la eternidad, con el rostro finamente tallado sobre yeso y sombreado

para crear un efecto de profundidad, alcanzan un grado de realismo raramente visto en el arte egipcio.

El arqueólogo italiano Ernesto Schiaparelli, descubrió en 1904 la tumba saqueada, que se hallaba en pésimas condiciones y prácticamente vacía. Los muros, esculpidos en una piedra caliza de mala calidad, tuvieron que ser enyesados para lograr una superficie lisa y suave que permitiera trabajar a los artistas. Con el paso del tiempo, el yeso y la pintura empezaron a resquebrajarse, y aunque se practicaron algunas reparaciones tras el descubrimiento de la tumba, el deterioro fue en aumento hasta 1980, cuando un estudio diagnosticó que una quinta parte de los murales eran ya irrecuperables. En 1986, la Organización de Antigüedades Egipcia llegó a un acuerdo con el Instituto Getty de Conservación, de Los Angeles, para aunar esfuerzos de cara a preservar, aunque no reconstruir, esta notable pieza del patrimonio egipcio. En las páginas siguientes se relata la admirable historia de este esfuerzo.

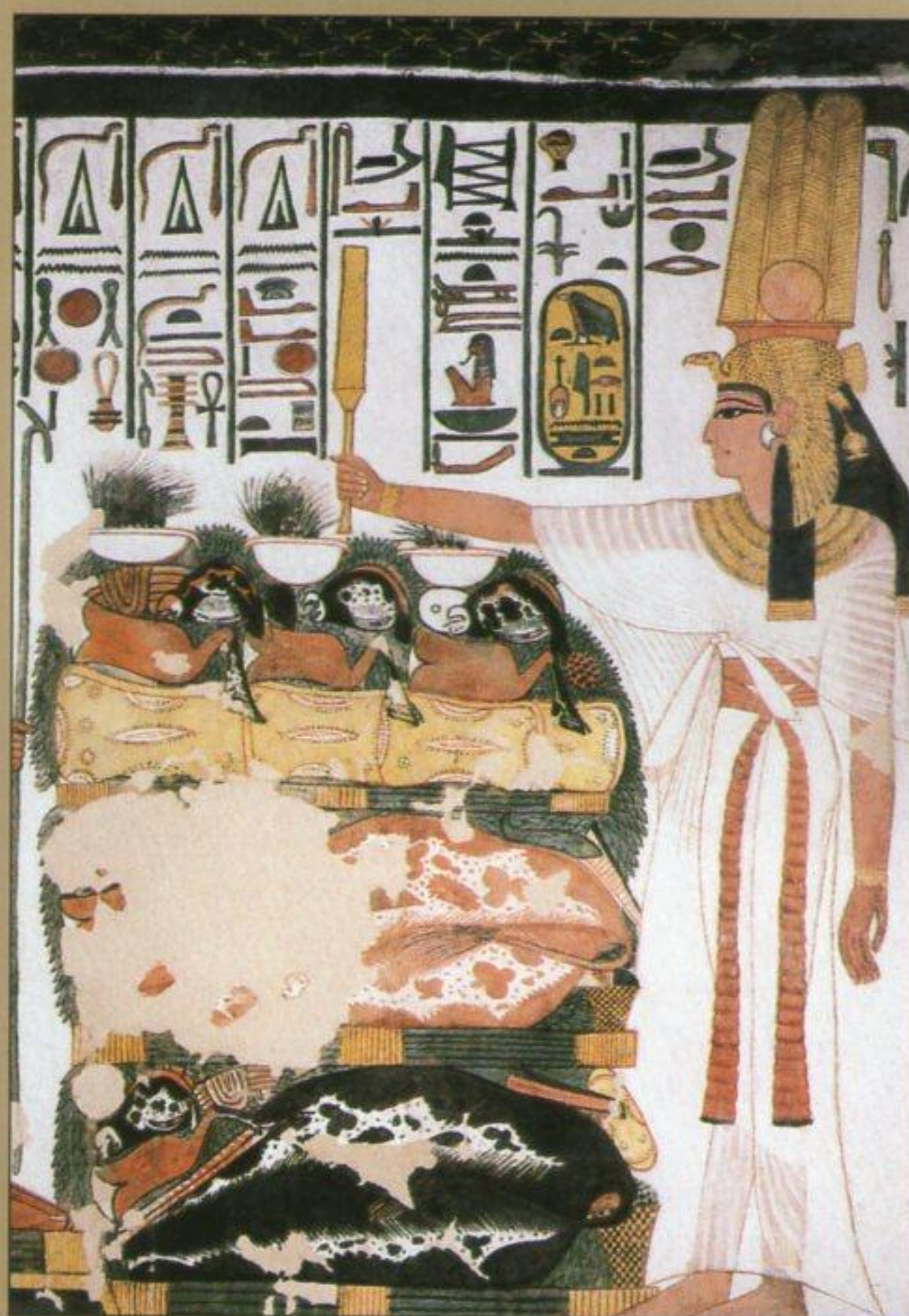
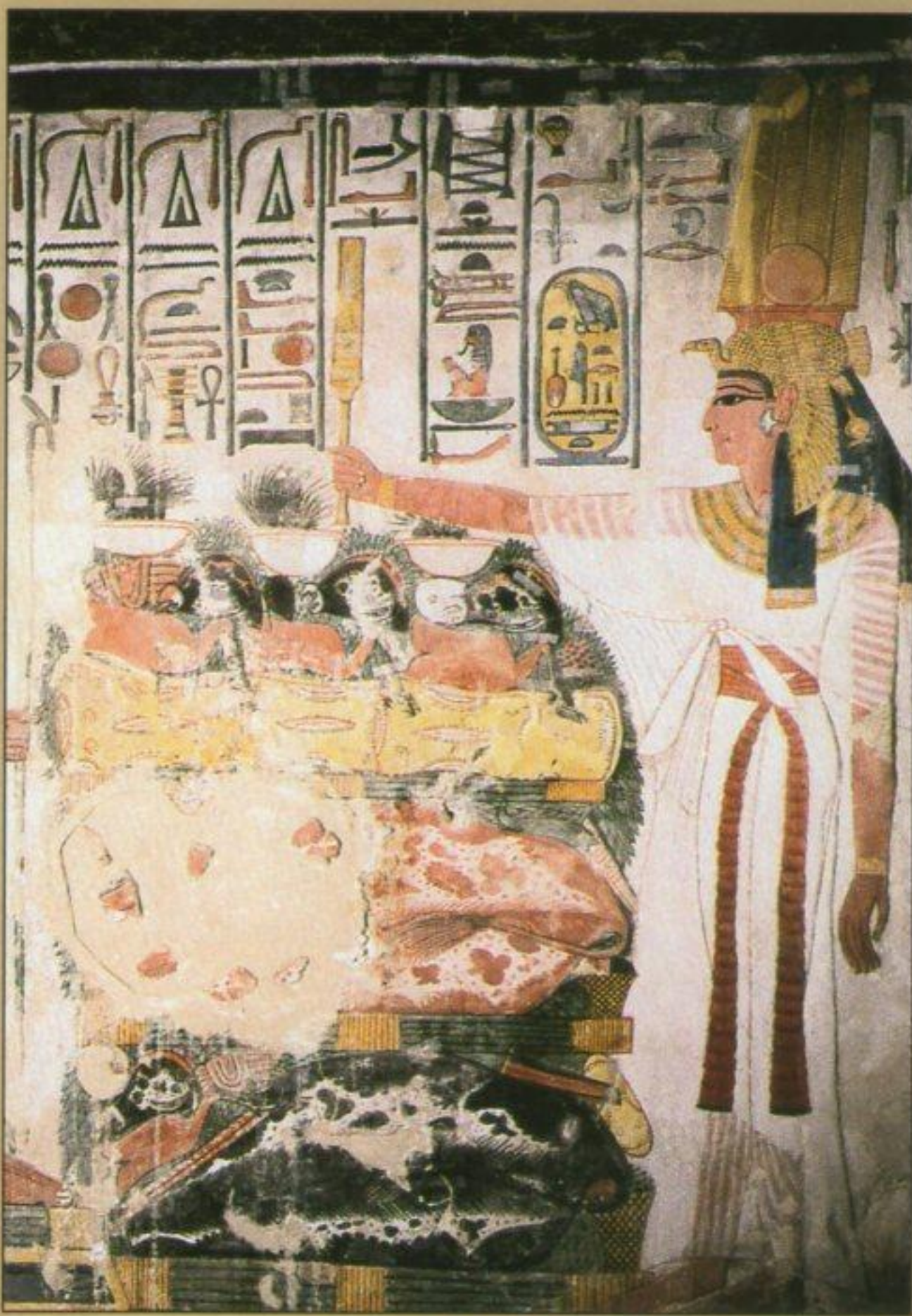
CON LOS OJOS DEL ESPECTADOR

Ernesto Schiaparelli reconoció la fenomenal importancia artística de su hallazgo inmediatamente después de abrir la tumba de Nefertari en 1904. Como parte de la nueva promoción de arqueólogos preocupados por la conservación y los aspectos científicos de su obra, Schiaparelli supervisó la redacción de un informe sobre el enclave. Con él, Michele Pizzio, un sacerdote que hacía las veces de fotógrafo del equipo, y el prestigioso egiptólogo Francesco Ballerini, realizaron 132 placas, tanto del exterior como del interior de la tumba. Esta histórica colección de fotografías es la fuente de información más rica que poseemos sobre los murales en el momento de su descubrimiento.

Otras imágenes fotográficas tomadas a lo largo de los años, documentan el deterioro persistente de los murales

y los intentos de restauración. Estas fotos van desde las meramente de archivo, como las tomadas por Harry Burton para la expedición egipcia del Museo Metropolitano de Arte en 1920 (abajo), hasta las más mundanas que se venden como postales. Todo este material fotográfico resultó de un valor incalculable para el trabajo de los conservadores, que comenzó en 1986. Si las examinamos cronológicamente, las imágenes revelan alteraciones erróneas hechas por restauradores anteriores, que se corrigieron luego con cuidadas piezas de yeso que reemplazaron a las que se habían desprendido del techo y los muros. Además, para documentar de manera exhaustiva el trabajo reciente y procurar un punto de referencia fiable, el fotógrafo mexicano Guillermo Aldana tomó unas 7.000 fotografías antes, durante y después de las obras de conservación.





Nefertari sostiene un símbolo del poder real sobre un montón de bueyes descuartizados, sacrificio para el dios creador Atón. Las ofrendas pueden apreciarse en la fotografía tomada en 1920, por Harry Burton, para el Museo Metropolitano (izquierda). Para cuando el equipo EAO/GCI había empezado su tarea, gran parte de los murales estaban gravemente deteriorados y lo que quedaba se hallaba oscurecido por una capa de polvo, tal como se aprecia en la escena superior. Las esmeradas técnicas de limpieza empleadas por el equipo en 1992, mejoraron considerablemente el estado de la pinturas (arriba, derecha).

El fotógrafo Guillermo Aldana toma instantáneas de los murales que decoran las escaleras de la tumba. Sobre el umbral de la cámara funeraria, Maat, diosa de la verdad y el orden, despliega sus brillantes alas verdes y amarillas como gesto de protección para la reina fallecida.



EVALUAR LOS DAÑOS

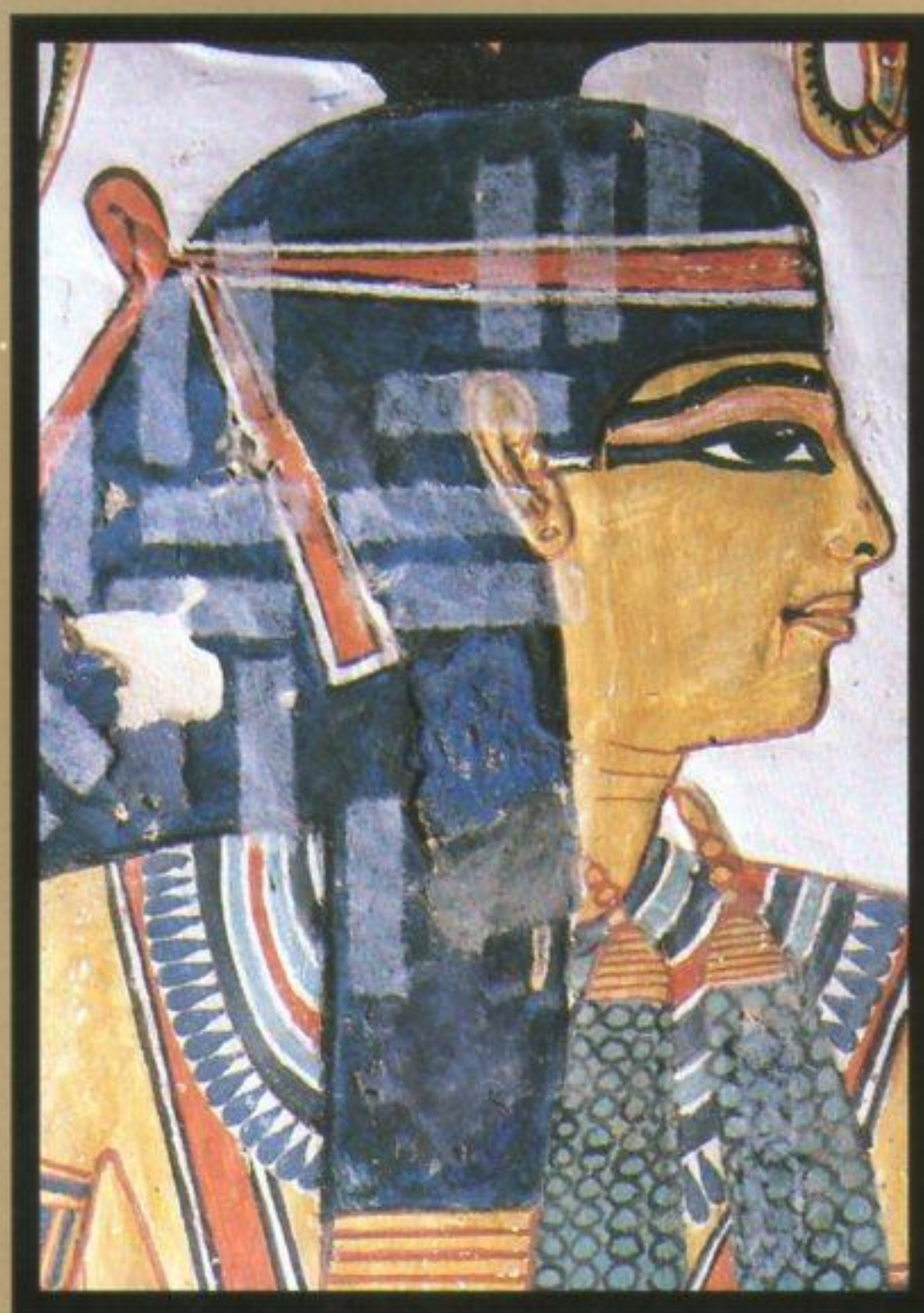
Cuando un conservador encuentra algo en malas condiciones debe intentar devolverlo a su estado original. Se trata de hacer las cosas bien.» Con estas palabras, el profesor Paolo Mora resumió sus primeras impresiones de la tumba de Nefertari y su compromiso para con la conservación de la misma. El equipo de conservación EAO/GCI, codirigido por Mora y su esposa Laura, trabajó con un colectivo científico multidisciplinar para poner fin al deterioro de los murales.

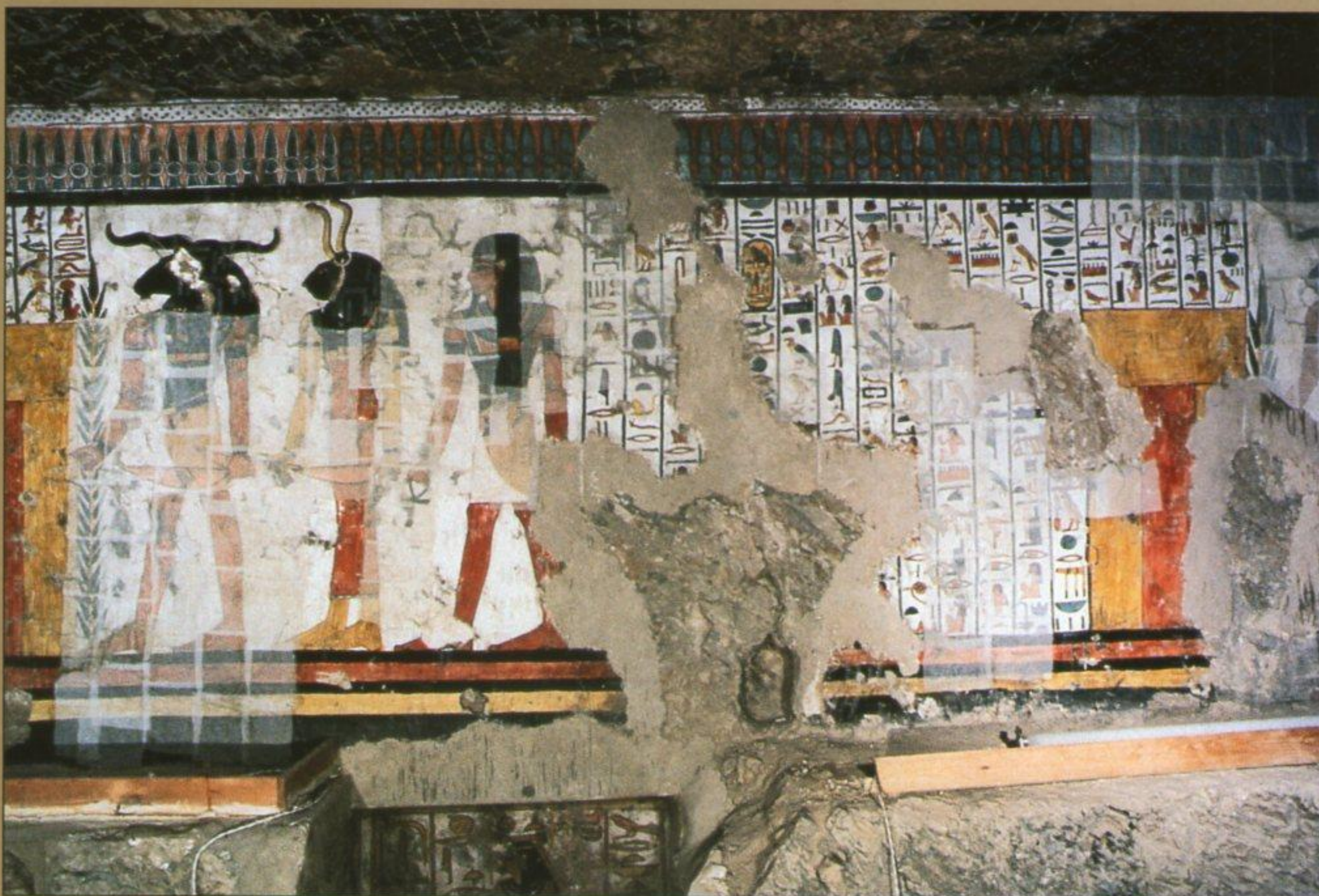
Los miembros del equipo comenzaron el proyecto de conservación llevando a cabo un análisis científico completo del enclave. Especialistas de varios campos estudiaron la geología e hidrología del valle y de qué manera las variaciones de humedad y temperatura podían afectar a la tumba; supervisaron la presencia de algas microscópicas y de contaminación bacteriológica, a la vez que determinaron la composición original mediante rayos X y controles químicos y espectrográficos. Al mismo tiempo, los Mora y su equipo, hicieron reproducciones de cada mural, determinando con toda precisión la localización, naturaleza y gravedad de los daños.

Con esta información inicial

en mano, el equipo de conservación puso en marcha medidas de urgencia para prevenir mayores pérdidas hasta que se confeccionara un plan global. Se pegaron tiras de fino papel de morera japonés a las secciones más deterioradas de los muros y del techo para combatir los problemas más serios: la caída del yeso y el resquebrajamiento de la pintura. Para asegurar algunos fragmentos del techo, se aplicó una gasa fina. En total, los conservadores pegaron más de 10.000 pedazos de gasa y papel protector, algunos de los cuales todavía pueden contemplarse adheridos a ciertas imágenes de la diosa (*abajo*).

Los trabajadores procedieron luego a extraer la pintura de las paredes, que no sólo estaban llenas de polvo sino cubiertas de mugre y telarañas. Dado que la fragilidad de los muros impedía el uso de herramientas que pudieran dañarlas aún más, se empleó una pistola de aire comprimido a baja presión para pulir las superficies. Para sorpresa de todos, durante esta primera fase se descubrió el fragmento de un brazalete de oro con inscripciones jeroglíficas grabadas. El estudio posterior reveló que estaba recubierta de resina para la momificación, lo que hace suponer que Nefertari se lo llevó puesto a la tumba.





Los conservadores inyectan una emulsión de resina acrílica tras los fragmentos sueltos del techo, para impedir su caída (derecha). Los miembros del equipo sólo usaron fijadores solubles, para asegurar que pudieran ser eliminados en caso de necesidad.

Los primeros restauradores cubrieron las partes más dañadas de los murales con gasas de algodón sostenidas por un potente adhesivo (arriba). La posterior supresión de la gasa implicó un arduo y minucioso trabajo que necesitó de gran cantidad de disolvente para eliminar el pegamento.



COMBATIR LAS FUERZAS DESTRUCTIVAS

La cantidad de controles llevados a cabo por los especialistas de todos los campos incorporados al proyecto de conservación EAO/GCI, desvelaron la multitud de factores que contribuían al deterioro de los murales. Goteras, bacterias, terremotos y vandalismo eran algunos de ellos. Sin embargo, el máximo culpable resultó ser la sal.

La roca caliza de la que se había cortado la tumba de Nefertari, contenía sal que, cuando se humedecía, secretaba por lixiviación para luego cristalizar entre la roca, el yeso y la pintura, separando las distintas capas. El agua se introducía primero en la tumba a través del yeso húmedo aplicado a las paredes. Algunos controles arqueológicos de la zona probaron que el lugar había sufrido las consecuencias de lluvias torrenciales, especialmente durante tiempos romanos. El peligro más grave, no obstante, era el vaho emitido por los visitantes del lugar, que provocaba la cristalización de la sal.

Para evitar la pérdida irreparable de los murales, el equipo de conservación tomó rigurosas medidas (abajo). Trabajando durante los meses más frescos de los cinco años sucesivos, usaron escalpelos, martillos y cincelos para extraer los materiales dañinos —cristales de sal, mugre, yeso deteriorado y cemento aplicado en intervenciones anteriores— de la extraordinaria superficie pintada. Volvieron a pegar el yeso colgante o ya caído con una argamasa sin sal hecha de arena y yeso, según métodos tradicionales egipcios. Los conservadores también remozaron la pintura desconchada junto al yeso, con resina acrílica soluble o disolventes suaves. Para terminar, el proyecto se remató con la limpieza de las restantes sustancias extrañas, incluyendo pintura empleada en restauraciones previas. A lo largo de todo el proyecto, el equipo fue fiel a la máxima de mínima intervención para poder preservar la integridad de la tumba.





Al crearse cristales de sal, la superficie se despegue de la roca. Los conservadores llamaron «Manhattan» a este proceso, debido al perfil que creaban los cristales.



Un conservador desprende con un cincel los cristales de sal y partículas de cemento, mientras sostiene cuidadosamente una capa de yeso pintado que cuelga del muro.



Las pistolas de aire comprimido facilitan la eliminación de mugre y otros restos de detrás del yeso despegado, para que éste pueda ser nuevamente fijado al muro.



Después de aplicar argamasa al muro de roca, se inyecta una solución destinada a retardar el tiempo de fijación y prevenir la absorción de humedad por el yeso.



Una prensa sostiene un puntal de poliuretano contra un fragmento despegado. El proceso se mantiene durante 48 horas, hasta que la argamasa está completamente seca.



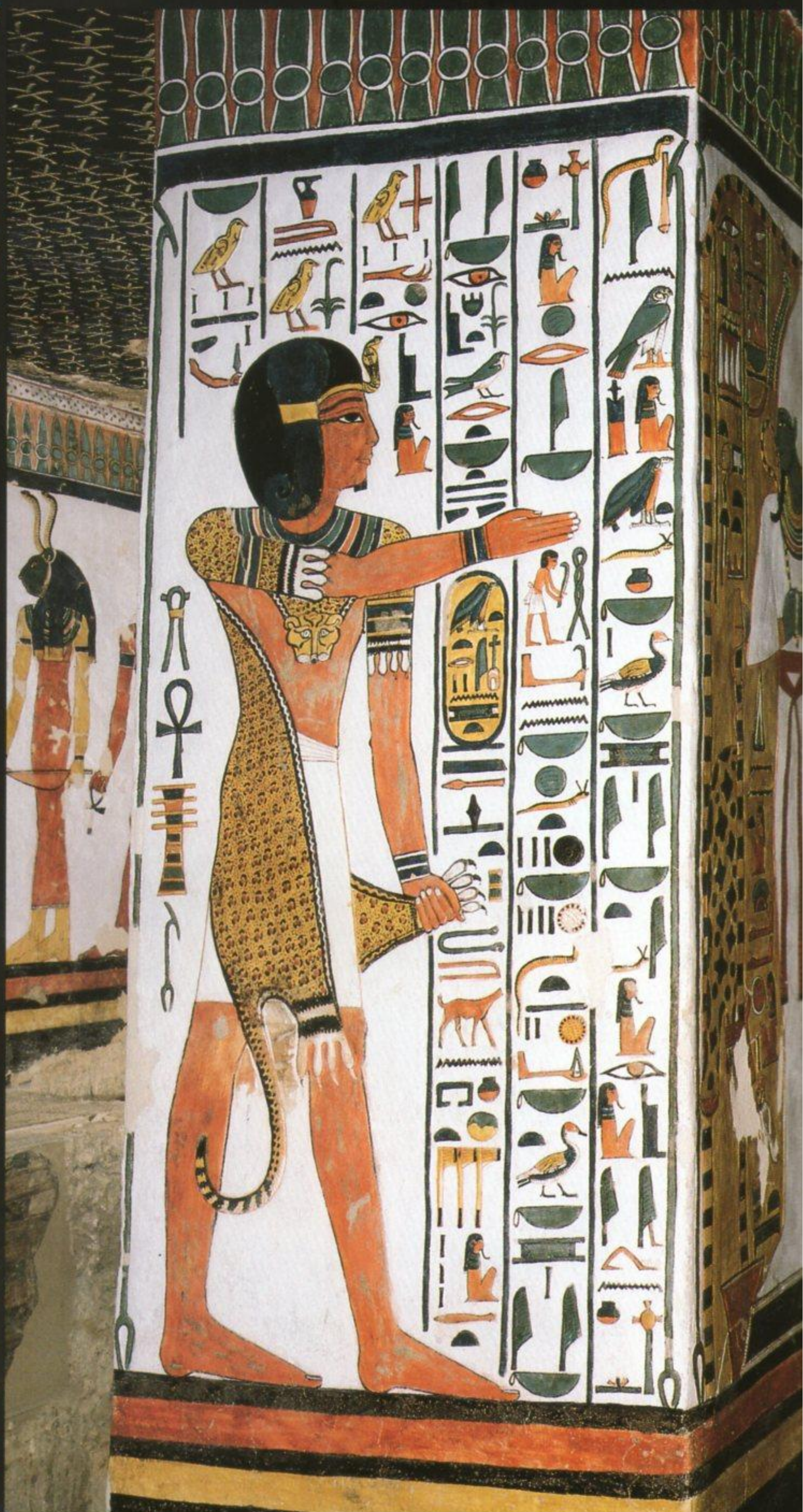
Detalle de un pie de Osiris que muestra el resultado del proceso trazado en las cuatro fotos previas. Las partes desnudas del muro no fueron repintadas.

UNA VIDA NUEVA EN LA ETERNIDAD

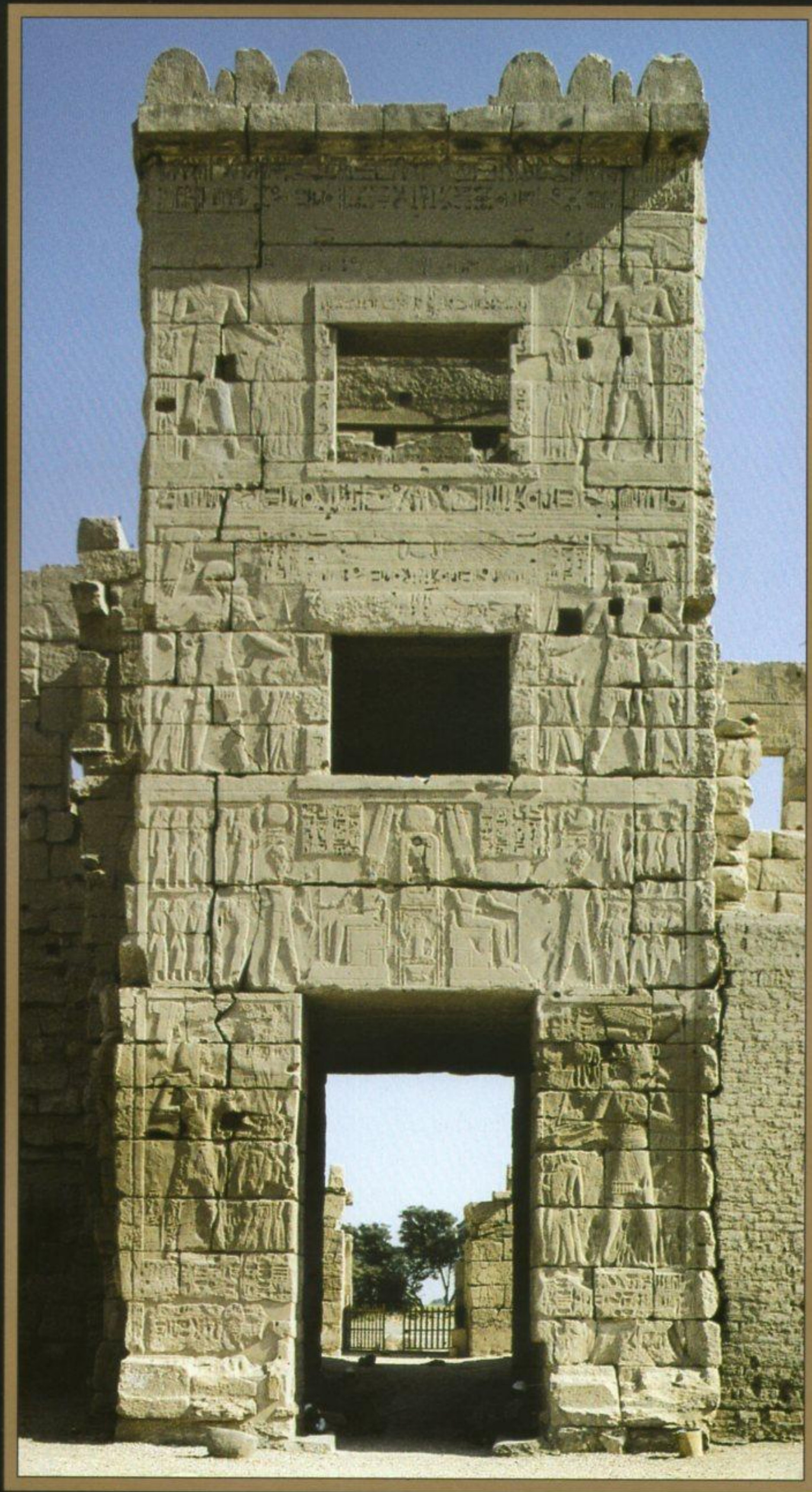
Quien visite ahora la tumba de Nefer-tari quedará impresionado por la increíble frescura de los murales y el brillo de sus matices. De nuevo, un trazado vigoroso desvela el perfil de la reina visto a través de una toga diáfana. A un tiempo, las inscripciones de la literatura funeraria egipcia pueden ser leídas otra vez. Algunas pinceladas resultan evidentes, así como algún recuerdo olvidado por los viejos artistas; también se aprecian cerdas de brocha impregnadas en pigmento, algunas salpicaduras e incluso huellas digitales.

El hecho es que tras materializar la salvación del monumento, los conservadores se enfrentaron a un nuevo problema. Los controles de ambiente demostraron que la presencia de 12 personas en la tumba durante una hora podía incrementar la humedad en un 5 %, y que con un mero 50 % el proceso de cristalización se reactivaba. Como resultado del estudio, las autoridades se mostraron partidarias de controlar estrictamente el número de visitantes.

Entre tanto, el vestido de piel de leopardo de Horus, y las columnas de *djed* estriadas, rodean nuevamente el emplazamiento del sarcófago de granito rosado. Una vez más, gracias a la diligencia de los mortales, la tumba proclama al mundo su eternidad. ¡Larga vida a la Reina!







EL DECLIVE HACIA EL CAOS

Conocido en el ámbito de los arqueólogos como KV7 –Valle de los Reyes 7–, éste es sólo uno de los muchos sepulcros igualmente numerados que vetean los peñascos a ambos lados del largo desfiladero que los egipcios conocían con el nombre del Gran Lugar. Aquí, en un valle inhóspito, se consignaba a la eternidad a los faraones del Imperio Nuevo, a los que se homenajeaba bajo una cripta rodeados de los enseres que facilitarían su pasaje a la otra vida.

Pero al igual que la mayoría de las tumbas cercanas, hoy día KV7 es un vertedero de la historia, con sus estancias y corredores colmados por toneladas de cieno y derribos depositados a lo largo de los últimos tres milenios por las riadas ocasionadas por lluvias torrenciales. De hecho, la tumba se halla parcialmente llena de sedimentos hasta pocos centímetros del techo.

La devastación se hace particularmente evidente en el sepulcro. En la cripta conocida como Sala de Espera, por ejemplo, una fuente soterrada se halla al mismo tiempo taponada por los escombros de las inundaciones. Más allá de ésta, un largo pasaje baja hasta otra habitación, conocida como Sala de la Verdad, que a su vez lleva hasta el corazón mismo de la tumba, la cámara funeraria. En su interior se extiende un bosque de pilares quebrados que antaño sostuvieron

Ramsés III fue el último de los grandes faraones guerreros del Imperio Nuevo. Aquí aparece agarrando por el pelo a sus enemigos en los relieves que flanquean la entrada y ventanas de este torreón, umbral del templo funerario del faraón en Medinet Habu.

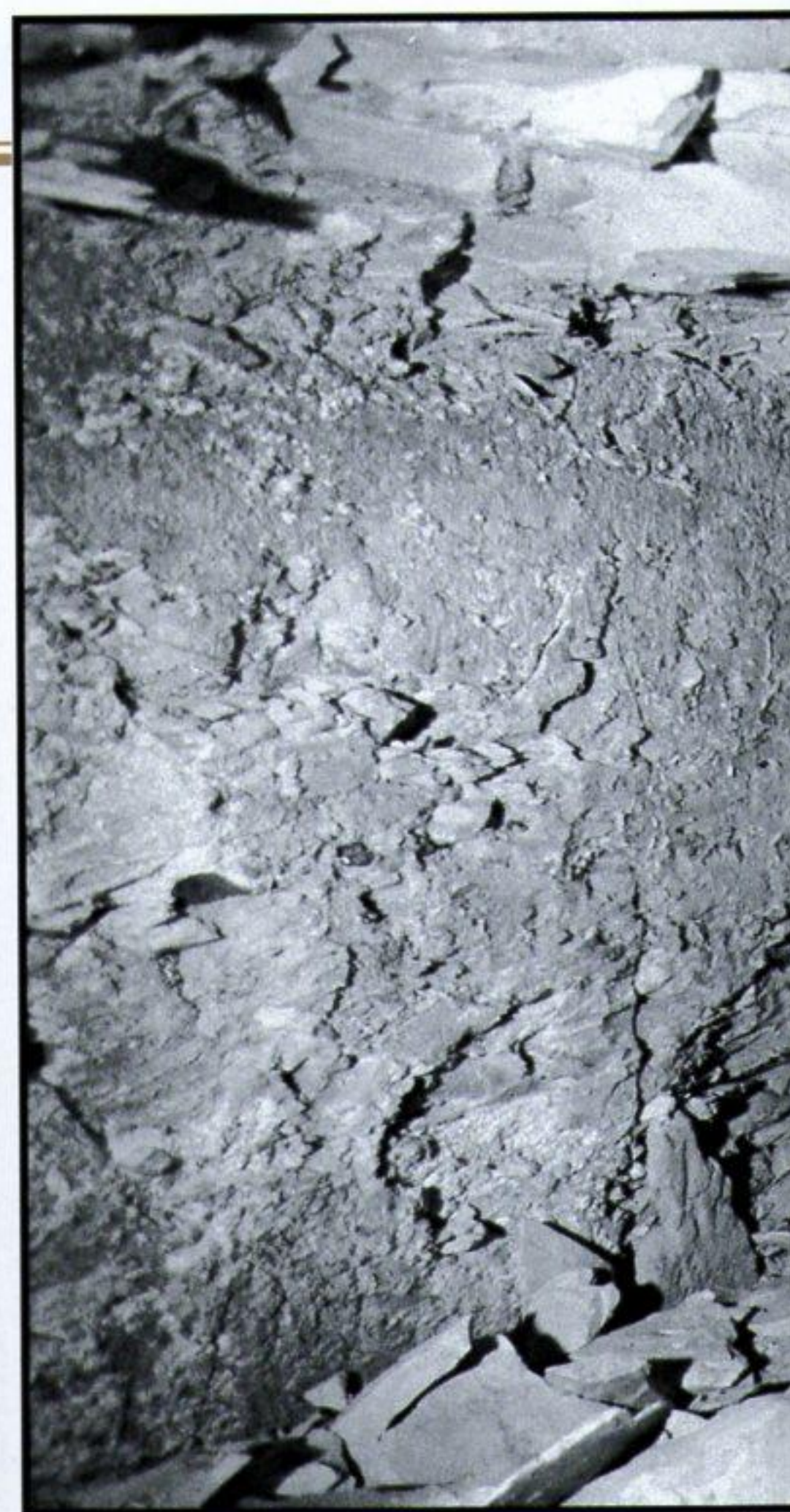
una bóveda de 8 metros. Los muros presentan grietas considerables, resultado del proceso sucesivo de inundación y absorción. Algunos escalones más allá, en una de las muchas cámaras laterales, fragmentos de yeso se han desprendido del artesonado del techo y cubren ahora la superficie de los sedimentos arrastrados por las inundaciones.

El estado actual de la tumba KV7 apenas deja vislumbrar su antiguo esplendor o el de su ilustre propietario. De hecho, éstos fueron los corredores por donde en el otoño del 1224 a. C., el ilustre cadáver momificado de Ramsés II fue llevado bajo la luz de las antorchas para ser depositado en el sarcófago de piedra de la cámara funeraria. Una vez instalado, los sacerdotes y oficiales de la procesión abandonaban el lugar, borrando sus huellas, apagando las antorchas y emparedando la entrada, abandonada a una eternidad imaginaria.

La muerte de Ramsés a los 90 años puso fin a un reinado de 67 que había marcado otra edad de oro en una tierra que contaba ya con una historia larga e ilustre. Sin embargo, mientras el cuerpo del difunto faraón era enterrado, el imperio que con tanto empeño había forjado parecía estar entrando igualmente en las sombras de la historia. Al igual que el paso de Ramsés hacia la tumba, el sendero del futuro egipcio era un declive inexorable. Y al igual que la tumba, lo que había sido esplendor iba en breve a yacer en ruinas.

No obstante, el fin del imperio parecía estar lejos en los pensamientos del mayor de los hijos de Ramsés —el 13º—, el rechoncho Merenptah, ya sesentón cuando ascendió al trono de Egipto. Al poco de su coronación tuvo que hacer frente a los primeros desafíos a su autoridad que provenían del Canaán y del sur de Siria, donde las revueltas amenazaban las fronteras del país por primera vez en medio siglo. Merenptah reaccionó con rapidez para aplastar la rebelión y celebró luego su victoria en una serie de relieves esculpidos sobre los muros de Karnak.

En éstos se registra asimismo otra amenaza, mucho más seria, contra la soberanía egipcia. En el quinto año del reinado de Merenptah, un contingente masivo de libios y de los llamados pueblos del mar logró abrir una brecha en las defensas occidentales del imperio. No se trataba de una mera incursión, antes bien los invasores, crecidos por



Richard Fazzini, director de campo de una investigación conjunta del KV7 —tumba de Ramsés II— llevada a cabo por el Museo de Brooklyn y el Centro Americano de Investigación, examina la decoración en una estancia dañada por inundaciones. La evaluación sobre la viabilidad de futuros trabajos en KV7 condujo al proyecto de la tumba real tebana en 1978-1979, que pretendía evaluar los efectos que el hombre, los factores geológicos locales y las esporádicas lluvias torrenciales habían tenido sobre las tumbas del Valle de los Reyes.

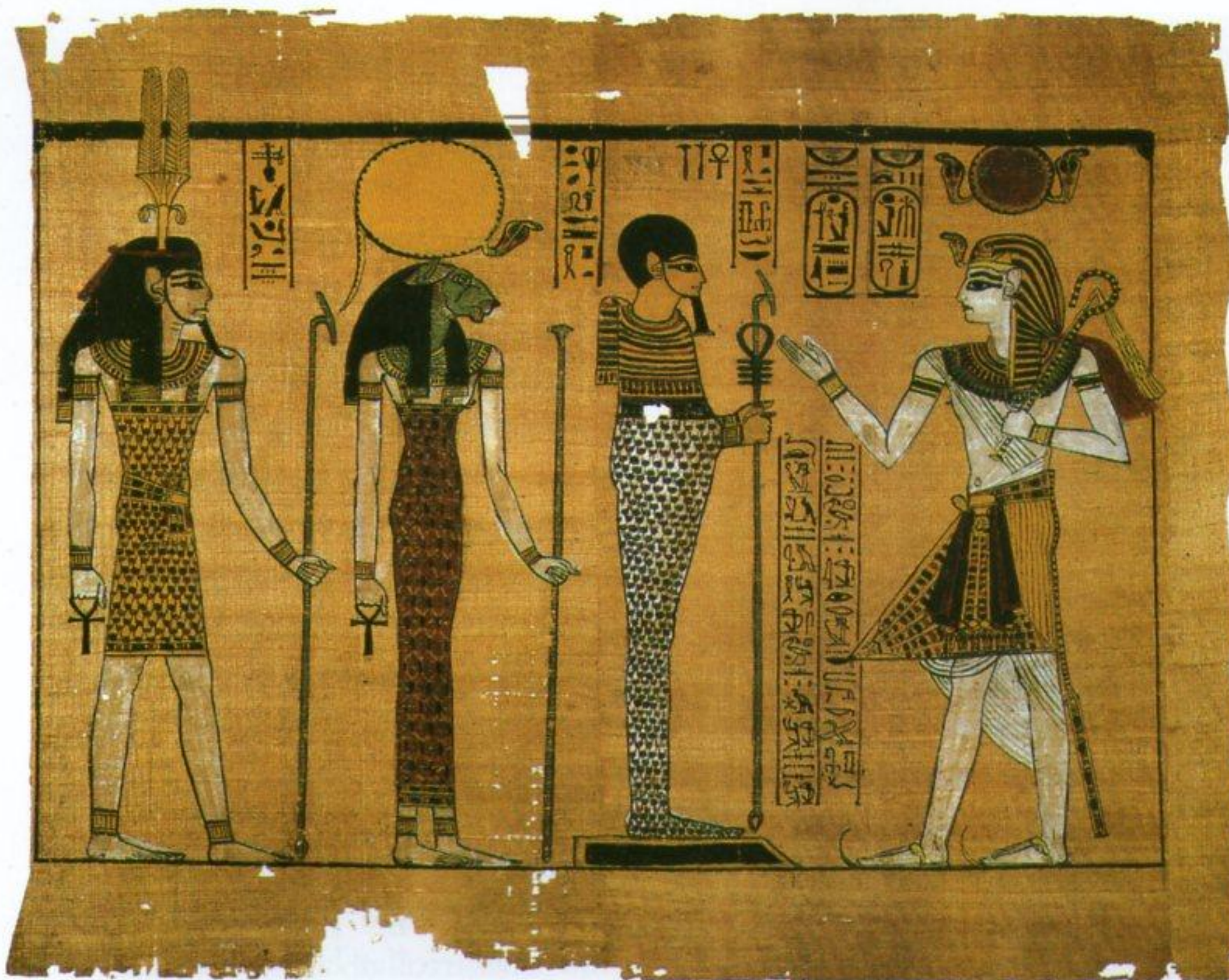


su triunfo sobre la superpotencia del momento, parecían decididos a quedarse. Meryre, el capitoste libio, se trajo junto a la familia todas sus posesiones. Por su parte, las gentes del mar –la avanzadilla de la gran migración humana que acabaría imponiéndose sobre las restantes civilizaciones del Mediterráneo en las décadas siguientes–, parecían albergar parecidas intenciones.

Aunque los documentos que nos han llegado no son exactos respecto del lugar preciso donde se iba a desarrollar la batalla decisiva, los invasores toparon con el ejército del faraón en algún punto occidental del Delta, en una mañana primaveral del 1220 a. C. Durante seis horas, Merenptah encabezó a los jinetes y su infan-

tería, y los arqueros egipcios descalabraron al enemigo, masacrando a los libios y sus aliados. Los supervivientes que se disponían en retirada fueron cazados por carros y soldados de a pie. Sin embargo, Meryre pudo escapar, descalzándose durante la huida según cuenta una crónica. «El miserable jefe de los libios –reza la inscripción–, tenía el corazón paralizado por el miedo, se paró, se arrodilló y dejó el arco, la aljaba y sus sandalias tras de sí.» Los ganadores procedieron a contar las víctimas entre las filas enemigas –unas 6.000– según el método habitual: cortar una mano de los cadáveres circuncidados y el falo de los que no observaban esa costumbre egipcia (*página 129*).

Pero mientras las tropas de Merenptah habían marchado hacia el norte para enfrentarse a los libios, llegó la noticia de un estallido bélico en el sur, donde después de siete décadas de paz los súbditos nubios se habían rebelado. Egipto los aplastó sin piedad; según reza la inscripción de una estela, los egipcios podían de nuevo «caminar sin miedo», los agricultores podían regresar a los campos y los ciudadanos a las ciudades que habían abandonado por el pánico. «Re ha regresa-



do a Egipto», concluye la inscripción, donde se incidieron símbolos de gratitud nacional hacia su dios.

El resto del corto reinado de diez años de Merenptah parece haber sido apacible. Para los egiptólogos, no obstante, el período inmediatamente posterior se presenta algo confuso, pues a tenor de las pruebas disponibles la línea sucesoria aparece rota por un intruso llamado Amenmesse. De todos modos, esas pruebas, a menudo contradictorias, no permiten afirmar que Amenmesse fuera el directo sucesor de Merenptah. La mayoría de los estudiosos aceptan finalmente esa hipótesis, y contemplan la pujanza de Amenmesse como parte de la lucha por el poder mantenida por dos facciones opuestas: la prole de Merenptah, de una parte, y los hijos todavía vivos del prolífico Ramsés II. Probablemente, Amenmesse se encontraba entre estos últimos.

El medio por el cual Amenmesse se hizo con el poder sigue siendo un enigma, pero se sabe que el breve reinado de este faraón trajo consigo dos décadas de intrigas dinásticas y luchas intestinas. De hecho, tras apenas cuatro años, Amenmesse fue sucedido por el hombre al que presuntamente había usurpado el poder, el príncipe coronado Sethi-Merenptah, que subió al trono como Sethi II. El nuevo faraón se mostró expeditivo en la reformulación de la historia egipcia, al borrar el nombre de Amenmesse de todos los monumentos de Egipto.

En una ilustración procedente del Gran Papiro Harris, Ramsés III saluda a las principales divinidades de Menfis —de derecha a izquierda: Ptah, dios de la creación; Sekhmet, esposa y protectora de Ptah; Nefertem, hijo de los anteriores. Los báculos en que se apoyan los dioses son probablemente medidas para determinar mediante sus sombras la altura del sol, la hora del día e incluso la estación del año.

El reinado de Sethi duró seis años. Según una tablilla que se conserva en el Museo Egipcio de El Cairo, Sethi fue sucedido en el trono por un hijo adolescente, Siptah. Pero Tausert, la reina viuda, se aprovechó de la juventud y fragilidad de éste para ejercer el poder en su lugar. El desafortunado Siptah murió después de seis años, a la edad de 20 y, a falta de un heredero legítimo, Tausert pudo gobernar por derecho propio –convirtiéndose en la cuarta mujer faraón de los últimos 1.000 años. Tampoco su reinado fue duradero; en dos años, tanto ella como la XIX dinastía –la línea directa de Ramsés II– quedaron liquidadas.

La mejor prueba de que los años posteriores a la muerte de Ramsés II fueron un verdadero torbellino para Egipto, la aporta el documento llamado Gran Papiro Harris, conservado en el Museo Británico. El rollo, de 40 m de largo, se compuso el 1165 a. C. para conmemorar la muerte de Ramsés III. «La tierra de Egipto se fue a la deriva, cada hombre aplicaba su propia ley y no hubo líder alguno durante mucho años», cuenta el papiro del fin aciago de la XIX dinastía, quizá cargando un poco las tintas. «La gente se juntaba para saquear y se trataba a los dioses como si fueran hombres.»

Bajo un desorden persistente, las luchas se extendían a veces por toda Tebas enfrentando a egipcios entre sí. Incluso en una comunidad tan unida como Deir el Medina, los artesanos de las tumbas se combatieron y dividieron en facciones que parecían reflejar las que se oponían en el propio gobierno. A un tiempo, en tanto que la mayoría de estos trabajadores luchaban por mantener la demanda de sepulcros acorde con la rotación de monarcas sucesivos, hubo algunos que fueron acusados de violar la santidad del Valle de los Reyes apoderándose de herramientas y otros materiales, e incluso saqueando los tesoros de las tumbas.

Más allá de estos problemas, Egipto podía no obstante confiar en la seguridad de sus fronteras. Fuera de las mismas, a lo largo y ancho del Mediterráneo, un país tras otro estaba siendo sometido por una ola de bárbaros cuando el siglo XIII a. C. llegaba a su fin. «Ninguna tierra podía contener el avance de su ejército», se puede leer en los muros del complejo de Medinet Habu. Hacia el 1200 a. C., el imperio hitita, antiguo adversario y actual aliado de los egipcios, y hasta entonces un sólido baluarte contra la expansión bárbara, estaba a punto de ser



Réplica en acuarela de una representación brillantemente coloreada de la cosmología egipcia, que adornaba la entrada del lado derecho del palacio en Medinet Habu. El sol rojo extiende sus alas protectoras sobre las imágenes de Ramsés mientras una esfinge azul aplasta a sus enemigos. Las piezas de loza fina que aparecen aumentadas a la derecha, decoraban la parte baja del panel.

EL ENIGMA DE MEDINET HABU: ¿QUIÉNES FUERON LAS GENTES DEL MAR?

Al decir de todos, el fin del siglo XIII a. C. fue un período tumultuoso en todo el Mediterráneo. Las batallas y conflagraciones se sucedían en Anatolia, Oriente, Chipre y Grecia. A su vez, iban llegando hordas de invasores a Egipto, unos en barco y otros a pie, a través de las verdes y fértiles tierras de la vera del Nilo. Ramsés, que por entonces se enfrentaba ya a los libios, contuvo todas esas incursiones.

¿Quiénes las protagonizaron? Los artistas egipcios ilustraron a los enemigos tradicionales de Egipto —libios, hititas, nubios y sirios— sobre los muros del templo funerario de

Ramsés en Medinet Habu, pero este último contingente era identificado con la genérica denominación de «pueblos del mar». De entre ellos, algunos era identificados de manera más específica: los *peleset*, *tjekker*, *shekelesh* y *denyen*. Como nómadas errantes a la búsqueda de un lugar donde establecerse, estos pueblos han penetrado en la historia con sus nombres intactos y su origen incierto.

Los investigadores modernos que tratan de identificarles han intentado hallar la pista a través de la etimología y la arqueología. Algunas

similitudes lingüísticas han vinculado a los *peleset* con los filisteos, a los *weshesh* con Troya, y a los *shekelesh* con Sicilia. Algunos escudos redondos y cascos encontrados en Cerdeña corresponden a los usados por los guerreros *sherden* que aparecen en las imágenes de Medinet Habu. De todos modos, las coincidencias físicas son escasas, dado que las decoraciones del templo no se concibieron como registro histórico, sino como una celebración del faraón que salvó a Egipto de las gentes del mar y se proyectaba por ello hacia la eternidad.



LIBIO



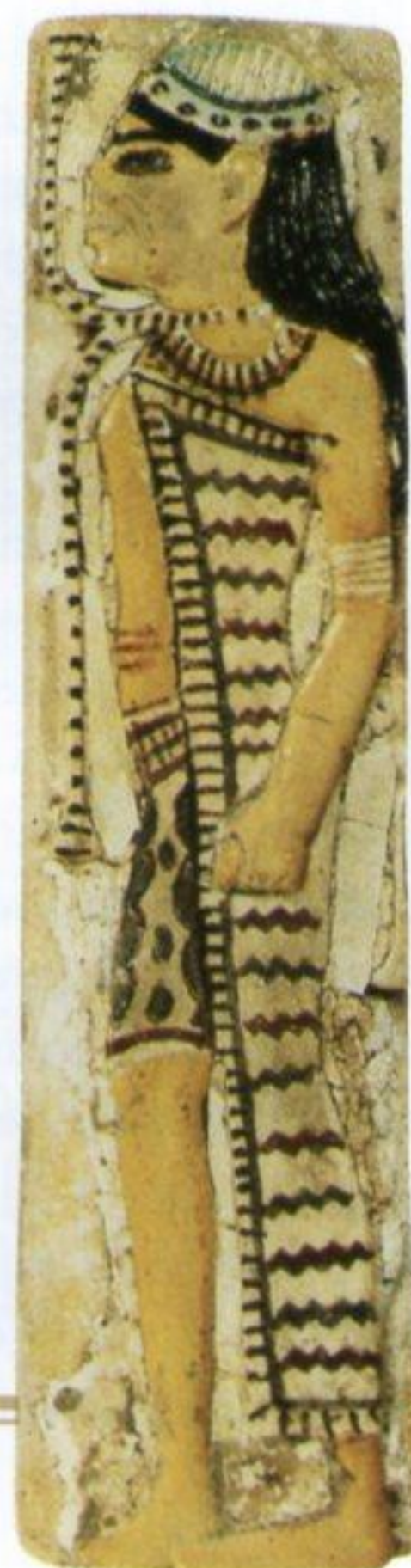
NUBIO



SIRIO



PALESTINO



HITITA

sometido. Poco tiempo después, la cantidad de registros escritos que de manera exhaustiva habían documentando la pujanza del poder hitita cesaron repentinamente de escribirse. Excavaciones llevadas a cabo en la actualidad revelan que por entonces la capital hitita, Hattî, fue enteramente destruida, y otras ciudades asoladas hasta los cimientos.

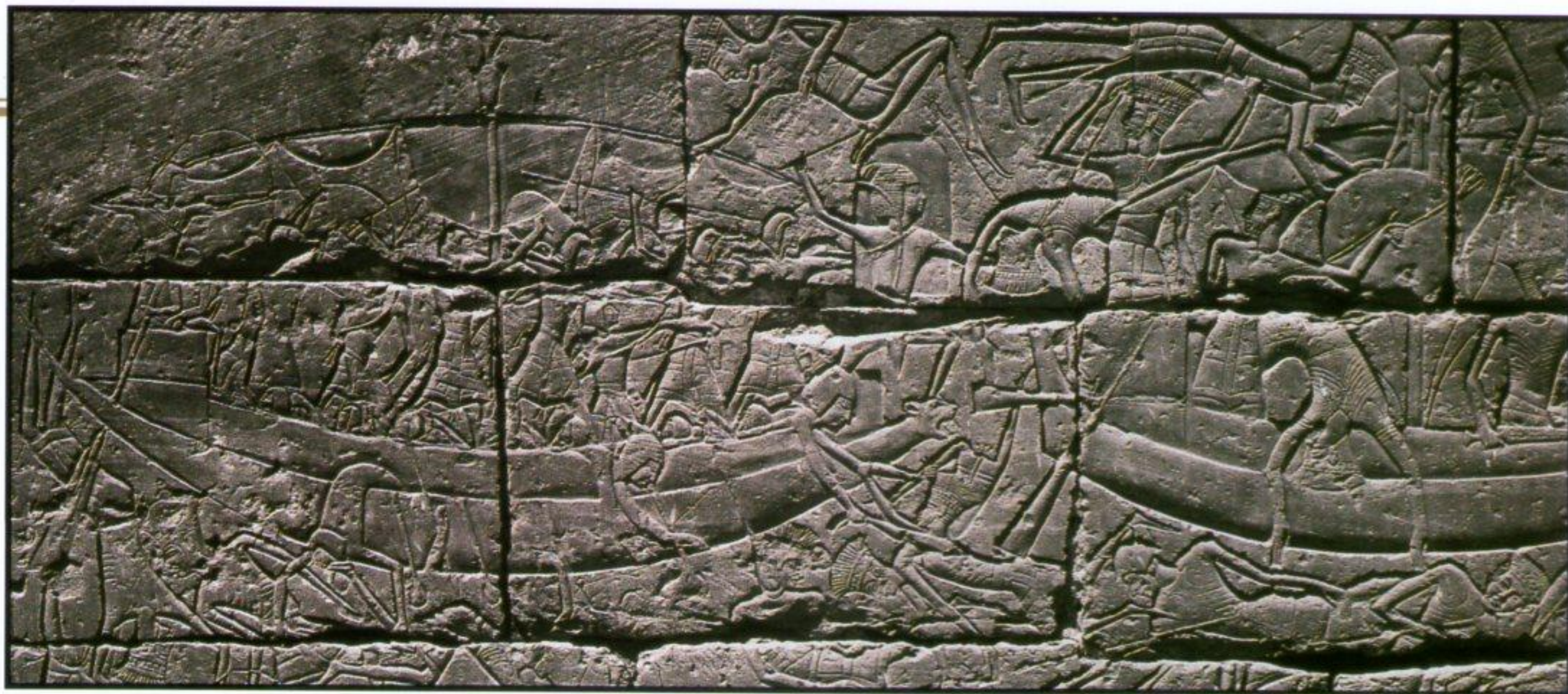
Entre los bárbaros responsables de la aniquilación de buena parte de las civilizaciones mediterráneas se encontraban las llamadas gentes del mar, que poco tiempo atrás habían sido aplastados junto a los libios en una clamorosa victoria de Merenptah. En esa tesitura, cuando Sethnakhte se preparaba para subir al trono e inaugurar la XX dinastía, estos «septentrionales venidos de todas partes», como les describen las fuentes egipcias, volvieron de nuevo su vista hacia el fértil valle del Nilo en busca de mayor espacio vital.

De todos modos, las gentes del mar no iban a ser un problema para Sethnakhte. Cuenta el Gran Papiro Harris que esta figura algo gris, ascendida al trono para «dejar la tierra en condiciones» según misión divina, reinó sólo un par de años, sin apenas empezar su tarea. Así, en algún momento en el 1196 a. C., aquél dejó la corona en las manos de su hijo, Ramsés III.

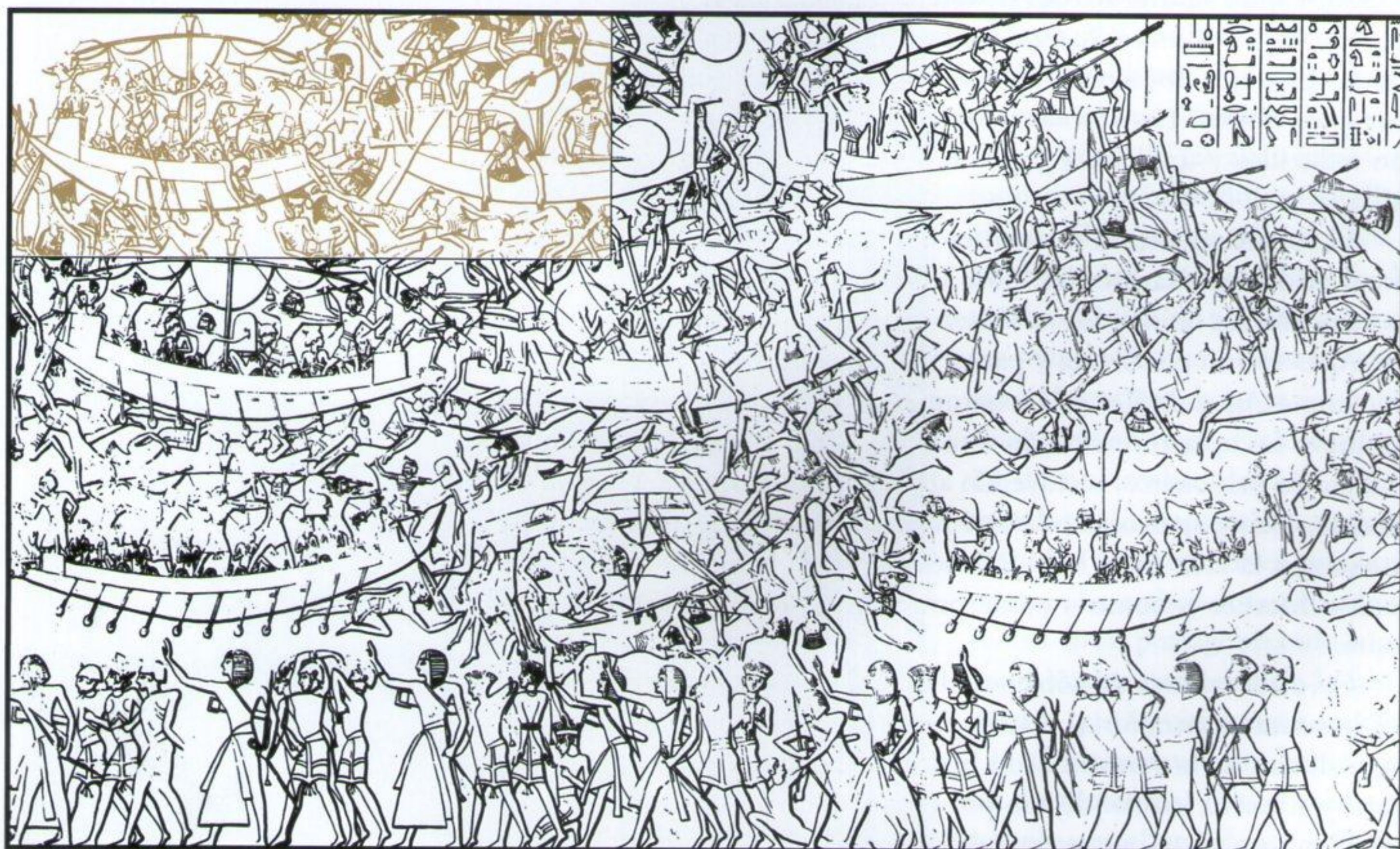
Aunque se sabe poco de los primeros tiempos de su reinado, hacia el quinto año estaba enzarzado en la primera de una serie de guerras que le iban a oponer a los libios y sus vecinos, los *meshwesh*. Este conflicto armado, y los que le sucedieron, se hallan documentados sobre los muros del templo funerario de Ramsés III en Medinet Habu, en la orilla occidental del Nilo al otro lado de Tebas (*página 129*).

A pesar de su estado ruinoso, estos muros nos siguen hablando del tiempo en que los libios –siempre codiciosos de la riqueza natural de Egipto y resarcidos de su derrota reciente contra Merenptah– se acercaban de nuevo peligrosamente a los límites occidentales del Delta. Tras consultar al oráculo de Amón en Tebas, Ramsés dispuso a su ejército para enfrentarse al invasor. Miles de libios murieron en batalla y sus extremidades seccionadas fueron amontonadas en carros que avanzaron ante el carro real del faraón. Se hicieron más de mil prisioneros, a los que se hizo desfilar como esclavos por la capital egipcia.

Pero Ramsés no saboreó mucho tiempo la victoria, dado que las inquietas gentes del mar se dispusieron enseguida a desafiar su autoridad. Medinet Habu nos cuenta también lo que fue de estas



En esta vista parcial de un enorme relieve en Medinet Habu, aparecen los egipcios repeliendo un ataque de los pueblos del mar con hondas y arcos, sobre un bote adornado con la cabeza de leona de la diosa Sekhmet, de cuya boca cuelga un enemigo. El resto de la escena muestra a los egipcios volcando una embarcación enemiga (centro) y apresando a los invasores (abajo).



gentes que avanzaban hacia Egipto por tierra y por mar desde Siria, y no parece que corrieran mejor suerte que los libios y los *meshwesh*.

Los relieves de Medinet Habu muestran a las gentes del mar sobre sus veleros con el espolón de proa en forma de cabeza de anátido. Los egipcios aparecen sobre embarcaciones más manejables movidas por remos y repletas de arqueros, con las que cercan a los invasores contra la orilla de una de las bocas del Nilo. Más arqueros aparecen alineados en la orilla disparando flechas contra un barco a la deriva y otros navíos en el momento de zozobrar o ser embestidos por los egipcios. Algunos barcos enemigos son alcanzados por ganchos para el abordaje. Se puede asimismo apreciar a los ahogados que, según reza la inscripción, serían arrastrados hasta la playa y amontonados en pilas. En un plano inferior aparecen los guerreros supervivientes, transportados como futuros esclavos, «maniatados como pajarillos» (página 127).

El orgullo de Ramsés III por el triunfo contra las gentes del mar se hizo patente en una espectacular campaña propagandística. Así, en el Gran Papiro Harris alardea de este modo: «Extendí todas las fronteras de Egipto y arrojé fuera de ellas a los que las atacaron desde sus tierras. Liquidé a los *denyen* en sus propias islas, hice cenizas a los *peleset* y los *tjekker*. Los *sherden* y los *weshesh* procedentes del mar fueron reducidos y traídos a Egipto en cautividad como las arenas de la orilla.»

El sometimiento de las gentes del mar no terminó con la actividad militar de Ramsés III. Sólo tres años más tarde, en el 11º de su mandato, los libios y los *meshwesh* regresaron encabezados por Mesher. Aparecieron por el este y parece que llegaron hasta el canal conocido como Agua de Re. Allí toparon con las fuerzas de Ramsés, que de nuevo les aplastó, matando a más de 2.000 y haciendo un igual número de prisioneros, incluyendo al propio Mesher. En un relieve de Medinet Habu, aparece el padre de Mesher implorando a Ramsés para que salvara la vida de su hijo. Ramsés desoyó la petición, mandó ejecutar a Mesher y, como medida preventiva, hizo otro tanto con el padre.

En otros relieves de Medinet Habu, el faraón aparece en campañas invasoras contra Siria, Hatti y Amurru. Sin embargo, los egiptólogos dudan de la verosimilitud histórica de estas escenas, dado que Hatti y Amurru habían dejado por entonces de ser centros políticos; más bien sospechan que se trata de copias de relieves parecidos encar-

gados por Ramsés II. De hecho, Ramsés III se modeló a imagen y semejanza de su predecesor, llamando incluso a sus hijos y caballos como lo hiciera aquél.

Hacia el 12º año de su mandato acabaron las campañas militares de Ramsés III. Fue entonces cuando volvió su atención a la política doméstica, sin amenazas foráneas y confiado por la paz en el reino. «Planté árboles y vegetación por toda la tierra y dejé a mi gente sentarse a su sombra –alardea Ramsés en el Gran Papiro—. Gracias a mí, las mujeres egipcias caminan libremente sin que ningún extraño las moleste.»

Con la paz llegó la prosperidad, que duraría hasta los últimos años del reinado de Ramsés III y encontraría su expresión más exaltada en los relieves del templo de Medinet Habu. Aquí, detrás de una muralla de casi un kilómetro de largo y unos 18 metros de altura, Ramsés erigió un monumento a su pujanza que era a un tiempo palacio, for-

taleza y templo. En uno de los muros internos de un umbral insólito, se nos ofrece un destello curiosamente íntimo de la vida palaciega, con el faraón asistido por las mujeres del harén y gozando sobremano de su compañía.

A pesar de las apariencias, no todo era tan plácido en Medinet Habu. No lejos de allí, en Deir el Medina, los trabajadores de las tumbas reales se mostraban cada vez más descontentos con los retrasos en la entrega de las raciones que constituía su paga. Finalmente, el 14 de noviembre del año 29 del mandato de Ramsés III, tras ver desoídas sus peticiones por largo tiempo, los trabajadores abandonaron su tarea, protagonizando la primera huelga conocida de la historia, a la que seguirían otras muchas.

Curiosamente, no había escasez de alimentos, y los graneros del templo estaban llenos. Parece,

Detalle de un relieve en Medinet Habu, en el que aparece un escriba tirando al montón las manos seccionadas de los enemigos libios muertos durante la segunda guerra de Ramsés III contra aquellos. Las inscripciones cuentan que el número de tales trofeos contabilizados por las tropas del faraón fue de 2.175.



pues, que fue más bien una combinación de ineficacia y corrupción administrativa lo que provocó esa interrupción en la distribución de comida, incluyendo la de los artesanos de las tumbas reales. Además, el faraón y la corte residían ahora en Menfis, de modo que la antaño poderosa Tebas se había convertido en un enclave político atrasado y apartado del rey, con necesidades sin cubrir y desatendida en sus peticiones.

De hecho, incluso cuando los trabajadores seguían con la huelga y pasando hambre, Ramsés III continuó concentrando las energías en su jubileo, el Heb-Sed. No se trataba de un mero festival, sino de un conjunto de rituales que se remontaban a las primeras dinastías y que se creían regeneradores del poder del rey en activo. Normalmente, el primer jubileo de un faraón se llevaba a cabo tras cumplir 30 años en el trono, y luego se celebraban otros con intervalos desiguales. Ramsés II llegó a celebrar su 14º jubileo justo antes de morir, una proeza que su admirativo sucesor hubiera deseado reduplicar.

A juzgar por una serie de papiros de carácter legal, no fue posible. En ellos se da cuenta de una trama urdida en el harén real por una reina menor para poner a su hijo en el trono, asesinando a Ramsés en el primer día de su 32º año de reinado. Parece que 28 personas participaron en la conspiración, incluyendo altos mandos del gobierno, un comandante del ejército y tres escribas reales. Todos fueron inculcados y arrestados, probablemente tras su tentativa fallida, y luego juzgados por un jurado de 12 miembros designados por el mismo faraón. La mayoría de los acusados fueron ejecutados o conminados a suicidarse.

Los mismos papiros hablan de un sorprendente vuelco de la situación durante el juicio, casi un signo de la decadencia moral de los tiempos. Cinco de los jueces se corrieron una juerga con varias conspiradoras y, por esta falta de rigor judicial, uno de ellos recibió una mera sanción, otro fue sentenciado a suicidio y al resto se les seccionó la nariz y las orejas.

Pero más allá de los abundantes detalles escabrosos, los textos no desvelan si el complot contra el rey se consumó. Sólo sabemos que pocas semanas después del mismo, Ramsés III murió. Se conserva también la anotación hecha por un escriba a los constructores del sepulcro, así como el tradicional lema de reconocimiento en la muerte del rey: «El halcón ha emprendido el vuelo hacia el cielo.» Así, que la muerte fuera consecuencia o no del

TRAS LAS MURALLAS PROTECTORAS, UN TEMPLO PARA EL PLACER

Cuando los epigrafistas del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago empezaron minuciosamente el trabajo de registrar los relieves y las inscripciones del templo de Ramsés III en Medinet Habu (1924), la arqueología sólo había logrado desenterrar unos pocos secretos del complejo arquitectónico. A finales, de 1850, el prestigioso egiptólogo francés, Auguste Mariette, había limpiado de escombros los alrededores de una puerta de entrada al este del templo (*derecha*), y el arqueólogo y fotógrafo Harry Burton había desenterrado restos de lo que parecía ser un palacio — fragmentos de columnas, algunos umbrales y la base de un trono— en 1912. Pero la naturaleza exacta de estas estructuras permaneció ignota hasta 1927, cuando el Instituto Oriental organizó un equipo de arqueólogos, ingenieros y otros

expertos para inspeccionar todo el recinto.

Las pruebas descubiertas por el grupo sugieren que el complejo —en su origen, sólo un templo, un pequeño palacio y almacenes



encerrados por la misma muralla— fue transformado en una fortaleza durante los tiempos de Ramsés III (*debajo*). El palacio fue demolido y reconstruido de nuevo, y se añadieron dos murallas.

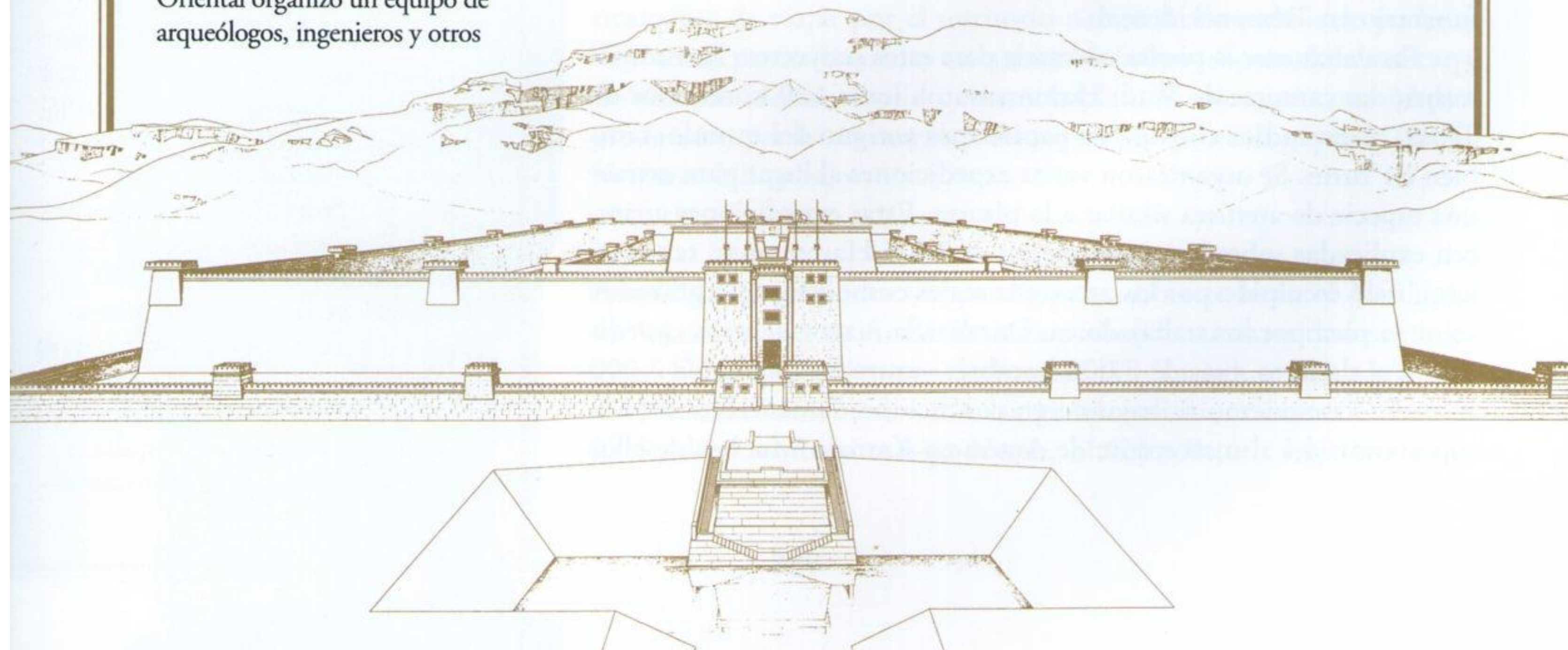
Estas obras dieron al lugar una apariencia marcial e imponente; y

los arqueólogos creen que su configuración le debe tanto a ciertas consideraciones de política doméstica como al temor a un ataque enemigo. El nuevo palacio contenía una recepción presidida

por seis columnas, tres tronos de alabastro, cuatro baños, aseos y vestuarios, un tálamo real para el que debía subirse una grada, y un harén. Así, en sus visitas al templo funerario, Ramsés III podía quitarse de la cabeza el acecho de la muerte concediéndose el gusto de los placeres

más terrenales.

El templo y segundo palacio de Ramsés III en Medinet Habu se hallaba encerrado por tres anillos protectores: una muralla interna, la gran muralla y un último muro exterior. El muelle que aparece debajo comunicaba el complejo con un canal que conducía hasta el Nilo.

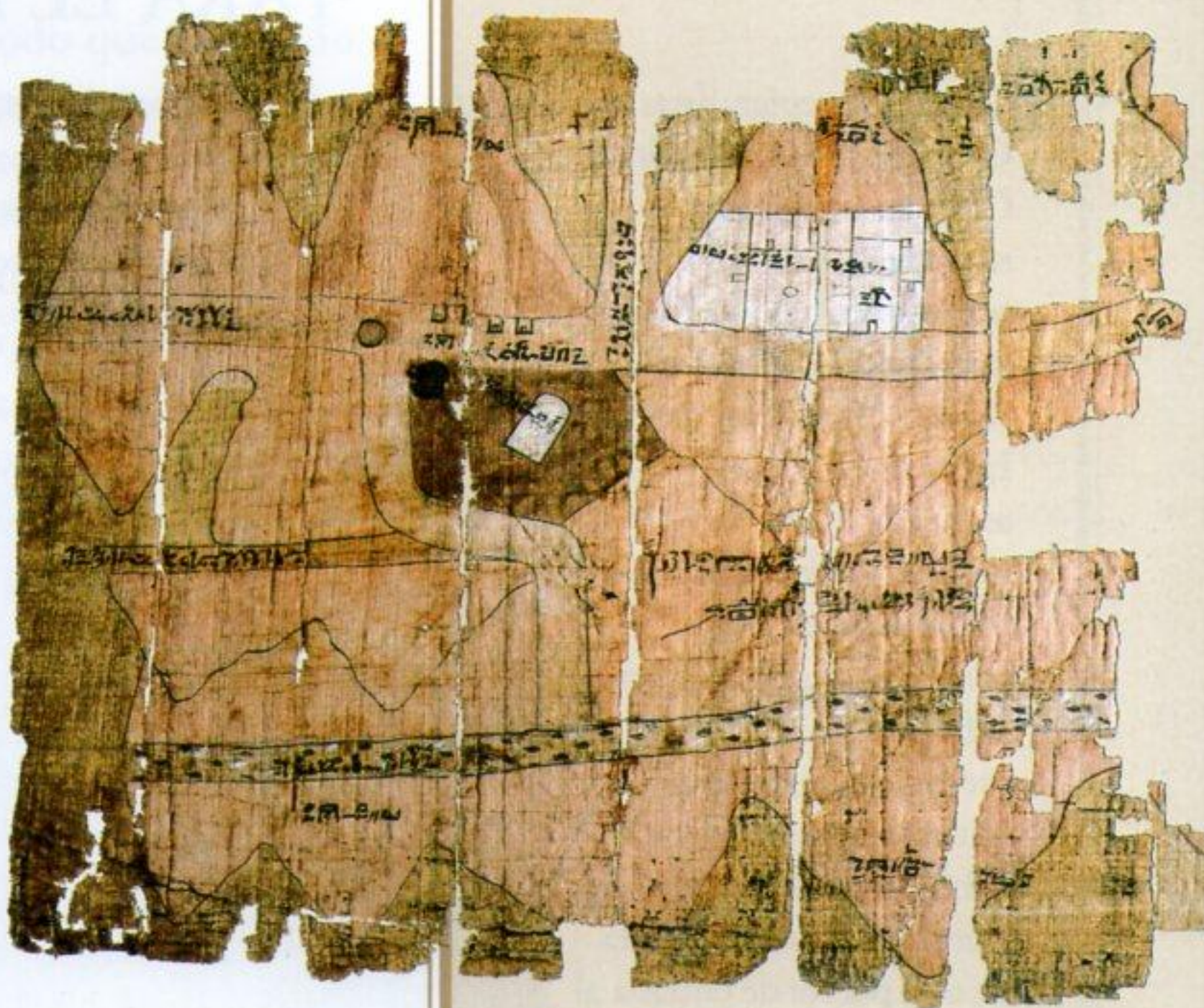


golpe de estado es objeto de hipótesis, aunque la momia del faraón conservada en el Museo Egipcio de El Cairo no presenta señales de violencia.

El hijo de Ramsés III ascendió al trono, y poco después se compiló el Gran Papiro Harris. Fechado el día de la muerte de Ramsés III, en el papiro se expresa la esperanza de su padre de que el hijo goce de un largo reinado y «triunfe por Egipto como soberano de las dos tierras». Cuatro años después, el propio Ramsés IV abundó en esa propuesta al hacer esculpir una plegaria sobre una estela en Abydos en la que el faraón pedía a Osiris que le otorgara un mandato dos veces más duradero que el de Ramsés II.

Parece que dicha petición fue desoída, ya que en lugar de los 134 años que tuvo a bien pedir Ramsés IV, sólo reinó 6 más. Sin embargo, en ese tiempo relativamente breve el faraón llevó a cabo proyectos de construcción que hubiera envidiado el propio Ramsés II. Parte del mismo era la propia tumba del faraón, cuyo plano –uno de los dos únicos planos de tumbas reales que se conservan– se conserva en el Museo Egipcio de Turín. Además, se empezó a trabajar en dos enormes templos al oeste de Tebas, uno de los cuales se inspiraba en el templo de Medinet Habu, aunque dos tercios más grande. Hoy se mantiene cerca de Deir el-Bahri como una sombra de lo que sus cimientos hacen presagiar. Otros templos proyectados para Menfis y Abydos apenas superaron su calidad de esbozo, aunque llegó a completarse un pequeño templo funerario en Tebas occidental.

Para abastecer la piedra necesaria para estos proyectos, Ramsés IV reabrió las canteras de Wadi Hammamat, a unos 120 kilómetros de Tebas, como indica el mapa en papiro más antiguo del mundo, también en Turín. Se organizaron varias expediciones al lugar para extraer una especie de arenisca similar a la pizarra. Estas expediciones aparecen explicadas sobre la misma piedra de Wadi Hammamat, tanto en jeroglífico esculpido por los artesanos reales como en *grafiti* grabados sobre la roca por los trabajadores. Durante la mayor de estas expediciones al desierto, más de 8.000 hombres –entre los que había 2.000 soldados– estuvieron trabajando en condiciones lamentables bajo la supervisión del alto sacerdote de Amón en Karnak. Muchos de ellos



LA RUTA HACIA LA FAMA Y LA FORTUNA

El fragmento de papiro reproducido arriba es parte del mapa geológico más antiguo del mundo, y el segundo más antiguo de los mapas geográficos. Con toda probabilidad, pertenecía a un escriba de la comunidad de artesanos de Deir el Medina, cerca del Valle de los Reyes, y se cree que data del reinado de Ramsés IV. El lugar es un enclave actualmente conocido como Wadi Hammamat, famoso en la antigüedad por sus minas de oro y de una variedad de roca gris verduzca, de la que se talló la estatua arrodillada del faraón que aparece a la derecha. Se sabe que Ramsés IV promovió al menos tres expediciones mineras a esa zona. La tercera, que contó con unos 8.000 hombres, fue concebida para obtener piedra destinada a la construcción de su templo funerario y otros monumentos.

El mapa parece haber permanecido abandonado en una tumba –quizá la del propio escriba que lo confeccionó–

hasta que algunos profanadores de tumbas lo encontraron y vendieron a un coleccionista italiano a principios del siglo XIX. Medía unos 40 cm de largo y unos 3 m de ancho, aunque hoy día sólo quedan fracciones del mismo. En él se pueden observar las colinas, Wadi Hammamat (primer plano), el lecho seco de un río que se utilizaba como carretera, cuatro casas de mineros, y un santuario dedicado a Amón. Las franjas marrones en la cuesta detrás de las casas representan filones de cuarzo que contenían oro.

Ramsés IV hace una ofrenda a los dioses, sosteniendo vasijas de vino. De sus expediciones mineras a Wadi Hammamat, sólo han sobrevivido esta estatua restaurada y otra de sí mismo, como hitos de su anhelo por inmortalizarse a grandiosa escala.



tuvieron que arrastrar enormes bloques de más de 40 toneladas hasta el Nilo, donde las piedras eran embarcadas hacia Tebas. Con una ocupación semejante, el índice de mortalidad se disparó, registrando 900 víctimas.

A pesar de esta dureza y del esfuerzo que implicaba, cuando Ramsés IV murió hacia el 1160 a. C., se había conseguido bien poco y su propia tumba estaba por terminar. Los siete faraones que le sucedieron se llamaron todos Ramsés y no hicieron más que presidir el declive inexorable del país.

De su antiguo esplendor, Egipto ya sólo conservaba el nombre. En breve, vino a sufrir una serie de crecidas insuficientes que dieron como resultado cosechas precarias, escasez de alimentos y una inflación galopante que contribuían a aumentar el desasosiego. Estas condiciones se vieron empeoradas por la corrupción e ineficacia administrativa que habían empezado en los últimos años del reinado de Ramsés III y fueron luego haciéndose crónicas. En uno de los ejemplos más patentes de esta dinámica, un papiro acusatorio de los tiempos de Ramsés V habla de un grupo de oficiales que se apoderaron de casi todas las existencias de cereales de un pequeño templo en la isla Elefantina —cereal suficiente como para alimentar durante cuatro meses a los trabajadores de las tumbas en Deir el Medina, 220 kilómetros al norte. Los oficiales salieron indemnes de su rapiña, ante la indiferencia de las autoridades.

En Menfis, sede del gobierno, reinaba la desconfianza. Mostrando un desinterés creciente en los asuntos de cada día, los faraones confiaron el bienestar del país en manos de una burocracia incompetente que practicaba el nepotismo y se sucedía en el poder como una dinastía funcionarial. Para empeorar las cosas, los reyes dejaron prácticamente de viajar por el territorio nacional. Este vacío de poder se dejó sentir particularmente en la mitad inferior del país, donde el cargo de visir fue incluso abolido. Ahora había uno solo que, como el propio faraón, pasaba la mayor parte de su tiempo en la capital, 700 kilómetros Nilo abajo.

A medida que el poder real perdía peso, sobre todo en el Alto Egipto, los sacerdotes de Amón iban extendiendo su autoridad por la región. Durante los tiempos de Ramsés III, Karnak se había enriquecido considerablemente con las generosas donaciones del faraón, haciéndose también más poderoso. El Gran Papiro registra algunas

donaciones, por las que los expertos estiman que cerca de un tercio de toda la tierra cultivable pertenecía ahora a las instituciones religiosas, y tres cuartos de esa propiedad estaba en manos del templo de Amón.

La poderosa familia encabezada por Merybast, recaudador jefe y mayordomo del templo funerario en Medinet Habu, prosperó por entonces en la ciudad de Tebas. El cargo de sumo sacerdote fue asumido por el hijo de Merybast, Ramsesnakht, que probablemente había sucedido a su hermano. Ramsesnakht ejerció durante tres reinados, los de Ramsés IV, V y VI, antes de pasar el cargo a sus propios hijos. Uno de sus nietos se convirtió en el nuevo mayordomo de Amón, administrador de las tierras reales y recaudador jefe, cargos que ya había desempeñado su abuelo. La riqueza de las haciendas reales y las finanzas del país estaban pues en las manos de esta familia todopoderosa.

Bajo Ramsesnakht, y durante las huelgas de los trabajadores de Deir el Medina, la alta prelatura asumió nuevos derechos y responsabilidades. Actuando como intermediario entre el farón y los huelguistas, el sumo sacerdote tomó parte en la repartición de las raciones a los pobladores, contribuyendo probablemente con fondos del templo. A su vez, Ramsesnakht encabezó la expedición a las canteras de Wadi Hammamat y asistió a los trabajos del Valle de los Reyes.

Cuando el hijo de Ramsesnakht asumió la alta prelatura en tiempos de Ramsés IX, osó hacerse representar igual en estatura al propio faraón, en un verdadero desafío a la autoridad. Pero en el alborotado clima político del momento, ni siquiera los sacerdotes podían hacer mucho para intervenir sobre el curso de los acontecimientos en Menfis.

Una crónica de los sucesos acaecidos en Deir el Medina durante el reinado de Ramsés V o VI y mantenida por uno de los escribas asignados a la tumba del faraón, anota que los trabajadores estaban «desprovistos de temor ante el enemigo». Se puede leer asimismo acerca de un rumor sobre ese mismo enemigo desconocido que habría atacado una ciudad al norte de Tebas, arrasándola y quemando a su gente. Como medida preventiva, el sumo sacerdote de Amón ordenó que la policía montara guardia entorno a las tumbas. Pocos días más tarde, se instó a los trabajadores de las tumbas a que no fueran al Valle de los Reyes. «No vayáis hasta que no veamos qué ha sucedido –informó un jefe de policía local–. Voy a ir a ver y oír lo

que se dice, y vendré luego a contaros.» Pero el hecho es que sigue siendo un enigma quiénes eran los enemigos, aunque algunos estudiosos están convencidos de que se trataba de libios y bandidos egipcios activos en la zona.

Ramsés VI reinó durante poco más de siete años, cediendo luego el trono a Ramsés VII y VIII. La situación del país siguió deteriorándose, mientras la inflación hacía subir el precio de los cereales y bajaba el nivel de vida. De hecho, en el cuarto año de reinado de Ramsés VII, el precio de los cereales subió hasta tres veces lo que costaba antes de la inflación, según consta en un papiro de ese período.

Pero lo peor no había llegado todavía. Entre el año 10 y 15 del reinado de Ramsés IX, los libios perpetraron nuevas incursiones en Egipto que esta vez les llevarían hasta Tebas. Un documento del período cuenta que unos habitantes del desierto, identificados como *meshwesh*, los viejos aliados libios, se habían desplazado hasta la zona provocando la huida de los trabajadores de las tumbas tras los muros de Deir el Medina. Otros diarios, que van desde el año 15 del reinado de Ramsés IX hasta el año 3 del de su sucesor, hablan de parecidas invasiones por parte de los libios. Pero contrariamente a los días de gloria del Imperio Nuevo, cuando Merenptah y Ramsés III habían aplastado sin contemplaciones cualquier tentativa invasora, estas incursiones no encontraron respuesta alguna por parte del gobierno egipcio. Parece incluso que, sabedora de su impotencia para hacerles frente, la administración egipcia acabó poniendo a los libios en nómina como mercenarios.

Entretanto, la escasez de crecidas fluviales y las pobres cosechas, unidas a la habitual incompetencia burocrática, acabaron por traer hambrunas al país. Los trabajos en las tumbas se detuvieron cuando los artesanos, faltos de su ración mensual de cereales, abandonaron la tarea. Algunos, ávidos de cualquier ingreso adicional que pudieran procurarse, llegaron a saquear cementerios privados en las vecindades de la población.

Otras pandillas de profanadores, que habían ido expoliando las tumbas de Tebas durante años, erraban Nilo arriba y abajo, saqueando a lo largo del río. Las autoridades respondieron aumentando el rigor de las inspecciones en las tumbas reales. De todos modos, los ins-

VIEJOS ATAÚDES PARA NUEVOS USOS

En 1940, cuando el arqueólogo francés Pierre Montet excavó en el Delta la tumba de Psusennes I, faraón desde 1040 al 992 a. C., encontró los ataúdes del gobernante en un sarcófago de granito rojo que antaño había pertenecido a Merenptah, el 13º hijo de Ramsés II y faraón desde 1224 hasta 1214 a. C. Todos los cartuchos pertenecientes al anterior mandatario habían sido borrados apresuradamente para sustituirlos por los del propio Psusennes I, y sólo un signo sobre la tapa —en la hebilla del cinturón de la figura a manera de momia que lo adorna— había quedado intacto. Estaba claro que la tumba de Merenptah había sido saqueada, aparentemente con anuencia oficial, pero no se sabía cómo hasta que Edwin Brock, director del Instituto Egipcio del Canadá, penetró en la cámara funeraria a fines de los años ochenta.

En el interior de la tumba, Brock descubrió que el sarcófago

pectores solían conformarse con ver que puertas y cerrojos estaban intactos, sin saber que los saqueadores practicaban un boquete por la parte posterior y hacían así su faena con total impunidad. En los casos, más bien raros, en que los malhechores eran arrestados y acusados, éstos solían evitar la cárcel sobornando a los oficiales con parte del botín.

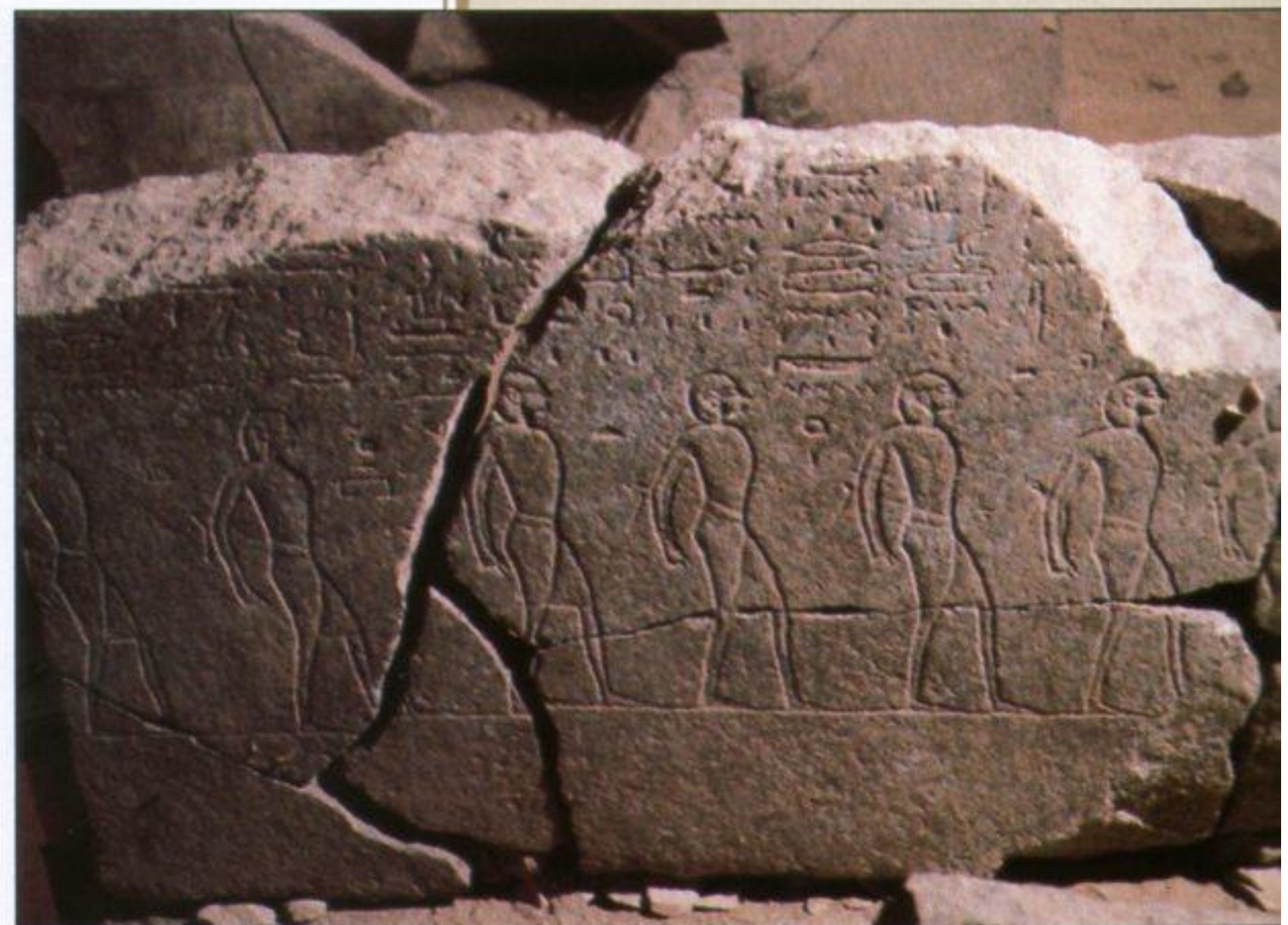
No pasó mucho tiempo antes de que los ladrones —que trabajaban en equipo con asignaciones específicas— pasaran a interesarse en tesoros más apetecibles, como las tumbas de reyes y reinas. Por entonces, el gobierno y los funcionarios del templo encargados de la seguridad estaban casi en manos del crimen organizado, y los saqueos parecían producirse bajo tutela oficial.

Ya en el año 16 del reinado de Ramsés IX, se nombró una comisión para comprobar los rumores crecientes sobre violación de las tumbas reales. El resultado fue la inculpación de un puñado de chivos expiatorios y el regreso a la normalidad delictiva.

Al año siguiente, Amenhotep, sumo sacerdote de Amón y alcalde de Tebas, intensificó las investigaciones para probar que algunos trabajadores de las tumbas reales estaban detrás de los saqueos. Como consecuencia, ocho artesanos a los que se halló en posesión de tesoros robados en la tumba de la reina Isis, esposa de Ramsés III, fueron acusados de profanación. Los interrogatorios oficiales, en los que se aplicaban castigos físicos, llevaron a las inevitables confesiones, pero desconocemos el destino de los inculpados.

Los nombres de los acusados no aparecen en los registros de la población, pero 30 años más tarde las palabras de otro ladrón de tumbas nos permiten saber que sus ocho predecesores pagaron con la vida: «Vi el castigo que se les aplicó en tiempos del visir Khaemwase. ¿Es posible que corra el riesgo de una muerte así?»

Este robo, como tantos otros que quedaron impunes, procuró plata, oro, cobre y joyas, lino, aceite y mobiliario. Parte del botín sirvió para dar brillo a las propias casas de los ladrones, pero la mayoría fue intercambiado por otros bienes y servicios. De hecho, las confesiones arrancadas a los ladrones revelan que, entre pagos y sobornos, los productos procedentes de las tumbas acababan circulando por todas las capas de la sociedad tebana.



encontrado por Montet se hallaba originalmente dentro de otros dos, hechos también de granito rojo. Aunque se recuperaron las cubiertas de los mismos, quedan pocas trazas de las cajas. Casi de un tercio de la caja rectangular exterior (*abajo, izquierda*) y un quinto del segundo ataúd, pudieron ser recompuestos. Éstos, y un cuarto sarcófago interno más pequeño —parte del cual se halla en el Museo Británico—, estaban hechos pedazos. Brock aventuró que sus bases de granito habían sido cortadas en losas y reaprovechadas, y que sólo se salvó un tercer ataúd, el hallado por Montet. El gran obstáculo que se tuvo que superar para trasladar ese tercer ataúd era un pozo de 6 metros —símbolo del otro mundo— que se interponía entre las habitaciones y la entrada. Para ello lo colmaron de escombros procedentes de la construcción de la tumba. Con las excavaciones ya en marcha, aparecieron marcas en el borde del pozo, que habían sido producidas por los intrusos en idéntica operación a la que practicaban ahora Brock y los suyos.



En el interior de la tumba de Merenptah, el último de sus sarcófagos de granito rojo (izquierda) yace en fragmentos, quebrado en la antigüedad en un intento de reciclar la losa inferior. Para salvar la piedra, los intrusos tuvieron primero que llenar un pozo como el que aparece arriba —en la tumba de Ramsés XI— y luego arrastrar los bloques a través.

La muerte de Ramsés IX después de 18 años de reinado, y la subida al trono de otro Ramsés en el 1109 a. C. no hizo nada para frenar esta dinámica delictiva. De hecho, bajo Ramsés X el país siguió padeciendo escasez de alimentos, agravada por una tremenda sequía en la baja Nubia. Ya en tiempos de Ramsés XI, el país parecía estar al borde del caos y tan terrible era la situación que uno de los peores años sería recordado como el «Año de las Hienas».

El robo de tumbas se convirtió en práctica frecuente y los templos se convirtieron en el objetivo de pandillas de saqueadores que rondaban por Tebas penetrando en las construcciones señaladas y despojándolas de sus tesoros. Sólo del umbral del templo de Ramsés fueron robados más de tres kilos de plata y oro. Incluso los sacerdotes y otros empleados de los templos participaron de estas prácticas, apropiándose de todo lo que pudieran sustraer fácilmente.

El sumo sacerdote de Amón, Amenhotep, había perdido toda su autoridad y se dirigió al faraón para remediar el desastre. Pero éste, en lugar de mandar a sus tropas al sur del delta, ordenó al virrey de Nubia, Panehsy, que las trasladara hacia el norte, donde ordenó una pronta investigación de los robos a templos y tumbas cuando ya sus propios soldados se habían apuntado al saqueo. Al final, resolvió incluso el cese de actividades profesionales de Amenhotep como sumo sacerdote. El período fue conocido como «la guerra del sumo sacerdote».

A pesar de que Amenhotep fue readmitido más tarde por orden de Ramsés XI, Panehsy retuvo el control administrativo del Alto Egipto, donde gobernó durante los años siguientes sin injerencias del poder central. Según un papiro y una carta de la cancillería del faraón, en el año 17 del reinado de Ramsés XI, Panehsy seguía ostentando el poder en Tebas. Dos años más tarde había sido declarado enemigo del Estado, y su nombre en los jeroglíficos aparece desde entonces vinculado a esa condición.

Se desconocen las circunstancias de la caída de este virrey, aunque sabemos que se retiró a Nubia. En su lugar, un general llamado Herihor asumió el mando, no sólo como comandante del ejército sino también como sumo sacerdote de Amón y virrey de Nubia, con-



centrando por primera vez en la historia los tres títulos en una sola persona, a los que luego añadió el de visir del Alto Egipto. En una tablilla se le identifica como «Capitán en jefe del ejército de todo Egipto», título que junto con el de la prelatura heredarían sus descendientes.

El poder ostentado por Herihor fue tal que en pocos años superó al propio Amenhotep, haciéndose representar como faraón sobre los muros del primer atrio del templo de Khons en Karnak, y grabando un timbre que le identificaba como descendiente de los dioses. Tiempo después, su yerno y heredero, Piankh, contrastó belicosamente su autoridad con la del propio faraón preguntando en una carta «¿A quién es superior el faraón?».

A pesar de la ambición de poder de Herihor y la desfachatez de Piankh, Ramsés XI pudo reinar como soberano absoluto, en la medida en que la realeza de Herihor nunca se dejó sentir mucho más allá de las murallas del templo de Khons. De hecho, ya hacia el año 19 de su reinado, con la jurisdicción del Alto Egipto en las manos de Herihor, el faraón se sintió lo bastante confiado como para proclamar un renacimiento nacional —literalmente una «repetición del nacimiento»— que devolvería el esplendor pasado. El año 19 de su reinado se convirtió así en el año I del renacimiento. En efecto, el orden y la prosperidad regresaron a Egipto a medida que las inundaciones del Nilo alcanzaban su nivel acostumbrado. La economía mejoró, gracias en buena medida a la incorporación al mercado de los bienes robados en las tumbas, que detuvieron la inflación y rebajaron el precio de los cereales.

Tras decretar el comienzo de una nueva era, Ramsés XI se empeñó en el esclarecimiento de un viejo caso: ordenó una investigación exhaustiva del saqueo a tumbas y templos en el «Año de las Hienas», una década atrás. Para ello se designó una comisión, compuesta por miembros de la corte, que pronto empezó a recopilar pruebas y declaraciones de testigos.

Los dos cartuchos y la inscripción impresa en tinta sobre esta tapa de cedro de un ataúd señalan que pertenecía a Ramsés II. El ataúd, que data de la XVIII dinastía, sustituyó al original en que había sido enterrado el faraón y que probablemente fue robado por profanadores de tumbas.



Trece guirnaldas de capullo de flor de loto, uno de los cuales aparece en detalle en el ángulo superior, decoran una momia en este esbozo trazado en 1881 tras el descubrimiento de 40 cuerpos en una tumba escondida. Las flores daban a las momias la imagen del sueño eterno.

La mayor parte de este material no ha llegado hasta nosotros, pero en 1850 varias declaraciones de testigos vieron la luz tras la exhumación de dos vasijas que contenían algunos rollos de papiro. Éstos fueron repetidamente comprados y vendidos, hasta su adquisición posterior por parte de varios museos. Ante la dificultad de interpretar la escritura hierática en que habían sido compuestos, los textos fueron almacenados, esperando que futuras generaciones de egiptólogos pudieran descifrarlos.

El encargado de esa tarea acabó siendo un joven inglés, T. Eric Peet, que publicó dos de los papiros en 1920. Una década más tarde, 4 años antes de su muerte en 1934, Peet completó su investigación y publicó sus conclusiones en un volumen titulado «The Great Tomb-Robberies of the Twentieth Egyptian Dynasty».

Según los escritos de Peet, los papiros revelaban que la comisión tomó declaración a miembros de todos los estamentos de la sociedad tebana. Se arrestaron a más de 100 sospechosos, así como a los esposas de aquellos que ya habían muerto. Todos fueron interrogados, y algunos confesaron sin dilación ante los habituales métodos de persuasión: «el azote, la porra y las empulgueras».

Otros documentos revelan que los inquisidores dieron a menudo con el paradero del botín, parte del cual ya había sido recuperado una década antes durante las pesquisas dirigidas por Panehsy. En algunos casos, los artículos robados no eran gran cosa, como una modesta cantidad de metal hallada a la esposa de un trabajador, pero todo tenía su valor en el dinámico mercado negro de la época. Otra mujer negó haber usado plata robada para comprar sirvientes, y trató de convencer al tribunal de que los había pagado con dátiles de su palmeral. Y otra arguyó que la plata hallada en su posesión no procedía de robo alguno, antes bien había sido recibida «a cambio de cebada en el “Año de las Hienas” durante las hambrunas».

Durante los interrogatorios, algunos ladrones admitieron haber intercambiado parte del botín por miel, esclavos, tierra y otros bienes. Algunos de los acusados usaron lo robado para pagar deudas, en tanto que otros, como uno al que un escriba de los registros reales había oído alardear de sus bellaquerías, se vieron obligados a invertirlo de otro modo. Tras amenazar al ladrón con acusarle al sumo sacerdote de Amón, éste recurrió al manejo habitual en este tipo de situaciones: «Untamos a Setekhmes, escriba de los registros reales, con 3 kite de oro.»

La muerte de Ramsés XI en el 1070 a. C., no sólo acabó con el renacimiento y con la propia XX dinastía, sino que marcó el fin del Imperio Nuevo. Sin hijos que pudieran sucederle y con el poderoso Herihor ya enterrado, fue Smendes —ex gobernador del bajo Egipto— el encargado de fundar una nueva dinastía sobre lo que quedaba del espléndido imperio de Ramsés II.

Ramsés XI había reinado durante 28 años. Siguiendo la tradición arquitectónica según la cual la tumba de un faraón debía ser un 5 % mayor que la de su predecesor, ésta iba a ser la mayor jamás proyectada. No obstante, la tumba quedó sin terminar y nunca fue ocupada por Ramsés XI. Se le enterró en Saqqara, cerca de Menfis, donde había pasado la mayor parte de su reinado, y donde su momia podía ser guardada con mayores garantías de seguridad.

De hecho, el saqueo de las tumbas reales había demostrado que el Valle de los Reyes ya no era inviolable. Los ladrones habían entrado en la mayoría de las tumbas y habían robado en casi todas, principalmente desde la muerte de Ramsés III y, a veces, antes incluso de que se cerrara el recinto funerario. También se descubrió que algunas tumbas procedentes de la XVIII dinastía habían sido saqueadas hacía siglos. No fue hasta el virreinato de Herihor cuando las momias fueron restauradas y enterradas de nuevo.

El proceso de restauración se llevó a cabo en la tumba inacabada de Ramsés XI. Las momias, algunas de las cuales habían sido desmembradas para desvalijarlas de joyas y amuletos, fueron reconstruidas y amortajadas de nuevo. Al mismo tiempo, en un enésimo agravio a los muertos, todos los tesoros que los profanadores habían desestimado estaban siendo sustraídos por los sacerdotes encargados de la restauración. Incluso las láminas de oro halladas en muchos de los ataúdes fueron cuidadosamente raspadas, dejando tan sólo sus nombres y títulos.

La mayoría de las momias nunca fueron devueltas a sus antiguas tumbas. Para evitar que los faraones fallecidos fueran profanados de nuevo, los sacerdotes decidieron ir moviendo las momias de una tumba a otra a lo largo de varias décadas. Algunas notas redactadas en escritura hierática y encontradas junto a los cuerpos cuentan la operación de restauración y recolocación.

La tumba de Ramsés II, por ejemplo, fue albergada en la tumba de su padre, Sethi I. Años después, durante el reinado de Siamun, uno

CARA A CARA CON LOS MÁS GRANDES FARAONES

Con el descubrimiento a finales del siglo XIX de dos escondites que albergaban momias de la XVII dinastía hasta la XXI dinastías, lo imposible se hizo posible: las gentes del mundo actual podían contemplar los rostros de algunos grandes personajes del mundo antiguo. «Me pregunto si no estoy soñando cuando veo y toco los cuerpos de tantos gobernantes», dijo un asombrado Gaston Maspero, uno de los primeros en entrar en la cámara donde yacían escondidas 40 momias, depositadas 3.000 años antes por sacerdotes que pretendían salvarlas de los profanadores. Entre éstas –que habían sido en buena medida despojadas de sus escondidos tesoros por los saqueadores–, estaba la de Ramsés II, que podemos apreciar a la derecha dentro de un ataúd de madera.

Esta curiosa fotografía fue tomada a principios de siglo por el anatomista británico Sir Grafton Elliot Smith, como parte de toda una serie de las momias reales del Museo Egipcio de El Cairo (véase página siguiente). Además de fotografiar los cuerpos en detalle, los examinó como forense y publicó sus conclusiones en 1912. Afortunadamente, Smith realizó su tarea con un esmero científico que no

necesitaba de técnicas perjudiciales para la integridad de la momias. Rechazó investigar internamente las que estuvieran «encajonadas en un caparazón resinoso», el velo apelmazado y endurecido aplicado por los embalsamadores, pues ello hubiera causado un daño irreparable.

Los estudios de Smith arrojaron luz sobre algunos detalles personales –Ramsés II, por ejemplo, tenía espinillas– y aportaron información sobre las enfermedades y alimentos que habían afligido a los faraones e incluso causado su muerte.

Contra los críticos que consideraban que tales héroes del pasado no debían ser sometidos a investigación antropológica o ser vistos desnudos después de desenvolverlos, Smith solía responder: «Los que se quejan de este modo, no entienden que la profanación ya fue perpetrada hace 29 siglos por los súbditos de estos gobernantes.»

Ramsés II con los brazos cruzados sobre el pecho y cubierto de la resina empleada en el proceso de momificación. El agujero en el abdomen fue agrandado por profanadores que buscaban tesoros escondidos en el cuerpo, de donde los embalsamadores habían extraído los órganos.



XIX DINASTÍA



SETHI I

Una vez desenvuelta, la piel de la momia de Sethi cambió de color marrón a negro. Su cuerpo, relleno de lino mojado en resina, todavía contenía su corazón negro azabache.



RAMSÉS II

Con las arrugas atenuadas por los embalsamadores, el rostro de Ramsés presenta algunos pelos alrededor de los labios y en el mentón. Como la mayoría de los faraones del Imperio Nuevo, tiene las orejas agujereadas.



MERENPTAH

Una capa de sal cubría el cuerpo del hijo de Ramsés. Se sabe que era gordo gracias a lo que Smith llamó una «redundancia» de la piel en la barriga, muslos y mejillas.



SETHI II

Aunque la cabeza de Sethi II fue quebrada por los saqueadores, todavía permite apreciar el perfil aguileño de su nariz y la prominencia de sus dientes superiores.



SIPTAH

Los profanadores dañaron el cuerpo de Siptah y rompieron su brazo derecho, que luego repararon los sacerdotes con tablillas. A su vez, el cuerpo presentaba signos claros de haber padecido polio.

XX DINASTÍA



RAMSÉS III

Beneficiario de las innovaciones embalsamatorias de la XX dinastía, Ramsés III recibió ojos de piedra y sus párpados fueron dilatados con un refuerzo de lino.



RAMSÉS IV

Éste recibió cebollitas en el lugar de los ojos. «El suave color marrón de la cebolla seca parece dilatar los párpados aportando una impresión bastante natural», escribió Smith.



RAMSÉS V

Con la cara pintada de rojo, Ramsés V muestra todavía las pústulas que la cubrían y que también observaba en el abdomen. Probablemente murió de viruela.



RAMSÉS VI

El cuerpo de Ramsés VI estaba en condiciones tan malas después de que los profanadores lo saquearan que los sacerdotes tuvieron que atar las piezas a un tablón para recomponerlo.

de los últimos monarcas de la XXI dinastía, fue reemplazada de nuevo. Esta vez se la ubicó en la tumba de la reina Inhapy, al pie de las colinas de un pequeño valle al sur de Deir el Bahri, que parecía revestir las debidas garantías de seguridad y donde se encontraban otras 40 momias.

Las momias de otros nueve faraones, así como una reina y varios príncipes, fueron igualmente albergadas en un segundo escondite, en este caso la tumba de Amenhotep II en el Valle de los Reyes. Durante los siguientes 2.800 años, las momias reposaron aquí tal como los sacerdotes las habían dejado en el siglo X a. C. En 1898, la tumba de Amenhotep II y su escondida colección de monarcas fue descubierta accidentalmente cuando el arqueólogo francés tropezó con ella mientras se encontraba explorando otro sepulcro. En las profundidades de la segunda tumba, Loret contempló atónito a la luz de una vela cómo iban apareciendo los ataúdes de monarcas del Imperio Nuevo. Siptah, Sethi II, Merenptah, Ramsés IV, V y VI estaban allí.

Un giro semejante del azar había llevado a la luz en 1870 el lugar de reposo eterno de Ramsés II en Deir el Bahri. La historia es de sobras conocida; un pastor de cabras que buscaba a una cría perdida divisó al animal en el fondo de lo que parecía ser un agujero. Pero pronto descubrió que éste conducía hasta un umbral que a su vez se abría en varios corredores que desembocaban en una estancia repleta de ataúdes.

El pastor guardó el secreto durante más de 10 años, confesándolo a unos pocos familiares, que se aprovecharon de la tumba como tesoro privado hasta que un hermano informó a las autoridades. En pocos días la tumba fue vaciada de su contenido por arqueólogos ansiosos de contemplar uno de los más importantes hallazgos de la historia egipcia.

En junio de 1886, la momia de Ramsés II ya se hospedaba en el Museo Egipcio de El Cairo. Allí, frente a los dignatarios reunidos, el arqueólogo francés Gaston Maspero, director general del Servicio de Antigüedades Egipcias, desveló las tres inscripciones grabadas en el ataúd. En la primera se describía cómo la momia había sido restaurada por orden de Herihor; en las otras dos se contaban los sucesivos traslados de la misma: de su emplazamiento original a la tumba de Sethi I, y de allí a la de la reina Inhapy.

Luego, el director general despojó al cuerpo de su envoltorio

permitiendo apreciar una inscripción sobre la mortaja, que confirmaba la identidad del cadáver. El mundo se hallaba cara a cara con el monarca cuyos logros en su tierra y en el campo de batalla le habían ganado el sobrenombre de «el Grande».

La momia resultó estar en óptimas condiciones de conservación. No podía decirse lo mismo de otros compañeros de sepulcro, como la reina Ahmosis Nefertari, madre de Amenhotep I, que tras ser liberada de su envoltorio apareció casi descompuesta y se la enterró durante algunos meses debajo del almacén del museo para desprenderla del pésimo olor.

La momia de Ramsés II y otras fueron finalmente albergadas en una sala especial del museo, cada una en su propio ataúd y dentro de cajas de cristal cuya cubierta podía retirarse para permitir a los empleados aplicarles insecticida. Indudablemente, para Ramsés II era un trato lejos del que le estaba reservado como faraón en los viejos días en que el aire que respiraba era perfumado y abanicado ceremoniosamente para su gozo sensorial de dios-rey.

Estas curas con productos químicos no fueron los últimos «maltratos» a los que se ha sometido al faraón muerto. En el siglo que ha pasado desde su descubrimiento, se ha mantenido a la momia en pie, se la ha sumergido en mercurio para matar los piojos, se la ha exami-

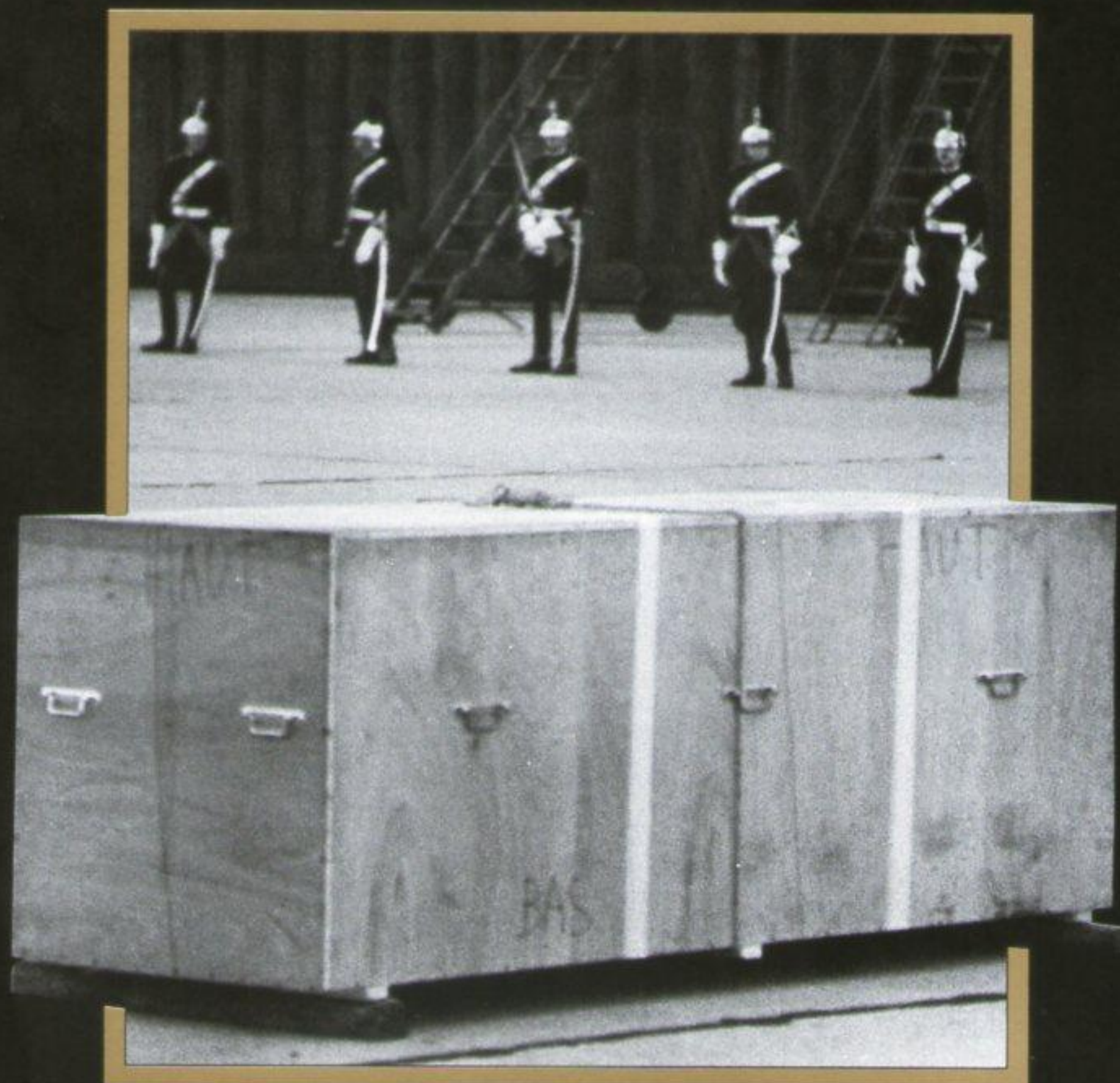
Una momia anónima del Imperio Nuevo, conocida como Lady X, aparece exhibida en un prototipo de caja desarrollado por el Instituto Getty de Conservación, diseñado para albergar algunas de las momias reales del Museo Egipcio de El Cairo. Esta cabina hermética regula automáticamente la humedad y contiene menos de un 2 % de oxígeno, para evitar el desarrollo de microorganismos.



nado con rayos X y endoscopia, y ha volado hasta París para pasar controles más minuciosos.

A principios de siglo, la momia fue estudiada y fotografiada por el científico británico Sir Grafton Elliot Smith. Lo que bien podría ser el comentario del mismo faraón acerca de las atenciones recibidas, llegó cuando un auxiliar de Grafton Elliot desenvolvió la momia de nuevo. Las fibras largamente comprimidas del brazo se contrajeron repentinamente y los científicos que se hallaban junto al cuerpo se retiraron con estupor cuando el faraón pareció desperezarse de su largo sueño gesticulando como para dar una orden. «Sin duda —afirmó el arqueólogo John Romer—, si pudiera hablar, el viejo faraón mandaría ser devuelto a las suaves colinas tebanas.»

RAMSÉS EN PARÍS



El 26 de septiembre de 1976, Ramsés el grande —guerrero, gran diplomático, constructor incansable y dios— se convirtió en el primer faraón que hubiera viajado jamás en avión. Protegido de las turbulencias por una recia caja de madera donde, en lugar pertinente, se habían escrito las palabras *arriba* y *abajo*, el faraón yació en un moderno ataúd de roble con sus disecados brazos, piernas y cabeza acolchados entre papel, algodón y gomaespuma. Su destino era el extremo opuesto del Mediterráneo, un suburbio de París que albergaba el aeropuerto de Le Bourget, donde Charles Lindbergh había aterrizado 50 años antes.

El motivo del traslado era el delicado estado de la momia. Las fotografías de Sir Grafton Elliot Smith (*pág. 43*) mostraban cómo el orificio por el que se había despojado al cadáver de sus órganos vitales y que ya habían engrandecido los profanadores, se estaba dilatando peligrosamente en 1912. Este deterioro alarmó a los científicos egipcios y franceses que la habían estudia-

do en los primeros años de la década de los setenta. Toda una redcilla de hendiduras atravesaba ahora el envoltorio que cubría los brazos, piernas y el busto de la momia. Lo más alarmante era un corte de casi 40 cm que le cruzaba la cadera. Aún peor, tras abrir la caja de cristal en que estaba expuesto, los investigadores notaron un fuerte olor que hacía suponer la presencia de bacterias dentro de la momia. También se apreciaron hongos, de los que se tomaron muestras para examinarlas al microscopio. Era preciso intervenir rápidamente.

Después de largas negociaciones, se permitió trasladar a la momia a la capital francesa para someterla a estudio y conservación durante ocho meses. Tal como aparece en las páginas siguientes, se pusieron a disposición de los investigadores las instalaciones de 40 laboratorios y un sinnúmero de avanzados instrumentos de diagnóstico. Los resultados obtenidos ampliaron enormemente el conocimiento de Ramsés como hombre.

CUIDADOS DE PRIMERA PARA UN PACIENTE DEL PASADO

En París, Ramsés fue hospedado en el tercer piso del Museo del Hombre, en uno de los barrios más elegantes de la ciudad, donde dos estancias fueron especialmente construidas para él: un área de reconocimiento y un «dormitorio». Todas las dependencias tenían aire acondicionado para mantener la temperatura y humedad relativa adecuadas contra los hongos, a la vez que se taparon las ventanas con pantallas azules plateadas para impedir la penetración de rayos ultravioleta. Los asistentes de laboratorio mantenían controles diarios y había una guardia permanente para evitar visitas no deseadas.

Debido a la extrema fragilidad de la momia se impidió que ésta saliera del museo, a la vez que sólo se autorizaba su traslado de una estancia a otra en caso de que éstas registraran la misma temperatura y humedad. Los científicos no se arriesgaron a levantar el cuerpo;

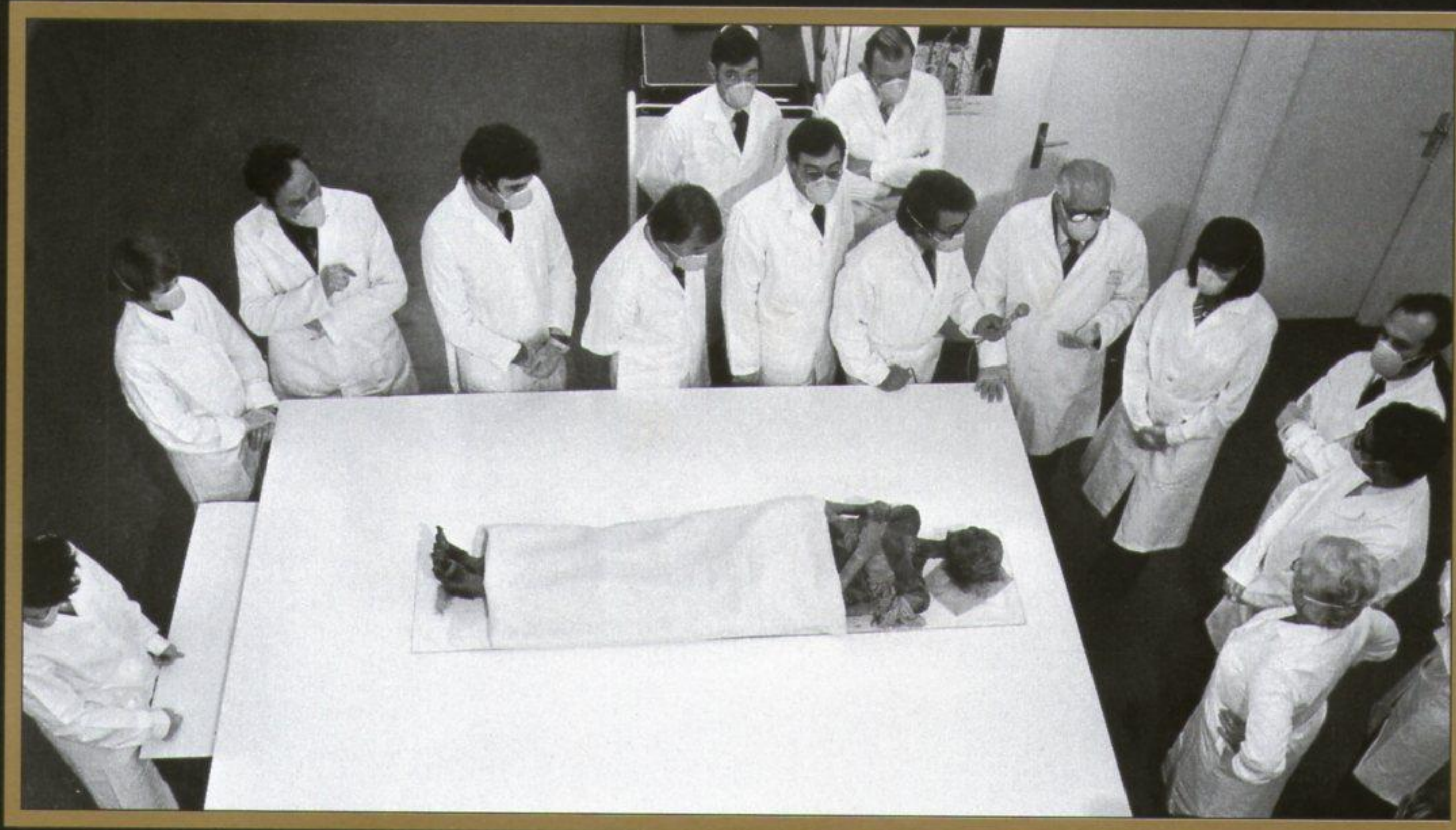
en su lugar, serraron el extremo inferior del ataúd, rasparon la mortaja de lino que lo envolvía y lo depositaron cuidadosamente en una tabla de plexiglás (*opuesta*). Cortado de manera que cupiera en el ataúd, el tablón de plástico facilitaba a los científicos depositar el cuerpo en un carrito apto para la cirugía, para después devolverlo al ataúd.

Nuevas restricciones impedían a los investigadores tomar muestras de tejido del cuerpo del faraón, aunque se les permitió examinar cualquier material suelto pegado a la momia. Se retiró de debajo del cuerpo la mortaja de lino y se la marcó con un trazo correspondiente a la silueta. Se numeraron y cortaron las secciones, luego fueron herméticamente encerradas en bolsas de plástico y enviadas al laboratorio para practicar análisis microscópicos. A partir de ahí, los técnicos identificaron 60 tipos distintos de hongos, la mayoría en las zonas que se creía habían estado pri-

vadas de luz, el lado izquierdo de la espalda (*abajo, derecha*). Posteriormente, al examinar el interior de la cavidad por donde había sido vaciado, encontraron nuevas colonias de hongos, un total de 379 divididos en 89 especies.

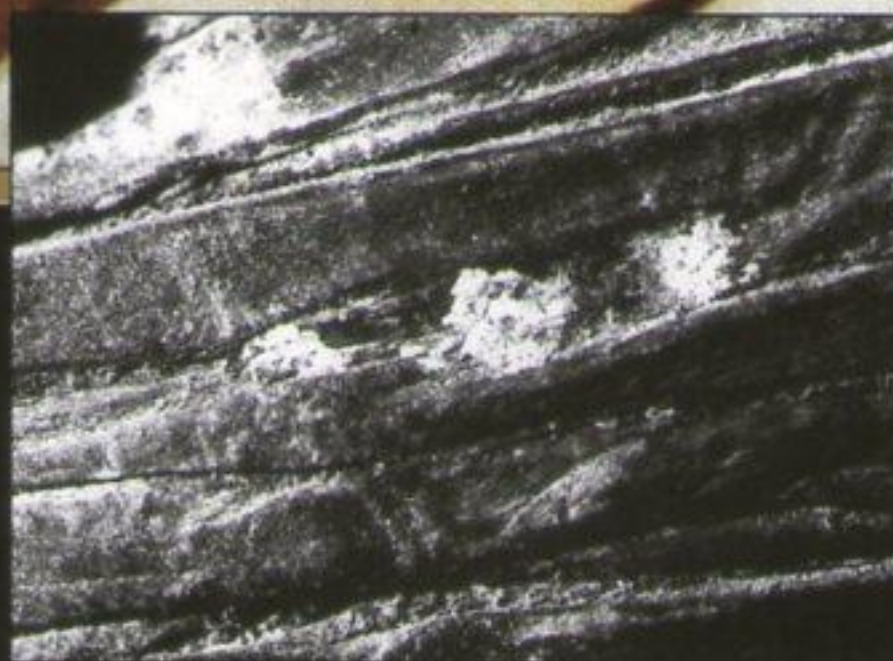
A la derecha, un especialista en el Museo del Hombre deposita a Ramsés II sobre una superficie de plexiglás, bajo la atenta mirada de Lionel Balout, director del proyecto. En la cavidad de vaciado se puede apreciar una pieza de lino introducida en tiempos no muy lejanos.

Un puñado de científicos de la Operación Ramsés reunidos alrededor de la momia del faraón en la sala de trabajo del Museo del Hombre (abajo). En total, más de 100 investigadores tomaron parte en el proyecto.





Una muestra de Daedalea biennis, un hongo destructivo hallado en el lado izquierdo de la espalda de Ramsés, que aparece en la otra foto en estado de desarrollo. Teniendo en cuenta que estos hongos no viven más de 60 años, los investigadores consideraban que la infección de la momia tenía su origen en tiempos recientes.



RETRATOS DEL ANCIANO FARAÓN

En su intento de revelar los secretos de la técnica embalsamatoria y arrojar luz sobre el estado físico de Ramsés durante los últimos días de su vida, los investigadores de París se sirvieron de una variedad de modernos instrumentos. Usaron, por ejemplo, la endoscopia para examinar su cavidad abdominal, y un microscopio de exploración electrónica para analizar la estructura y color del cabello (*opuesta*), así como para aportar pruebas físicas sobre el antiguo rescate y entierro de la momia.

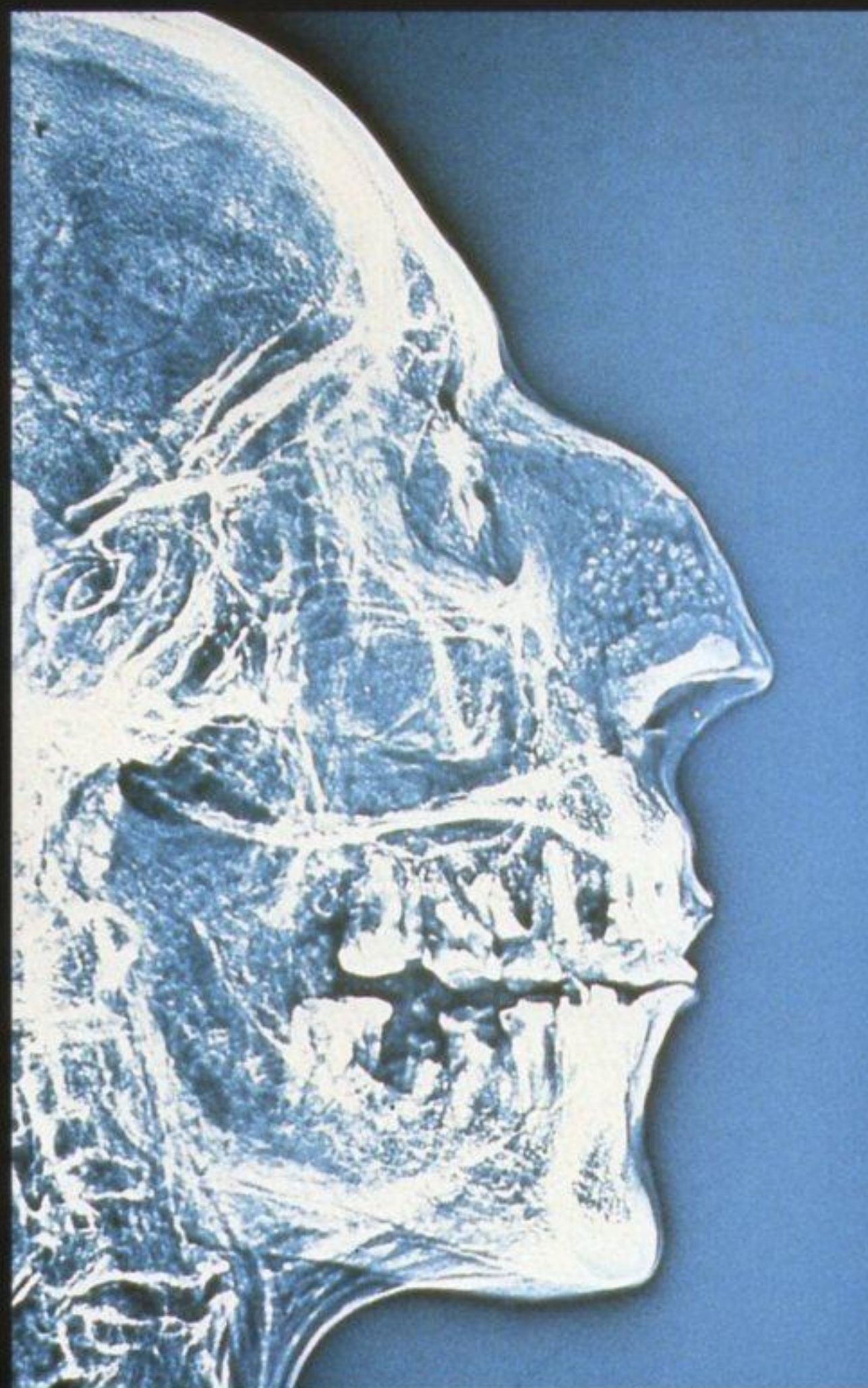
La arena descubierta por el microscopio en el cuerpo del faraón era similar al grano propio del Alto y Bajo Egipto, aunque se podían asimismo apreciar augitas, hornblendas verdes, granate, circonio y otros minerales.

Según los geólogos, estas sustancias eran comunes en el área de Luxor, pero raras en Saqqara, de modo que su localización más aproximada debía de ser el Alto Egipto. Los minerales penetraron probablemente en la momia en tiempos de la XXI dinastía, cuando los sumos sacerdotes de Amón intentaron salvaguardar la momia contra los profanadores.

Tal como se puede apreciar en las páginas siguientes, los investigadores franceses se sirvieron de técnicas radiológicas muy avanzadas: xerorradiografía y cromodensitografía. La

primera combina la tecnología de la fotocopistería con los rayos X, y resulta ideal para el estudio de las momias, permitiendo registrar en película tanto el tejido suave como el duro. Los investigadores hicieron unas 40 xerorradiografías de Ramsés, incluida la de la cabeza que aparece debajo, que demuestran que los embalsamadores llenaban la cavidad nasal del faraón con un tipo de materia granular cuya naturaleza se desconoce.

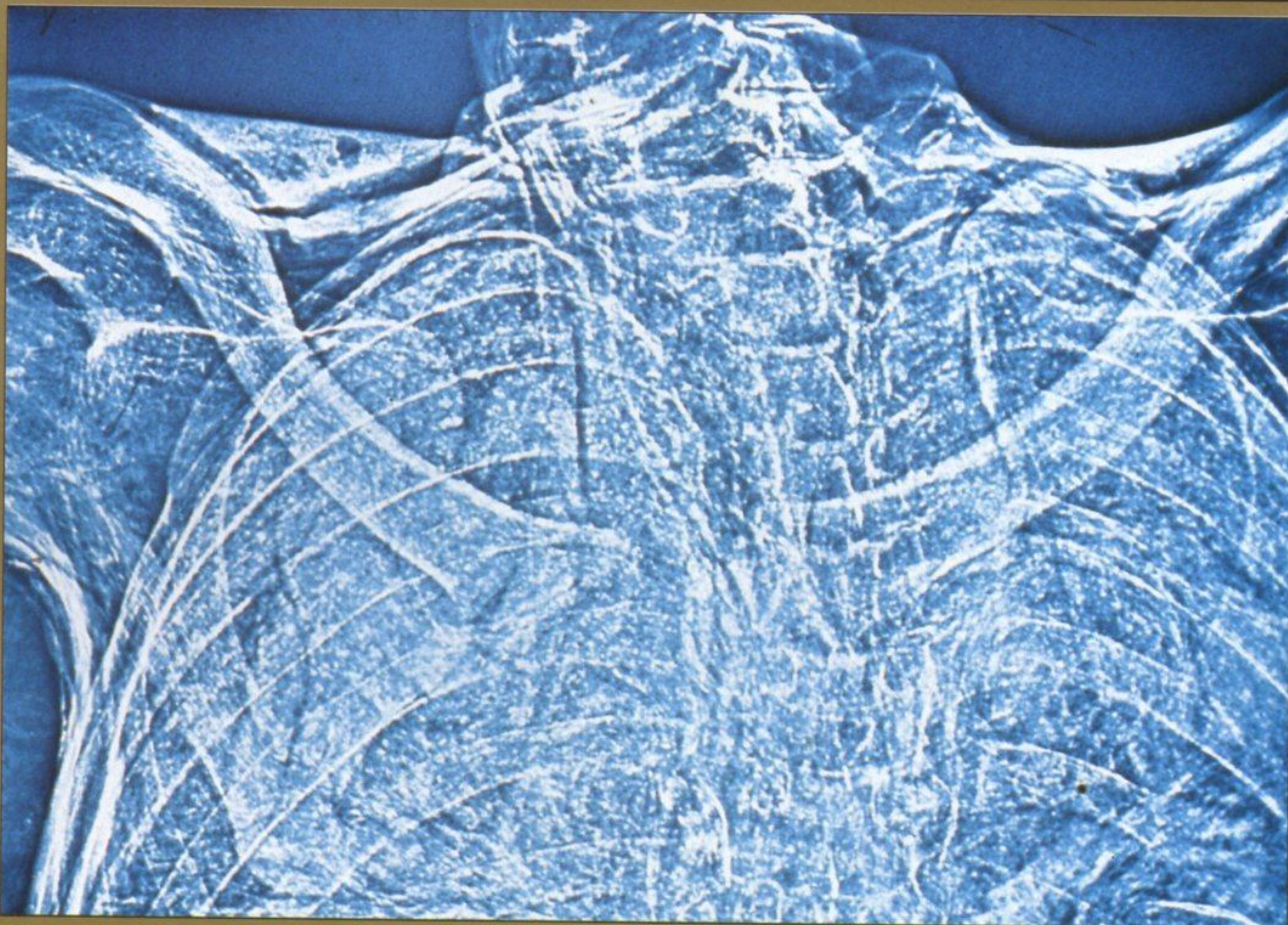
Mediante la densitografía, los investigadores pueden transferir los claros, oscuros y grises de una toma de rayos X a toda una gama de colores. Esta técnica, empleada para producir llamativas imágenes de la cabeza, cuello y tórax de Ramsés, reveló por vez primera que el faraón tenía el cuello roto.



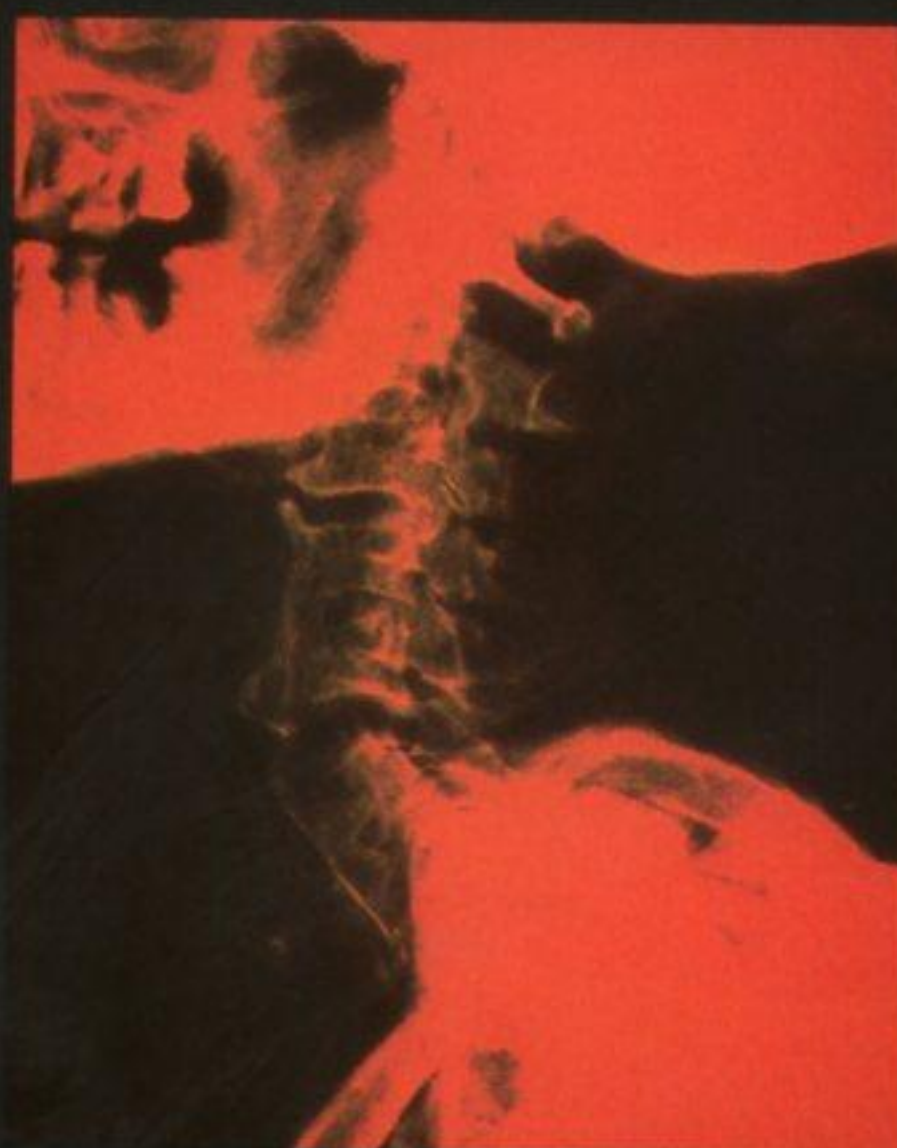
Las manchas blancas bajo la sien de Ramsés revelan el agarrotamiento de la arteria carótida, señal indiscutible de arterioesclerosis. La imagen muestra igualmente que falta el primer molar inferior y que la mandíbula sufrió un absceso, algo bastante doloroso causado probablemente por deterioro de la dentadura o periostitis. Pequeñas partículas aparecen en el interior de la cavidad nasal cerrada por una prótesis.

Más de 3.000 años después de la muerte de Ramsés, mechas de pelo rubio y rojizo cuelgan todavía de la cabeza del faraón. Los especialistas que examinaron muestras con el microscopio hallaron que había sido teñido con henna, y que durante su juventud el monarca lo había tenido castaño. El color negro de orejas y rostro es debido al deterioro de la resina que los embalsamadores usaron para cubrir el cuerpo durante la momificación.

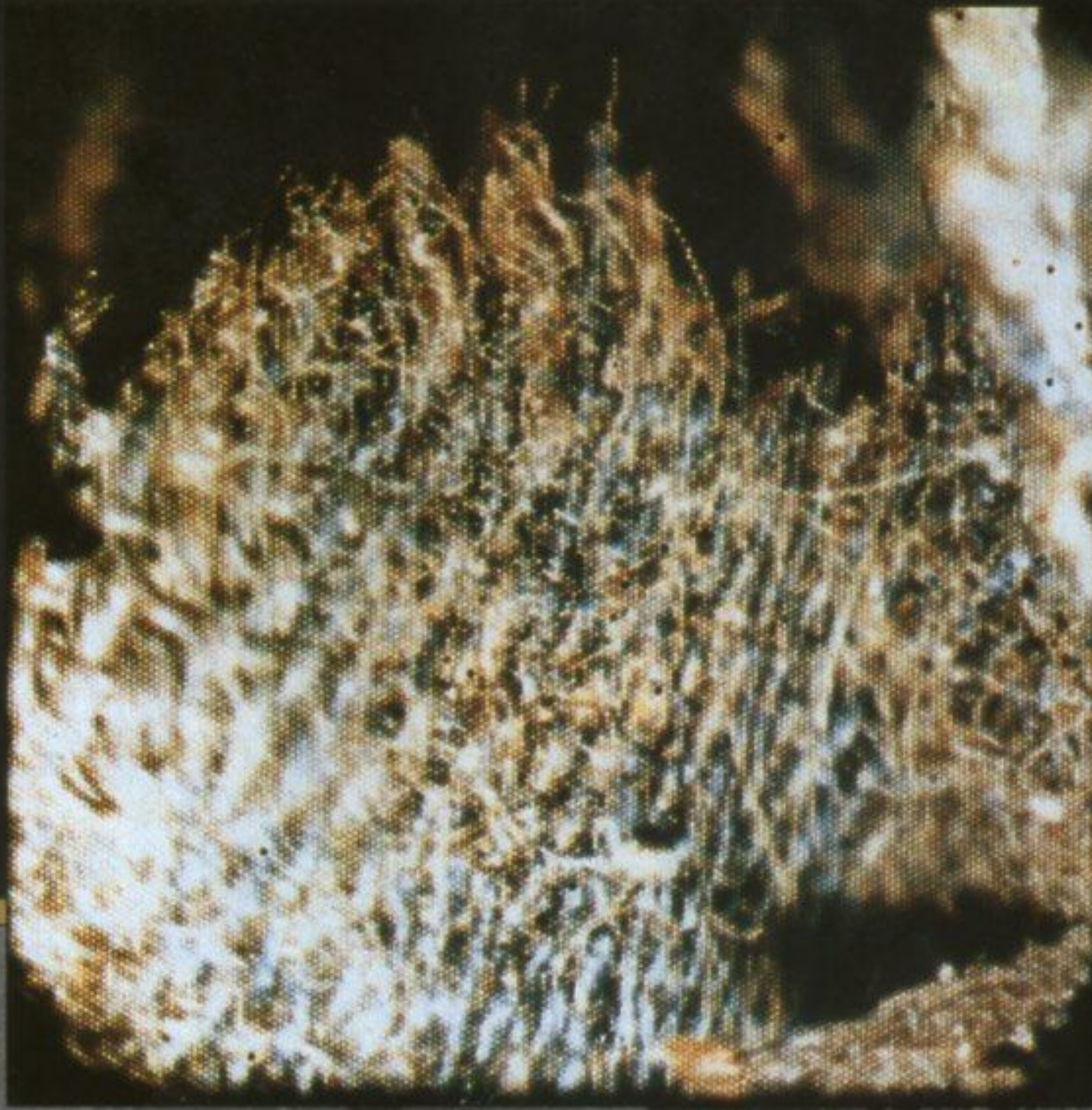




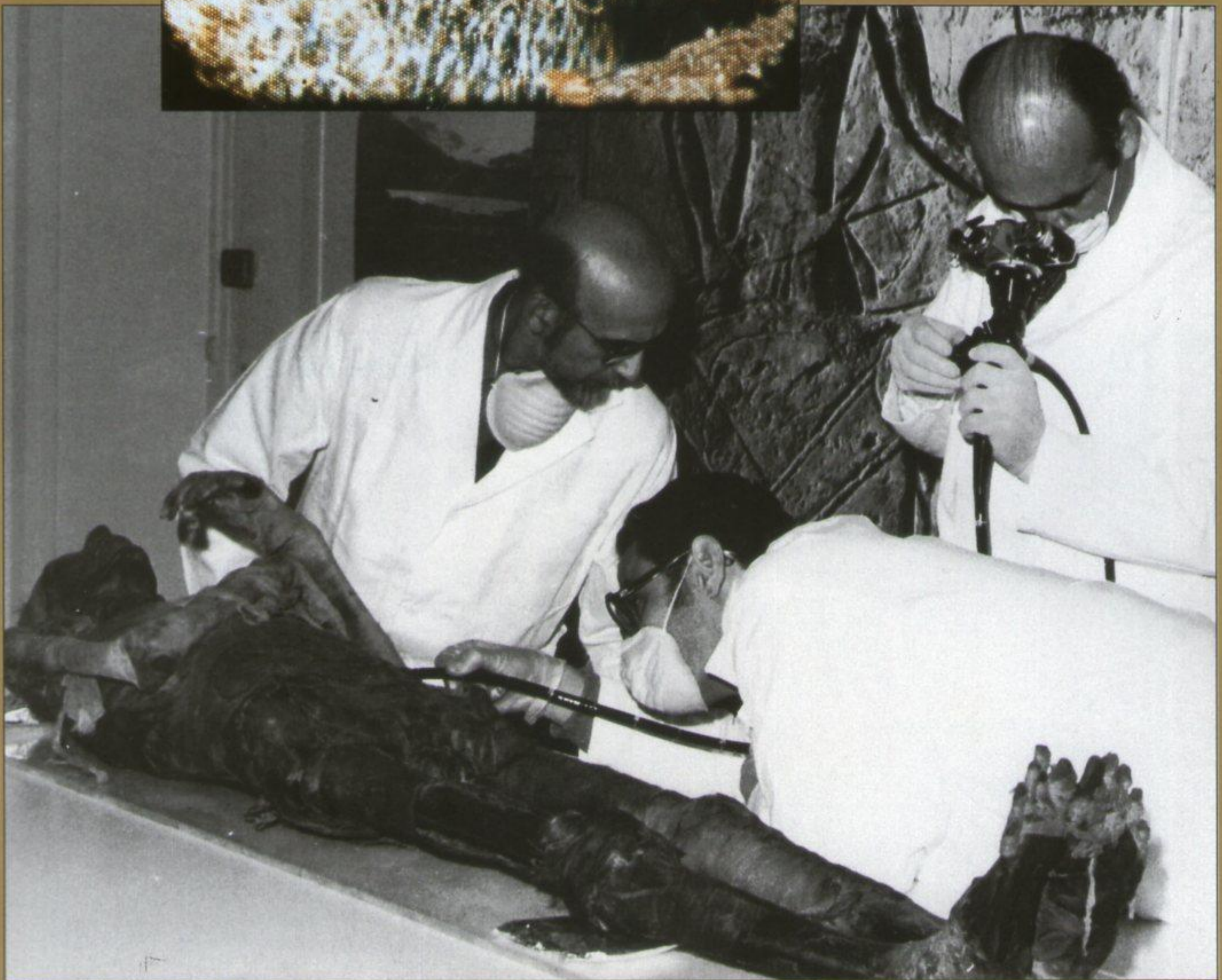
Una xerorradiografía del pecho de Ramsés muestra una desviación pronunciada de la espina dorsal, producida por una artritis. Esta disfunción afecta las articulaciones de la columna con la pelvis, y puede conducir a una parálisis total en esa zona. En su vejez, Ramsés no sólo andaba curvado, sino que probablemente era incapaz de levantar la cabeza.



En el centro de la cromodensitografía aparece un hueco entre la quinta y sexta vértebras que señala una fractura de la espina dorsal. Los expertos creen que el cuello del faraón se rompió accidentalmente durante la momificación, o a propósito, al intentar los embalsamadores enderezar la espina curvada de Ramsés.



Un científico introduce un endoscopio a través de la cavidad de vaciado del faraón, mientras el profesor egipcio Mustapha Manialawiy observa con la cámara. Un bloque de resina endurecida en el interior del cuerpo impidió a los doctores examinar mucho más allá de la zona estomacal, aunque descubrieron el tejido que aparece a la izquierda, tela de hilo azul y oro puro que data del tiempo de la momificación. Los expertos creen que fue introducido para mantener la forma de la cavidad abdominal.



REMEDIAR LA INSIDIA DEL TIEMPO

Después de que los científicos finalizaran la investigación de la momia de Ramsés, los conservadores empezaron su tarea de remediar el deterioro agravado durante siglos. Se trataba en principio de limpiar y arreglar las pocas vendas que todavía colgaban de los dedos de sus manos y pies (*abajo*), y anular las hendiduras que presentaba todo el cuerpo. A su vez, había que restaurar el atúd en el que había sido transportado desde El Cairo, en el interior del cual Gaston Maspero había descubierto un siglo antes la momia en Deir el Medina.

El armazón era anterior al propio Ramsés y constituía una muestra extraordinaria de artesanía de la XVIII dinastía

Gracias a los conservadores, los vendajes de 3.000 años atrás envuelven todavía la mano izquierda y los pies de la momia. Los expertos retiraron la mortaja que estaba cubierta con fibras de lino, arena y granos, eliminaron el polvo y de nuevo envolvieron la momia. Los pedazos sueltos de tejido fueron cosidos con hilo de lino.

tardía. Sin contar la franja de tamarindo que coronaba la pieza maestra y los ganchos de ceniza, estaba enteramente construido de ciprés del Líbano, un material usado a menudo en las tumbas de los primeros reyes de Egipto. Los carpinteros habían cortado la madera en planchas de 7 cm de espesor y más de 2 m de largo, que luego habían curvado en suave forma antropoide. Finalmente, se tallaron junturas para ensamblar las piezas. No obstante, con el paso del tiempo, la pieza maestra se soltó y abrió, y un

pequeño pedazo triangular de madera se rompió y no pudo recuperarse.

Después de esterilizar el ataúd, los restauradores rellenaron la grieta con una mixtura de goma de vinilo y polvo de ciprés, y luego reemplazaron la pieza perdida por otra de ciprés limosín. Para asegurar el éxito de la solución, se cortó la madera de manera que su grano se correspondiera con el del resto, y se le aplicó un tinte.

Cuando la momia amortajada de Ramsés fue nuevamente depositada en el ataúd (*derecha*), sólo faltaba un detalle antes de poderla devolver a casa: una ducha de 12 horas de rayos gamma de cobalto para exterminar los hongos en una instalación nuclear fuera de París.



Ramsés II (derecha) yace de nuevo en su ataúd en el Museo Egipcio de El Cairo. La mortaja que le cubre los hombros es una pieza de lino de la XIX dinastía procedente del Museo del Louvre, que había sido lavada varias veces con agua destilada antes de cubrir a la momia del faraón con ella.



UNA LARGA SUCESIÓN DE GRANDES LOGROS

Egipto era una nación antigua incluso para Ramsés II. Ningún país moderno puede alardear de una historia tan larga y legendaria. Allí, las fértiles aguas del Nilo dieron vida a una de las primeras cunas de la civilización. Durante el quinto milenio a. C. los habitantes del valle del Nilo ya explotaban en su provecho las periódicas inundaciones del Nilo para recoger una buena cosecha de la tierra fértil, y hacia el fin del cuarto milenio toda la vera del río, desde Asuán hasta el Delta, contaba con numerosos poblados agrícolas.

A medida que la población crecía a fines del cuarto milenio, los poblados se convirtieron en ciudades, se acentuó la estratificación social con distintos estamentos y el poder político se concentró en dos reinos autónomos: Alto Egipto y Bajo Egipto. Hacia el 3100 a. C., el semilegendario Menes unió toda la tierra convirtiéndose en el primer faraón, origen de un gobierno dinástico que iba a prolongarse durante 3.000 años.

Hacia el 2500 a. C., los faraones de lo que iba a ser llamado el Imperio Antiguo ya habían alcanzado el estatus de dioses. A pesar de que no podían escapar a la muerte, sus restos mortales eran depositados en tumbas concebidas para la eternidad: las pirámides. Hacia el final del segundo milenio, los nobles locales empezaron a desafiar la autoridad del faraón, dividiendo al país en facciones guerreras opuestas.

En el 2040 a. C., el rey Nebhepetre Mentuhopte de Tebas puso fin a las guerras intestinas y reafirmó su autoridad mediante la estructuración de una burocracia que despachaba diariamente con él y en la que recaía la praxis de gobernar. Su gobierno llevó hasta el Imperio Medio, un período de ilustración política y cultural. Aunque los faraones seguían usando el tesoro y la mano de obra nacionales para la construcción de sus propias tumbas, decretaron también la construcción de obras públicas de drenaje e irrigación que revirtieron en beneficio de todos.

Pero hacia el siglo XVII a. C., el Imperio Medio decayó, dejando el país en manos de los hiksos que, procedentes de Palestina, se hicieron con el control del Delta. Por primera vez desde que empezara el gobierno dinástico, parte del país se encontraba bajo dominación extranjera.

Esta indignidad sumió al pueblo en la humillación y la rabia, hasta que una revuelta encabezada por Tebas expulsó a los hiksos y condujo a Egipto a la última de sus eras doradas, la de las tres dinastías del Imperio Nuevo.

XVIII DINASTÍA 1550-1307 a. C.



COLOSOS DE MEMNON

Cuando el fundador de la XVIII dinastía, Ahmosis I, tomó Avaris –capital de los hiksos– y reunificó el país, Egipto recuperó su autoestima. Ahmosis y sus sucesores reafirmaron el poder del país como superpotencia mundial, llevando sus ejércitos hasta Palestina y Nilo arriba hasta el interior de Nubia. En el plano doméstico, este período estuvo marcado por un renacimiento cultural y desarrollo de la arquitectura religiosa, en Karnak especialmente. Tutmosis inauguró por entonces la costumbre de construir la tumba del faraón en el Valle de los Reyes, en la orilla opuesta de Tebas.

Bajo el mando de Tutmosis III, un brillante estratega, Egipto amplió considerablemente sus fronteras, desde el Eufrates hasta la cuarta catarata del Nilo. De este modo, el tributo de los príncipes sometidos, así como una gran variedad de ideas y estilos de otras culturas, fueron llegando a un Egipto progresivamente más cosmopolita.

La XVIII dinastía alcanzó su cénit bajo el mando del gran promotor de obras, Amenhotep III. El magnífico templo de Luxor y los colosos sedentes (*arriba*) no son más que dos de las grandes obras que promovió. No obstante, su hijo y heredero se convirtió en el faraón más controvertido de la historia de Egipto. Amenhotep IV, bajo cuyo mando floreció un nuevo estilo de pintura y escultura de cariz más realista, trajo consigo una auténtica revolución religiosa. Prohibió el tan arraigado politeísmo en favor de una única deidad todopoderosa –Atón, el radiante disco solar–, y cambió su propio nombre por el de Akhenatón, a la vez que para distanciarse de los aguerridos sacerdotes de Tebas construyó una nueva capital, Akhetatón. Entretanto, muchos vasallos del faraón empezaron a caer bajo el dominio creciente de un poder nuevo en la escena mundial: los hititas.

Con la muerte de Akhenatón, los conflictos internos se agravaron en la lucha por la sucesión. Finalmente, el trono pasó al rey-niño Tutankhamón, que murió sin herederos y fue sucedido por una serie de regímenes militares que intentaron cancelar el legado religioso de Akhenatón. Uno de estos generales, Horemheb, murió también sin descendencia y fue el último faraón de la XVIII dinastía.

XIX DINASTÍA 1307-1196 a. C.



TEMPLO EN ABU SIMBEL

A la muerte de Horemheb, otro soldado, Ramsés I, subió al trono, convirtiéndose en el primer faraón de la XIX dinastía. Su política nacional fue continuista en cuanto al esfuerzo por erradicar la nociva influencia de Akhenatón, cuyo reinado se consideraba una catástrofe nacional. A su vez, Ramsés intentó restablecer el desvanecido prestigio imperial egipcio, como en los días gloriosos de Tutmosis III y Amenhotep III.

Tras engendrar un heredero al trono, Ramsés inauguró una nueva línea dinástica, factor de suma importancia para el equilibrio del país. El reinado de este faraón fue breve, y su hijo Sethi I le sucedió con un gobierno de mano dura, heredero del talento militar y pragmatismo político del padre. Acabó con un levantamiento en Nubia, restableció la presencia egipcia en Oriente frente a la paulatina expansión del imperio hitita y su prodigioso programa de construcción de templos consolidó la lealtad del poderoso estamento sacerdotal hacia el monarca. En el momento de su muerte y ascensión al trono de su hijo, Ramsés II, las perspectivas para el país parecían inmejorables.

El más afamado de los faraones egipcios iba a ser un digno sucesor de su padre y abuelo. Estableció una nueva capital en su región nativa del Delta, desde la que lanzó repetidas ofensivas contra los hititas, que culminaron con la batalla de Qadés. Más tarde, promovió un tratado de paz que beneficiaría a ambas partes. En el ámbito nacional, su soberanía fue incontestada y su ánimo constructor no tuvo paralelos, llenando a un tiempo el país de imágenes de sí mismo (*arriba*), a la vez que rindiendo el debido tributo a los dioses.

Cuando murió a la edad de 90 años, había sobrevivido a 12 de sus hijos. El 13º, Merenptah, se convirtió en faraón a una edad avanzada, y tuvo que hacer frente de inmediato a una serie de conflictos fronterizos. Sofocó revueltas en Oriente y aplastó una nueva incursión libia. Su reinado de una década fue seguido de un período, escasamente documentado, caracterizado por intrigas políticas con miras a la sucesión. Varios faraones, incluida una mujer –Tausert– reinaron sucesivamente y con brevedad hasta que una nueva guerra civil estalló y puso fin a la XIX dinastía.

XX DINASTÍA 1196-1070 a. C.



MEDINET HABU

Los orígenes de esta dinastía son tan oscuros como el fin de la XIX. El primer faraón de esta nueva línea, Sethnakhte, del que se sabe bien poco, no pudo hacer mucho más que legar el trono a su hijo Ramsés III en los dos años escasos que permaneció en el trono. Éste restauró, en cierta medida, el pasado esplendor del Egipto del Imperio Nuevo. Al poco de inaugurar su mandato, repelió los ataques de los libios y los llamados pueblos del mar en el Delta. Tras asegurar nuevamente las fronteras, se inició un período de prosperidad y el faraón pudo dedicarse a promover la edificación en un programa ingente, del que destaca su propio templo funerario (*arriba*).

Sin embargo, el reinado de Ramsés III marcó el punto de inflexión hacia el declive del Imperio Nuevo, y de Egipto como potencia dominante. En el plano doméstico, la economía decaía y el pueblo se mostraba más intranquilo de lo que las estelas y muros de Medinet Habu pueden hacer creer. En ese sentido, las huelgas de los trabajadores de las tumbas reales son indicativas de la inquietud que reinaba en el ambiente. Sin embargo, lo más destacado del momento son los informes registrados en papiro acerca de una trama contra Ramsés urdida en su propio harén. No se conoce con exactitud el resultado del golpe de estado, pero sabemos que Ramsés III murió poco tiempo después y que el trono pasó a su hijo, Ramsés IV.

La XX dinastía se completó con una sucesión de siete faraones llamados Ramsés. Sus reinados devinieron una letanía de decadencia inexorable; el imperio se había desvanecido, los invasores estaban a las puertas de casa y esta vez nadie iba a detenerles. En una tal coyuntura, parece que el propio Nilo le dio la espalda al país con inundaciones insuficientes que produjeron cosechas muy precarias. A todo ello se unía la corrupción oficial, que nada hizo para evitar la escasez y las hambrunas. Como colofón, la profanación de tumbas se disparó y se impuso el caos en la vida civil.

Aunque se sucedieron 10 dinastías más, los siete siglos siguientes no trajeron más que inseguridad interna y externa, con guerras intestinas y ocupaciones extranjeras. En el 332 a. C., Alejandro Magno conquistó el país acabando con las dinastías faraónicas.